





SIENKIEWICZ

HANIA



PG7158

.S4

H38



1020025886

891.8-3

1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

891.8-3

8

HANIA



FONDO
RICARDO GONZALEZ

Núm. Clas _____

Núm. Autor _____

Núm. Adg. _____

Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catalogó _____

N
S 572 W
34991
-8-
Cej

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

Quo Vadis? (60 millar.)
Mas allá del misterio (Sin dogma.)
Luchar en vano (La Viuda.)
¡Sigámosle!—(Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor
—El Angel.)
Hania.
A Sangre y Fuego.
El Diluvio.
Pan Miguel Volodiovski.
Lillana.
Los Cruzados.
En busca de felicidad (Por el pan.)
La Familia Polaniecki.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

HANIA

TRADUCCIÓN

de

F. LUIS OBIOLS

100440



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.-- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres
MAUCCI HERMANOS
Cuyo, 1070

México
MAUCCI HERMANOS
1.º del Relox, 1

1901

34991

PG7158
S4
H38



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA

H A N I A

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

El viejo servidor Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los tipos característicos de los mayordomos, quinteros y guardabosques de otros tiempos van desapareciendo de la escena de la sociedad moderna, y lo propio acaece con la figura del antiguo servidor, envejecido en casa de su amo, que va haciéndose más rara de día en día. Los últimos restos de tipos tan simpáticos, anticuados hoy, ya sólo pueden hallarse en los viejos cementerios, y de ahora en adelante, únicamente el poeta y el biógrafo cuidarán de recordarlos, de sacarlos del polvo del olvido.

En casa de mis padres vivía aún un verdadero tipo de aquellos tiempos antiguos, y me acuerdo muy bien de él, al repasar los tiempos de mi niñez: era un antiguo servidor llamado Nicolás Suchodols-

ki, un esclavo de la aldea libre de Sucha Wola, de la cual él refería cosas admirables. A la muerte de mi abuelo, de quien Nicolás había sido ordenanza en la guerra contra Napoleón, mi padre había heredado esta posesión.

Sobre la época en que había entrado al servicio de mi abuelo, el viejo no sabía fijarla con precisión. Si se le preguntaba, tomaba un polvo con aire pensativo y contestaba:

—En aquellos tiempos tenía aún yo la leche en los labios, y hasta el señor coronel, que Dios tenga en gloria y que era un hombre muy bueno, aún no había dejado los zapatos de niño.

En casa de mis padres, el viejo Nicolás tenía varios y distintos cargos, era á un mismo tiempo criado é inspector. En verano desempeñaba además el oficio de quintero, vigilando los trabajos de la recolección. En invierno ayudaba á la trilla. A más de eso, tenía las llaves de las bodegas, de los graneros y de las demás dependencias de la masía, y pasaba todo el santo día en casa.

Su cualidad principal era regañar. Yo no acierto á representármelo sino bajo su aspecto regañón y quisquilloso; regañaba y alborotaba con todo el mundo sin distinción, incluso con mis padres. En la cocina estaba en hostilidad continua con el cocinero. Era capaz de agarrar por las orejas á los marmitones y hacerles dar la vuelta por toda la casa.

El viejo Nicolás nunca estaba contento de nadie ni de nada. Cuando estaba de mal humor, cosa que le acaecía á lo menos una vez por semana, todos los demás criados procuraban no tropezarse con él, no ya porque acusara á los demás ante la señora ó

el señor, sino porque no dejaba tranquilo al desgraciado á quien había cogido ojeriza, puesto que en todo el día no cesaba de pincharle y alborotarle sin ton ni son. En la mesa se colocaba detrás de la silla de mi padre; no servía, pero no dejaba de vista al camarero, y su mejor diversión era la de hacerle rabiar.

—¡Eh, atención, cuidado! ó le enseño yo como se sirve,—voceaba.—Mirad á ese, ni se sabe menear; anda á rastras, como una vaca vieja cuando entra en el establo. ¡Vuélvete! Vamos á ver, ¿á quién se lo digo? ¿No te puedes volver? ¿Estás sordo? ¿no oyes que el amo te llama? Cambia los platos, ¡vivo! Mirale, cómo se está ahí con la boca abierta. Pero miradle á ese.

Otras veces le daba por otro lado, y se ponía á decir:

—En coche, sí, señor. ¿Por qué no? ¿Para qué servirían entonces los caballos? Si luego se rompen las piernas por las calles tan malas que hay aquí... ¿Y qué? Quiere ir á hacer visitas y va. Por algo se es el amo. A su señoría ilustrísima le está permitido todo. ¿Qué se le puede impedir? ¿Por qué no se hace un coche grande? Las cuentas se harán después; luego se hará la trilla. Las visitas... ¡oh! esas son las que interesan.

—Ese Nicolás es incorregible,—podía exclamar alguna vez algo enojado mi padre.

El viejo le contestaba siempre:

—¿No le he dicho siempre que soy un borrico? Sé muy bien que lo soy. ¿Y por qué no ha de salir en coche su señoría? ¿No ha ido en coche el ecónomo á Niewardow para hacer la corte á la ama de lla-

ves de la princesa? ¿Por qué ha de ser menos mi amo que el ecónomo? Lo que para el uno está bien hecho, está bien hecho también para el otro.

Y por cualquier cosa la emprendía con todos, siendo absolutamente imposible hacer callar á aquel viejo regañón.

Yo y mi hermano Casimiro, á pesar de que le queríamos mucho, le teníamos más miedo que á la peste y nos veíamos más sujetados por él que por nuestro profesor el padre Luís, á quien indudablemente temíamos más que á nuestros padres.

Nicolás estaba más afable con nuestras hermanas que con nosotros; cuando tenían menos edad, él las llamaba *señoritas* y les daba tratamiento, mientras que sin consideración al mundo ni á las leyes de la buena crianza, á nosotros siempre nos tuteaba.

Nicolás ejercía sobre mí un ascendente especial, un atractivo irresistible principalmente porque siempre tenía fulminantes en el bolsillo. Terminadas las horas de lección, yo iba casi siempre á buscarle en la antecámara, le dirigía una amistosa sonrisa y con aire tímido le decía:

—¡Buenos días, Nicolás! Quería saber si has limpiado hoy las pistolas.

—¿Qué vienes á hacer aquí, Enrique? Tengo que poner en orden los trapos de la limpia. Lo dicho.

Y luego empezaba á escarnecer mi voz, añadiendo:

—Nicolás por aquí, Nicolás por allí... Naturalmente, cuando se trata de fulminantes, entonces Nicolás es un buen muchacho. No siendo así, que el diablo se lo lleve. Anda, anda á estudiar la lección. Con la manía de disparar fulminantes, no estudias,

—Pero si ya las he dado las lecciones—objetábale yo con acento plañidero.

—Ya lo sabéis, ya ha dado sus lecciones; siempre está estudiando y luego sabe menos que antes. Los fulminantes no te los doy, y basta.

Mientras tanto se tentaba los bolsillos y continuaba diciendo:

—Si luego le salta una astilla al ojo, ¿quién tendrá la culpa? Naturalmente, Nicolás: él le ha dado los fulminantes, él le ha consentido que los dispare.

Y sin dejar de gruñir y de sermonear, entraba en el cuarto de mi padre, sacaba del armario las pistolas, les quitaba el polvo, se aseguraba repetidas veces de que no estaban cargadas; expresaba su convicción de que un día ú otro metería la pata el diablo en aquel juego, encendía un fósforo, ponía un fulminante en el mechero y me hacía disparar sobre la llama de la cerilla. Por supuesto, que todo eso lo efectuaba sin dejar de regañarme.

—¡Mira qué manera de coger la pistola!—decía. Parece un barbero cogiendo un pincel. ¿Cómo quieres apagar la candela así? Ya me lo figuro; la apagarás como apaga los cirios el sacristan. ¡Vaya, vaya! mejor es que te hagas cura y te dediques á decir responsos. No sirves para soldado.

Y sin embargo nos enseñaba el ejercicio como si fuera él un soldado viejo. Después de comer íbamos á colocarnos debajo de su ventana y nos poníamos á hacer el paso: él nos mandaba, y hasta formaba con nosotros el padre Luís, nuestro profesor, que era muy original cuando tenía que andar al paso.

Yo, como era el mayor, estaba más particular-

mente bajo su protección, y me tocaba aguantarlas de todos colores; pero cuando me enviaron al gimnasio el pobre viejo quedó tan afligido como si le hubiera acaecido alguna desgracia. Más tarde mis padres me contaron que cuando hube partido, estubo llorando quince días seguidos, y que se había vuelto más regañón que nunca.

—Nos han quitado el niño, se nos lo han llevado sin cuidarse de si uno revienta ó se pone triste. Ya me gustaría saber por qué lo han metido en la escuela. ¿No es él el futuro heredero? ¿no ha de ser el amo? Tiene que aprender el latín. Quieren hacer de él un Salomón. ¡Qué estupidez! Entretanto el pobrecito está lejos y lejos sé queda, y entretanto el viejo Nicolás puede dar vueltas y andar por todas partes buscando lo que no ha perdido. ¡Llévese el diablo estos nuevos sistemas.

Recuerdo como si fuera ahora, la primera vez que volví á casa por las vacaciones. Apenas clareaba el día; en casa dormían todos; la mañana era fría y nevaba. Reinaba en torno mío un profundo silencio, únicamente interrumpido por el chirrido de la garrucha del pozo, de frente á la casa del colono, y por los ladridos de los perros. Sólo había luz detrás de los cristales de la ventana de la cocina, y su rojiza claridad caía sobre la nieve de que estaba cubierto el suelo. Yo estaba triste y de mal humor; volvía á casa con el corazón angustiado, porque mi primera nota no había resultado muy edificante, cosa debida principalmente á que hasta entonces no había estado acostumbrado á la vida de colegio, y no me encontraba muy á mi gusto, razón por la cual no sabía, con frecuencia, cómo me las tenía

que componer. Temía la cólera de mi padre, y la ceñuda mirada del riguroso padre Luís, que había venido á buscarme personalmente á Varsovia y me había hallado en un estado de ánimo verdaderamente desolado. De repente se abrió la puerta de la cocina, y apareció el viejo Nicolás, con la nariz encarnada de frío, llevando en la mano un jarro de té y dos tazas llenas de natilla, y atravesando la nieve, se encaminó hacia la habitación de los señores.

—¡Oh, querido señorito!—exclamó en cuanto reparó en mí.

Y con tanta precipitación dejó en tierra el jarro del té, que rompió las tazas de la natilla. Después me abrazó, me cubrió de besos, y desde entonces, siempre más me llamó *señorito*; pero lo que es la desgraciada rotura de las tazas no la pudo digerir.

—Uno lleva tranquilamente su natilla,—refunfuñaba,—sin pensar en nada y cabalmente en aquel instante, en aquel preciso instante, le tiene que llegar el señorito. ¿No podía escoger otro instante mejor?

Mi padre, en vista de mis progresos no más que medianos en la caligrafía y en el alemán, me amenazó con darme una paliza; pero vinieron á impedirle el cumplimiento de sus amenazas, por una parte mis lágrimas y la promesa que hice de enmendarme, y por otra parte la intervención de mi buena madre, que se plantó en medio de los dos, pero principalmente el escándalo que promovió Nicolás, el cual jamás había oído hablar de ninguna señorita que se llamara Caligrafía, y consideraba

completamente inútil y supérfluo el estudiar el idioma alemán.

—¡Vuelta!—gruñó.—¿De qué sirve esto? ¿Acaso el señorito es un hereje ó un teutón? ¿Acaso el señor coronel ha hablado alguna vez el alemán? ¿Lo entiende acaso su ilustrísima el alemán? ¡Y qué! cuando nos encontramos frente á frente con los alemanes en... ¿cómo se llama apuel sitio?... en Leipzig y en el... qué sé yo en que otro sitio, no hemos hablado en alemán con ellos, sino que bastó un grito de: ¡atención! y en un santiamén quedaron á centenares panza arriba.

A más de las originales costumbres que llevo anotadas ya, el viejo Nicolás tenía otra. Raras veces hablaba de su vida pasada; pero, si alguna vez estaba de buen humor, empezaba á contar y á contar indefinidamente, las y soltaba gordas, sin que lo hiciera con mala intención, sino porque en su viejo cerebro se cruzaban y se empujaban entre sí los acontecimientos, y todo lo que en su juventud había oído decir de guerras y de peligros de guerras, su imaginación se lo hacía parecer hecho ó visto por él mismo; de modo que se lo atribuía todo á él y á mi abuelo, y creía con inquebrantable fe en sus propios relatos. Cuando estaba vigilando á los criados que trabajaban en el campo ó trillaban en la era ó amontonaban en los graneros, contábales á veces historias tan extrañas, que los labradores asombrados suspendían sus tareas y escuchaban con la boca abierta sus palabras. En cuanto el narrador lo notaba, ya estaba gritando:

—¡Y qué! vuestra boca abierta parece la de un cañón.

Y volvían á ponerse los obreros á su tarea; pero inmediatamente después el viejo volvía á empezar:

—Mi hijo me escribe que ha sido nombrado general por la reina Palmira. Me dice que allá le va muy bien, que cobra una buena paga, y que allá hace mucho frío.

Dicho sea de paso: las hijas del viejo habían degenerado. Efectivamente, tenía un hijo pero era un gandul de la peor especie, el cual, llegado á mozo, habíalas hecho de todo género, y al fin y al cabo había desaparecido sin que se hubiese vuelto á saber más de él. La hija, que según la gente había sido una muchacha hermosísima, había estado enredada en amores con todos los quinteros del lugar, y al fin y al cabo, había muerto después de haber puesto en el mundo una niña. Esta niña se llamaba Hania, era bonitica pero estaba bastante delicada: podía ser poco más ó menos de mi edad. Me acuerdo muy bien de los ejercicios militares que hacíamos juntos ella y yo; Hania representaba las tropas auxiliares con las cuales yo avanzaba contra el enemigo. Era afable y buena como un ángel, á pesar de lo cual le había tocado una suerte bastante dura; pero estos son recuerdos que por el momento nada tienen que ver aquí.

Vuelvo pues á mi viejo regañón y á sus maravillosas narraciones. Yo mismo le oí contar que un día los caballos de los hulanos se habían enfurecido, y dieciocho mil de estos habían aparecido de improviso ante los muros de Varsovia. Cuánta gente fué á parar debajo de las patas de estos animales y pisoteada por ellos y cuán terrible escena de-

bía ser aquella antes que se lograra recobrarlos, como se hizo, es cosa incalculable.

Otra vez refirió, y esta vez no fué en la era, sino en casa en presencia de todos nosotros, lo que sigue:

—No se puede negar que yo no me haya batido valerosamente... ¿Por qué no lo había de hacer? Todavía me acuerdo de aquella vez que marchamos contra los austriacos. Yo ocupaba mi sitio en las filas, cuando de pronto el comandante en jefe me echó el caballo encima; el comandante en jefe de los austriacos, por de contado, el cual salía de las filas enemigas, cabalgó hasta llegar á mí y me dijo: «Suchodoski, te conozco. Si hubiésemos podido apoderarnos de tí, hace tiempo que la guerra estaría acabada.»

—¿Y nada dijo del coronel?—preguntó mi padre.

—¿Que si nada dijo? ¡Oh! ¿no he dicho claramente que el austriaco dijo: «si os hubiésemos cogido á tí y al coronel»?

Impacientóse el padre Luis y dijo;

—Pero Nicolás, mientes á destajo.

Montó en cólera el viejo criado, y de seguro habría pasado á mayores, si no hubiera temido y apreciado de sobra al reverendo. Calló, pues, y trató de poner las cosas en su lugar, prosiguió:

—Esto hasta lo ha dicho el capellán Siklucki. Una vez me dieron un balazo debajo de la vigésima, digo la quinta costilla, y estuve muy malo. ¡Ay! pensaba «ya esta vez sí que te mueres de veras». Hice mi confesión general, y al fin de ella el capellán Siklucki que la oyó, dijo: «Que Dios te asista, Nicolás; no has dicho ni una palabra de verdad.»

«Bien podría ser,—contesté,—pero, ¿quién puede saberlo todo con todos sus pelos y señales?»

—¿Y curaste de la herida?

—¿Sí curé?... naturalmente que sí, y que me curé yo mismo; y vais á ver de qué manera. Una noche eché una carga de pólvora en una medida de aguardiente; me lo bebí y á la mañana siguiente me desperté tan sano como si nada hubiera tenido.

De buena gana habría continuado escuchando los relatos del viejo Nicolás y hasta podría contaros otros muchos; pero el padre Luis impuso silencio á Nicolás, para que no siguiera trastornándome la cabeza con tales estupideces.

Aquel buen hombre, á quien su ministerio espiritual había tenido siempre lejos de la ciudad, no sabía que hay otras cosas más capaces de trastornar la cabeza á los jóvenes á quienes se saca de la casa paterna para lanzarles en medio de las luchas de la vida, que los relatos de un viejo criado.

Por lo demás, preciso es decir que el viejo Nicolás estaba muy lejos de ejercer en nosotros una influencia perniciosa, antes por el contrario, velaba sobre nosotros y sobre nuestros actos ú omisiones con mayor severidad que sobre sí mismo. Fué un hombre concienzudo en la más amplia acepción de la palabra, y había observado siempre con la mayor escrupulosidad la virtud militar que consiste en aquella obediencia ciega que se doblega sin discutir, aquella rara puntualidad en el cumplimiento de las órdenes recibidas.

Un invierno, los lobos se impusieron de tal suerte en el país, de tal suerte que, aisladamente al principio y á manadas enteras después, bajaban de

las montañas y causaban enormes daños. Mi padre, que era un cazador apasionado, combinó una batida á aquellas fieras; conveníale muchísimo que se pusiera al frente de la batida nuestro vecino Ustrycki, famoso cazador de lobos, y á este fin envió á Nicolás con una carta, diciéndole:

—El arrendador del aguardiente va con el coche á la ciudad, vete con él hasta á Ustrya, entrega esta carta á aquel señor, y tráeme sin falta su contestación. Procura no volver sin ella.

Nicolás tomó la carta, subió al coche con el arrendador y partieron juntos los dos.

Por la tarde el arrendador volvió solo; Nicolás no venía con él. Mi padre se figuró que habría pernoctado en Ustrya y que regresaría al día siguiente acompañado de nuestro vecino; pero transcurrió también aquel día, y Nicolás no se dejó ver. Entonces empezó á sentirse inquietud por él; mi padre temió que le hubieran asaltado los lobos y envió gente en su busca; buscáronle por todas partes pero no hallaron rastros de él.

En Ustrya que era á donde había sido enviado, sabían que había estado allí, pero que no había encontrado en casa á nuestro vecino, y que se había enterado de donde le podría encontrar, y pidiéndole prestados al criado cuatro rublos, se había marchado, sin que supiera nadie á donde se había dirigido. Esto hizo perder la pista á los que habían ido en su busca; y cuando, al día siguiente fueron expedidos otros individuos á los pueblos inmediatos en busca de noticias y hubieron regresado diciendo que no se le había visto en parte alguna, ya no cupo duda alguna de que había muerto. Por fin, á la

tarde del sexto día, mi padre que se hallaba en su despacho, ocupado en tomar ulteriores disposiciones, oyó un ruido especial de pisadas, luego oyó escupir y regañar junto á la puerta y en estas señales infalibles reconoció inmediatamente á Nicolás. Efectivamente era él, pero tan desfigurado que estaba desconocido, demacrado, rendido, medio atarido de frío con los bigotes blancos por la helada. Presentóse en este estado á mi padre, quien le preguntó:

—¿Qué diablos has hecho, Nicolás? ¿dónde diablos te has metido en estos días?

—¿Qué he hecho?—gruñó Nicolás,—¿qué tenía que hacer? No hallé en casa al señor Ustrycki, corrí á Rasin, y allí supe que se había ido á Karolowka. Corrí en su seguimiento, pero tampoco estaba ya allí. ¿Quién había de poderle obligar de quedarse allí? ¿No es dueño de sí mismo? Desde Karolowka me trasladé á Varsovia, porque se presumía que el señor Ustrycki pudiera haber ido á la audiencia del distrito. Me habría gustado saber qué había que hacer en la audiencia del distrito. ¿Es una autoridad tal vez? Había ido á la audiedcia central. Yo no podía volver á casa sin haber cumplido mi comisión, y de consiguiente, me fuí á la audiencia central y le entregué la carta.

—Y bien, ¿te dió una contestación?

—Sí, me la dió, pero riéndose de tan buena gana, que dejaba ver sus dos hileras de dientes. «Tu amo, —dijo,—me convida á una caza para el jueves, y tú me traes la carta hoy que estamos á domingo.

Hania

A estas horas la caza ya ha tenido lugar. Y luego se echó á reír de nuevo y yo me reí también.

—Y dime, ¿mientras has estado ausente, qué has comido?

—¡Qué tiene que ver si desde ayer no probé bocado? Yo nunca padezco de hambre; comeré ahora. Si ayer no comí nada hoy comeré.

Desde aquel día en adelante, nos abstuvimos muy bien de darle órdenes términantes; cuando se le enviaba á algún sitio, era preciso decirle con exactitud lo que tenía que hacer, dado caso que no encontrara á la persona á quien iba á ver.

Algunos meses después de la aventura que acabo de referir, Nicolás fué á la próxima ciudad á comprar caballos de labrar para la agricultura, porque entendía mucho en caballos.

Por la tarde, vino el ecónomo á decirnos que Nicolás había vuelto, que había comprado los caballos, pero que le habían apaleado y aporreado de lo lindo y no quería dejarse ver de nadie. Mi padre le fué á encontrar.

—¿Qué has hecho Nicolás?—le preguntó.

—He andado á palos,—contestó lacónicamente.

—¡Qué vergüenza! ¡Hacer semejantes tonterías en el mercado á tu edad! ¿Has perdido por completo la cabeza? ¡tan viejo y tan estúpido! Si otro hubiese hecho una cosa semejante, le habría sacado de casa á rajatablas. ¡Qué vergüenza! En vez de dar buen ejemplo á los demás criados, me lo echas á perder.

Mi padre estaba seriamente enfadado con Nicolás, y cuando estaba encolerizado, no había que andarle con bromas. Más en aquellas circunstancias, se había extrañado en gran manera de que Nico-

lás, que no acostumbraba sufrir cosa alguna, sin replicar, en esta circunstancia no había hallado ni una sola palabra que contestar, antes por el contrario se mantuvo obstinadamente en silencio y fué inútil que todos le preguntaran como había pasado la cosa, pues á nadie contestó nada.

Estaba muy malo; al día siguiente, se había agravado tanto que fué preciso enviar á buscar un médico, y éste al fin pudo saber lo que había pasado. Una semana antes, mi padre había reprendido al primer camarero y éste al día siguiente pasó á servir á un tal señor de Tell, á quien ya antes había servido, que era alemán y enemigo declarado de mi padre.

Ahora bien, aconteció que el señor de Tell había ido también á la feria acompañado de nuestro ex-camarero, y de otros criados suyos á vender bueyes cebados. Apenas el señor de Tell que iba á caballo, vió á Nicolás apróximose al coche de éste y empezó á vomitar injurias contra mi padre, y Nicolás le contestó con un latigazo en la cara. Como era natural, el ex-camarero y los demás criados del séquito del señor Tell se le echaron encima y le apalearon hasta dejarle tentido y ensangrentado en tierra. A mi padre, cuando supo esto, le vinieron las lágrimas á lo ojos.

No podía perdonarse el haber regañado de tal manera á Nicolás, mientras éste había tenido la delicadeza de guardar silencio sobre lo acaecido. Cuando estuvo curado, mi padre le riñó por su silencio: al principio Nicolás no quería desplegar los labios y refunfuñaba entre dientes como tenía por costumbre; más luego se conmovió y entrambos se

pusieron á llorar como niños. Mi padre envió al señor de Tell un cartel de desafío y el injuriador tuvo de acordarse de aquel duelo por algún tiempo.

A no haber sido por el doctor no se habría sabido la generosa defensa del fiel servidor; pero Nicolás le cogió ojeriza al médico, y su odio le duró largo tiempo, pero fué también por otro motivo.

Vivía con nosotros una tía joven muy estimada, hermana de mi padre. Yo la quería mucho, porque era tan buena como hermosa, y no me extrañaba poco ni mucho que todos la quisieran, y entre otros hasta el doctor que era joven excelente y apreciado en todo el país.

Al principio, Nicolás veía con muy buenos ojos al doctor y hasta había llegado á tenerle por un joven guapo y excelente porque, montado á caballo tenía una magnífica figura. Más, cuando el doctor empezó á frecuentar más amenudo la casa de la tía María, Nicolás empezó ya á mirarlo con otros ojos tratándole con cortesía, eso sí, pero con frialdad, como á una persona que le fuera completamente extraña. Al principio había regañado hasta con él y una vez que se detuvo en casa algo más de lo regular, Nicolás, mientras le ayudaba á ponerse el abrigo, murmuró:

—No sé que necesidad hay de dar vueltas por la noche... Esta costumbre aquí no ha existido nunca.

Después había cesado de refunfuñar, y se había mantenido con él mudo como un poste. El buen doctor había notado lo que pasaba en su interior, y me figuro que esta debió sentarle bastante mal, por más que continuaba sonriendo como antes al viejo.

Por fortuna de aquel joven, discípulo de Escolá-

pio, la tía María alimentaba por él sentimientos bastante distintos de los de Nicolás.

Acaeció pues que, una noche en que la luna difundía una romántica claridad por la sala, y en que el aroma de los jazmines del jardín penetraba á torrentes por la ventana abierta, la tía estaba cantando al piano: «*Jo ti sognai, bell' angelo*». Nuestro doctor se acercó á ella y, con voz trémula y conmovida, la preguntó si creía que él pudiese vivir sin ella. Mi joven tía debía manifestar alguna duda sobre el particular; siguieronse declaraciones recíprocas, invocóse por testigo á la luna, y es posible que luego acaeciera todo aquello que suele acaecer en semejantes ocasiones. Por desgracia, en aquel preciso momento, entró Nicolás á avisarles para el té. El espectáculo que se le presentó á la vista le indujo á ir en seguida á encontrar á mi padre; más como éste se hallara ocupado en alguna cosa de la quinta, el viejo se dirigió en seguida á mi madre, la cual le rogó con su dulce sonrisa habitual que no se metiera en asuntos que no le importaban. Nicolás confuso y avergonzado tuvo que callar, más no por eso dejó de irritarse; y cuando mi padre antes de irse á acostar, pasó por unos instantes á su despacho para escribir la correspondencia, Nicolás le siguió, detúvose en la puerta y empezó á escupir y á frotar los pies por el suelo.

—¿Qué quieres, Nicolás?—le preguntó mi padre.

—Sí... ese... ¿cómo diablos se llama? ¡Hum! no más quería preguntarle al señor si es cierto que nuestra señorita se casa, eso es, quería decir...

—Es cierto; ¿y qué?

—Pero es absolutamente imposible que nuestra señorita se case con aquel... aquel aturdido...

—¿Qué aturdido? ¿Estás loco, Nicolás? Por lo visto no puedo abstenerme de meterte en todo lo que no te importa.

—¿Pero, acaso la señorita no es hija del señor coronel? Este no lo habría consentido jamás, ¡pero jamás! ¿Acaso nuestra señorita no merece un caballero, y uno de esos de buena cepa? Y si se puede preguntar, pregunto yo ¿qué es ese doctor? ¿Acaso nuestra señorita tiene que exponerse al ridículo?

—El doctor, es un hombre de bien honrado y sabio.

—Sabio por aquí, honrado por allá. Bastante sé por experiencia lo que son esos doctores. Daban vueltas por el campamento, se daban mucha importancia en el estado mayor, pero cuando se llegaba á las manos no se veía ni uno. ¡Oh! ¡cuántas veces el señor coronel les había llamado los caballeros de la lanceta! Mientras el hombre está sano, ninguno de ellos se atreve á acercársele pero cuando está malo, entonces aparece el doctor con la lanceta y con las otras heramientas que no se como se llaman. Pero la verdad es que no veo que sea un arte honrado, eso de hacerle cortaduras á quien no puede menearse ni puede defenderse. El mérito está en echarsele á uno encima cuando está sano y lleva al hombro una buena carabina. Vaya una sabiduría esa de sacarle los huesos á la gente. Todo junto no vale un comino. Si el señor coronel lo supiera, se retorcería de cólera en su ataúd. ¿Qué casta de soldado es ese doctor? Si se tratara de un caballero, de un señor, ya ¡sería muy distinta la co-

sa. Es imposible, no puede ser; la señorita no se casará con él, sería obrar contra los mandamientos de Dios. Eso, para ese doctorcito es subir demasiado alto.

Desgraciadamente para Nicolás, el doctor había logrado admirablemente su propósito de subir demasiado alto. Y seis meses después se celebró la boda, y nuestra señorita la hija del coronel nos abandonó, acompañada por las lágrimas y las bendiciones de los parientes y de todos los amigos de casa, y muy especialmente por las de Nicolás, para ir á compatir con el doctor los goces y los pesares de la vida.

A ella Nicolás no le guardaba rencor, ni se lo podía guardar; la quería demasiado para hacerlo, pero á él no se lo pudo perdonar. Jamás pronunciaba su nombre, y evitaba cuanto podía el pronunciarlo.

De paso quiero añadir aquí que mi tía fué extraordinariamente dichosa con su doctor. Al año de matrimonio, Dios les dió un precioso niño al cual siguió una niña y así sucesivamente como al señor Dios le plugo. Nicolás amaba á aquellos niños como si fueran suyos: les llevaba en brazos, les hacía caricias, y hasta los habría llegado á estropear á fuerza de atenciones y cuidados; más á pesar de esto, tuve que apercibirme de que todavía alimentaba en su corazón un resto de amargura por el desigual casamiento que mi tía había hecho. Una vez, en la víspera del día de Todos Santos estábamos sentados todos en el saloncito, cuando oímos el ruido de un coche, y mi padre dijo:

—Nicolás, mira quien hay.

Salió Nicolás, y á los pocos minutos reapareció radiante de alegría.

—Es la señorita,—gritó ya desde lejos.

—¿Quién?—preguntó mi padre á pesar de que sabía perfectamente quien era la persona que el viejo anunciaba.

—¡La señorita!

—¿Qué señorita?

—Nuestra señorita,—repitió el interrogado.

En aquel momento entró en la salita la señorita con tres hijos suyos. El viejo servidor por nada en el mundo la habría dado otro nombre que el de señorita.

Finalmente, acabó también por desaparecer su antipatía por el doctor Estanislao. Hania, la nietecita del viejo Nicolás se puso gravemente enferma del tifus. Aquellos días fueron para mí días de aprensión y de amargura, porque Hania era de mi misma edad, mi única compañera de juego, y yo la quería como á una hermana. Durante tres días completos, el doctor casi no abandonó el cuarto de la enferma. Mientras duró la enfermedad de Hania, el viejo, que la adoraba con toda la fuerza de su corazón vagaba como un loco en torno de ella. No comía, no dormía, estaba sentado junto á la puerta del cuarto de la enferma, por no permitirse á nadie más que á mi madre que se acercara á la cabecera de su cama, y devoraba en silencio el cruel dolor que desgarraba su corazón. La vida le había hecho insensible á las injurias y á los dolores corporales, lo propio que á las adversidades; y á pesar de esto, casi sucumbía de desesperación junto al lecho de aquella niña. Al fin, cuando después de algunos

días de mortal incertidumbre, el doctor Estanislao abrió cuidadosamente y con risueño semblante la puerta del cuarto y anunció con balbuciente tono á los que aguardaban su fallo, en la habitación contigua, que estaba salvada, el viejo no pudo dominarse, prorrumpió en una fuerte exclamación de alegría y arrojándose á los pies del doctor, balbuceó repetidas veces entre sollozos estas únicas palabras:

—¡Vois sois mi bienhechor,.. mi bienhechor!

Hania se restableció con discreta rapidez y de entonces para adelante el viejo quiso tanto al doctor Estanislao como á las pupilas de sus ojos.

—¡Qué diablos!—decía en toda ocasión retorciéndose los bigotes.—Es un guapo mozo y monta muy bien, y á no ser por él Hania ya estaría... ni siquiera puedo acabarlo de decir.

Cerca de un año después de este suceso, empezó también á sentirse enfermo el viejo Nicolás. Su figura erguida y vigorosa se encorvó. Andaba encorvado y ya no regañaba ni decía mentiras. Finalmente, llegado ya casi á la edad de noventa años empezó á chochar. No hacía otra cosa que trampas para los pájaros y en su cuarto tenía una infinidad de pájaros prisioneros. Algunos días antes de morir, dejó de reconocer á cuantos le rodeaban; más el día de su muerte, reanimóse por un momento la luz que estaba á punto de extinguirse.

Por aquel entonces mis padres se hallaban en el extranjero para atender á la salud de mi madre. Por la noche yo estaba sentado junto á la chimenea, y conmigo estaban mi hermano menor y el padre Luis, también este cargado de años.

Los copos de nieve agitados por el viento revoloteaban

teaban por delante de la ventana; el sacerdote rezaba, y yo, ayudado por Kazio, limpiaba los fusiles, porque al día siguiente queríamos ir de caza para seguir un rastro recientemente descubierto. De pronto nos dieron la noticia de que el viejo Nicolás se estaba muriendo.

El padre Luis corrió á la capilla en busca de los santos óleos y yo corrí anhelante á la cabecera de la cama del anciano. Pálido, amarillo casi como la cera, medio enervado ya, pero tranquilo y con pleno conocimiento, estaba tendido en su lecho. Su cabeza, casi completamente calva, surcada por dos cicatrices, se podía calificar de verdaderamente hermosa; era la cabeza de un valiente soldado viejo. La vela bendita que ardía junto al lecho esparcía por la habitación una claridad confusa; por todos los lados de la habitación percibíase el piár y el suave trinar de los pajarillos que el enfermo había alimentado y conservado en su compañía. Con una mano el moribundo oprimía el crucifijo contra su pecho, mientras Hania pálida como un cadáver teníale fuertemente cojida la otra con la suya, cubriéndola de lágrimas y de besos.

Entró el sacerdote y confesó al moribundo, y luego éste preguntó por mí.

—Mis señores están ausentes,—dijo con balbuciente tono,—y el no verles hace mi muerte más dolorosa; pero estáis vos señorito, vos, el heredero... pensad en la pobrecita huérfana... Dios os lo recompensará. Olvidad si en algo he faltado... perdonadme. Tal vez era algo regañón... pero he sido fiel.

Guardó silencio y cerró los ojos; más sus párp-

dos se levantaron de nuevo, á pesar de la pesadez que les daba la proximidad de la muerte, y dijo en voz alta, como si llevara prisa y sintiera que le iba á faltar el aliento.

—Señorito... mi huérfana... En tus manos Señor... enco...

—Encomiendo yo el alma de este valeroso soldado, de este hombre honrado...—dijo con tono solemne el padre Luis, terminando la frase que el moribundo no había podido terminar.

El anciano había muerto. Todos nos arrodillamos al rededor de su lecho, y el sacerdote empezó á rezar las preces de los difuntos.

Muchos años han transcurrido desde aquel día. Ufana creció la hierba sobre la fosa del viejo y honrado servidor. Tiempos tristes y calamitosos nos esperaban. El huracán pasó devastador por encima de mi pacífico hogar, y le destruyó. El padre Luis descansa también desde largo tiempo en el seno de la tierra, yo me gano holgadamente con la pluma el pan cotidiano, y Hania...

Al recordarla, empiezan á brotar de mis ojos lágrimas ardientes y copiosas.

Cuando Nicolás, tendido en su lecho de muerte, me recomendó á Hania y la puso bajo mi protección, yo contaba diez y seis años y ella tenía seis meses menos que yo, por eso era casi una niña. Casi á la fuerza tuve que separarla del lecho de su pobre abuelo, que dormía el sueño de la muerte en la capilla de nuestra mansión. La puerta estaba abierta de par en par: ante una antigua imagen de la Virgen, de estilo bizantino, ardían dos cirios, cuya luz indecisa iluminaba débilmente el sombrío crepúsculo que invadía el altar. La niña, agobiada por el dolor, extenuada por las vigiliass y por el llanto, tenía apoyada en mi hombro su cabecita y permanecimos allí un instante tristes y silenciosos.

Era ya muy tarde; en la sala contigua á la capilla, el cuclillo de un antiguo reloj de pesas de Danzig, anunciaba con su ronca voz las dos de la madrugada. Reinaba en torno nuestro un profundo silencio, únicamente interrumpido por el huracán

de nieve que hacía estremecer los cristales de las ventanas de la iglesia, y por los continuos suspiros y sollozos de Hania. Yo no lograba hallar una palabra de consuelo para ella. No hacía otra cosa que estrecharla contra mi pecho con el sentimiento y cariño de un hermano, de un protector suyo. No podía rezar, tenía llena la mente de pensamientos confusos y mi corazón rebosaba de compasión, haciendo que á mi espíritu acudieran en tropel las imágenes más variadas, y de entre aquel caos surgía siempre victorioso é inquebrantable un solo pensamiento, el de que yo habría dado la vida si hubiera sido menester y habría desafiado á todo el mundo por aquel ser privado de todo auxilio que tenía apoyada en mi hombro su pálida carita con los párpados medio entornados.

Entre tanto se nos había venido á reunir mi hermano Casimiro, arrodillándose detrás de nosotros y había venido también una parte de nuestra servidumbre. El padre Luís rezó la oración de la noche que se usaba entre nosotros, recitamos juntos los responsos, y luego el sacerdote leyó una oración especial.

El rostro moreno de la Madre de Dios, con sus dos heridas en la mejilla respiraba benignidad, como si bendijera á los que estábamos de rodillas á sus pies. Parecía como si la Reina del Cielo tomase parte en los goces y en los pesares de nuestra familia. Cuando el padre Luís, al rezar la oración de los difuntos, pronunció el nombre de Nicolás, y nosotros pronunciamos las palabras *Beati sunt mortui* Hania se puso á sollozar con vehemencia, y en aquel momento yo hice un voto, el voto sagrado de

que cumpliría fielmente aún á costa de cualquier sacrificio, el deber que el difunto había impuesto á mi corazón.

Era el voto de un niño, que no podía medir aún lo inmenso de la responsabilidad, y lo eventualmente inmenso también del sacrificio que en su juvenil exaltación se había encargado de cumplir. Después de las preces, nos separamos para ir en busca de algún reposo. Encomendé á Hania al cuidado de la ama de llaves, la anciana Wenzrowska, á quien di orden de que pasase la noche con la niña, más no en su cuarto, sino en el que desde aquel momento le había destinado yo á mi recomendada. Después de haberme despedido cariñosamente de la huerfanita, me trasladé á la parte antigua del edificio donde vivía yo con mi hermano y con el padre Luís, y que en nuestro castillo señorial se designaba con el nombre de hospedería. Me desnudé y me dejé caer en la cama. A pesar del dolor que me causaba la pérdida de Nicolás, sentíame orgulloso y feliz con mi nueva dignidad de tutor. Eso de que yo, un muchacho de diez y seis años, debiera ser ya el protector y defensor de una huerfanita desamparada, me engrandecía mucho á mis propios ojos: me sentía hombre.

—La confianza que tú, honrado viejo, has puesto tú en tu señor, no te ha de salir fallida. En buenas manos encomendaste el cuidado de tu nietecita. Duerme tranquilo y sosegado tú sueño en la fosa, —decía para mis adentros.

Ninguna inquietud me daba el porvenir de Hania. Entonces ni tan siquiera pasó por mi imaginación la idea de que aquella niña crecería y que se casa-

ría. Pensaba que permanecería siempre en nuestra casa, que se la custodiaría como á una hermana, que como á tal se la amaría, y que llevaría una existencia triste quizás, pero que no se vería abandonada.

Según los usos de aquellos tiempos, el primogénito de la familia le tocaba una quinta parte más de la herencia paterna que á sus hermanos menores, los cuales respetaban esta costumbre consagrado por el tiempo, y jamás se rebelaban contra de ella, aun cuando nuestro patrimonio no fuera alodial. (1) Como yo era el primogénito, llegaría un día en que la mayor parte del patrimonio me correspondería á mí, y por eso, aun cuando todavía no era más que un alumno de gimnasio, lo consideraba ya como de mi propiedad. Mi padre era uno de los señores más ricos del país, y á pesar de que nuestra familia no se podía vanagloriar de tener una fortuna de príncipes como muchas otras familias, aun poseía ése desahogo de la nobleza antigua, que no solamente aseguraba el pan cotidiano, sino además una vida cómoda y sin cuidados bajo el techo paterno.

Sabía, pues, que llegaría á ser rico, y por consiguiente miraba sin inquietud el porvenir de Hania, y de todas maneras sabía que, fuera cual fuese el giro que tomara su vida ella encontraría siempre sostén y ayuda en mi casa.

Con estos pensamientos me dormí. A la mañana siguiente empecé á ejercer mi cargo de protector, pero de una manera sumamente ridícula y pueril.

(1) Alodial, que equivale á feudal, es la posesión territorial libre en oposición al feudo.

Y sin embargo, siempre que, despues de tantos años, me acude á la memoria, no puedo dejar de recordarlo con cierta emoción. Cuando fui á desayunarme en compañía de Casimiro, hallé ya sentados á la mesa al padre Luis, á la señora de Ives, que era la institutriz, y á mis dos hermanitas. Las dos niñas, estaban sentadas, como de costumbre, en sus altas sillas de junquillo, meneaban las piernas y charlaban entre sí. Yo ocupé con insólita propopeya el puesto de mi padre, lancé, frunciendo el entrecejo, una mirada al rededor de la mesa, volvíme luego al criado y le dije con tono seco é imperioso:

—Poned también un cubierto para la señorita Hania.

Y marqué de un modo especial la palabra *señorita*.

Jamás había acaecido semejante cosa: Hania solía comer en la salita de la camarera, porque Nicolás, á pesar del deseo manifestado por mis padres, jamás había permitido que su nietecita se sentara á la mesa con los señores.

—No, no,—había dicho refunfuñando el viejo,—no faltaba más. Mejor será que aprenda á servir á los señores.

Yo fui, pues, quien introduce esta novedad. El bueno del padre Luis se sonrió, y procuró disimularlo tomando un polvo y haciendo uso de su pañuelo de seda. La señora de Ives á pesar de su bondad, al oír esta nueva orden, hizo una mueca, porque, descendiendo ella de una familia de vieja cepa

era aristocrática hasta la médula de los huesos. Francisco, el joven criado, me miró con la boca abierta y con aire tan sorprendido, que me vi precisado á repetir mi orden.

—Poned también cubierto para la señorita Hania.

—Voy en seguida, excelencia,—contestó Francisco, á quién mi tono imperativo debía haber impresionado vivamente.

Debo confesar que aquel *excelencia* que el padre Luis oyó salir por vez primera de los labios del criado dirigiéndose á mí, le arrancó otra sonrisa de satisfacción, sonrisa que esta vez no pudo reprimir; pero mi aire grave contribuyó á que el *excelencia* pasara sin más incidentes.

Un momento despues quedaba puesto el cubierto ordenado, abrióse la puerta y apareció Hania con su vestido de luto que la camarera y la criada le habian arreglado durante la noche. Estaba sumamente pálida y en sus ojos quedaban aún las huellas de lo mucho que habian llorado; sus lindas trenzas rubias que el velo negro aprisionaban juntas, caíanle pesadamente sobre los hombros. Salí á su encuentro y la conduje hacia la mesa. Mi cortesía y el ambiente de lugar y de personas á que no estaba acostumbrada parecían poner confusa y perpleja á la pobre niña. Yo no sabia entonces que para un dolor profundo hace más bien un rincón tranquilo y solitario que los pésames más vivos y las mejores pruebas de simpatía y de amistad.

¡Pobre Hania! ¡cuánto debo haberla hecho sufrir con mi manía de hacer valer mis derechos de protector! Durante la comida permaneció callada, y

sólo respondía con monosílabos cuando yo la preguntaba que era lo que deseaba comer ó beber.

—Nada, excelencia, muchas gracias.

Aquel *excelencia* y aquel *muchas gracias*, me hicieron daño, y me lo hicieron tanto más, cuanto que solía tratarme con mucha confianza y no me daba otro título que el de *señorito*. Era evidente que el aire que yo había tomado desde la muerte de su abuelo, y el radical cambio de circunstancias la habian puesto más tímida y humilde de lo que era habitualmente. Inmediatamente despues del desayuno, la conduje al parque y la dije:

—Hania; has de saber que de hoy en adelante ya no eres otra cosa que mi hermana muy querida; de consiguiente, no me vengas más con *excelencias* tratándose de mí. ¿Has entendido?

—Está bien, exce... señorito.

Mi situación con respecto á aquella niña, era bastante singular en aquel momento; paseábame con ella de uno á otro lado de la estancia sin saber de que tenía que hablar. Si hubiera sido posible hacerlo sin tener que traer á la memoria al viejo Nicolás ni á su muerte, la habría prodigado afectuosos consuelos; mas esto la habría hecho derramar de nuevo un torrente de lágrimas, despues de haber llorado ya poco antes. Al fin, no sabiendo que hacer, me senté con ella en un sofá situado en un ángulo de la habitación, atraje hacia mí su cabecita, y me puse á acariciar sus cabellos que eran brillantes como el oro.

Ella se acercaba á mí como pudiera haberlo hecho con un hermano, y probablemente el dulcísimo sentimiento que aquello despertaba en su corazón

de su confianza anterior, hizo correr nuevas lágrimas por sus mejillas. Lloraba amargamente y yo trataba de consolarla como mejor sabía.

—No vuelvas á ponerte á llorar, Hania mía,—decíala yo;—mejor es que pienses que ahora tu abuelo está en el Paraíso y que por mi parte haré cuanto pueda...

Nada más la pude decir, porque á duras penas lo graba yo mismo contener las lágrimas.

—Puedo ir á ver al abuelo, señorito.

Yo que sabía que habían traído ya el ataúd y que el cadáver de Nicolás había sido colocado ya en él, quise saber antes por mí mismo si estaba terminado todo antes de conducir allí á Hania. Al encaminarme á la cámara mortuoria encontré á la señora Ives y la rogué que me esperara un momento porque tenía que hablar con ella.

Después de haber rezado un poco sobre el féretro del viejo Nicolás y de haber dado las últimas disposiciones para su entierro, volví á donde me aguardaba la institutriz, y la rogué que, después de transcurrida la primera semana del luto, enseñara á Hania la música y el francés.

—*Monsieur Henri*—contestó la señora de Ives, la cual estaba visiblemente disgustada de que yo obrase con tanta independencia,—lo haría gustosa, porque aprecio esta niña, pero no sé si esto estará de acuerdo con las intenciones de vuestros padres, como dudo también de que éstos estén de acuerdo con vuestra excelencia, respecto á la situación que tenéis por conveniente crear á Hania. *¡Surtout pas trop de zèle, monsieur Henri!*

No fué poco lo que me irritó la oposición de la

institutriz francesa; pero mitigó algo esta impresión el hallar más buena acogida en el padre Luis. El buen sacerdote, quien ya antes había dado lecciones á Hania, no solo consintió en que se le diese á esta niña una educación algo extensa, sino que elogió además mi interés.

—Veo,—dijo,—que te apresuras á justificar la confianza que el moribundo depositó en tí. Siendo como eres todavía un niño, tu celo te honra; pero con la condición de que este celo vaya acompañado en tí de la perseverancia.

Observé que el sacerdote estaba contento de mí. Era evidente que, en vez de tomarlo á mal, se complacía viéndome actuar de señor. El viejo sacerdote comprendía que aun cuando hubiera más de una cosa que revelaba puerilidad, los motivos que inspiraban mis actos eran puros y leales, y que la semilla que él había puesto en mi corazón, empezaba á dar su fruto.

Por lo demás, el venerable anciano me profesaba cariño. En mi niñez le había tenido miedo; pero á medida que iba aproximándome á la edad juvenil, empecé á imponérmele cada día más: había notado sus condescendencias para conmigo, y no ponía escrúpulos en aprovecharme de ellas. También él quería á Hania y no encontré, por su parte, contrariedad alguna; antes por el contrario, él mismo, siempre que hubiere sido posible, habría contribuido gustoso á mejorar la suerte de aquella niña. También tenía buen corazón la señora de Ives, y trataba á Hania con la afabilidad que le era habitual. Por lo tanto, la huérfana no tuvo para que

quejarse de falta de interés hacia ella por parte de sus profesores.

La servidumbre misma empezó á dejar de considerarla ya como á una igual y á tratarla como á otra de las señoritas de la casa. Desde un principio, mi madre había querido que fueran obedecidas las órdenes del señorito, aún cuando éste fuera niño aún. Todos podían acudir al señor, ó la señora, siempre que tuvieran motivo para ello, pero nadie podía oponerse por sí y ante sí á la voluntad del *señorito*, que era como se le tenía que llamar. Tanto la servidumbre como las hermanitas se acostumbraron pronto á obedecer al primogénito, costumbre que subsistió en lo sucesivo.

—Así, y no de otra manera,—solía decir mi padre,—se puede conservar una familia.

Y en efecto, este derecho de familia, basada más bien en la costumbre que en la ley, y según el cual el primogénito era el principal heredero, pasó durante siglos de generación en generación. Así pues, toda la servidumbre estaba acostumbrada á considerarme como á su futuro señor, y hasta el mismo viejo Nicolás, que todo se le podía permitir hasta llamarme sencillamente por mi nombre de pila, no podía prescindir en absoluto de tratarme con cierta veneración.

Mi madre tenía una farmacia doméstica, y solía visitar á los enfermos. Cuando el cólera fué ha hacer una importuna visita á nuestro país, ella pasaba noches enteras en las chozas de los aldeanos sin dejarse acobardar por el *contágio*, que parecía absolutamente inevitable.

Mi padre temblaba por su vida, pero no ponía obstáculo alguno á su infatigable solicitud.

—Es un deber,—decíase repetidas veces,—es un deber...

Y después, apesar de su severidad distribuía todo género de socorros á los aldenos, les condonaba las contribuciones establecidas entre ellos, pagaba sus deudas, les ayudaba cuando se casaban, y hasta tenía á sus hijos en la pila bautismal. Mi padre nos enseñaba á apreciar á los campesinos; devolvía el saludo á los que eran más viejos que él, hasta quitándose el sombrero, y no pocas veces les mandaba llamar para conferenciar con ellos y pedirles consejo ó parecer. En cambio, éstos profesaban mucho cariño á nuestra familia, y muy amenudo daban pruebas de este cariño con los hechos.

He referido detalladamente todas estas particularidades para dar una idea exacta de nuestra vida casera; y para demostrar al mismo tiempo que yo, al transformar á Hania en una señorita no tuve que vencer grandes dificultades.

Si alguna resistencia hallé, y aún esta pasiva fué más que en otra persona, en la misma Hania; la pobrecita era demasiada tímida, y había sido educada y criada por Nicolás, bajo la base de un respeto excesivo á sus excelencias los señores, á fin de que pudiera adaptarse pronto y facilmente á su nueva condición.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Tres días después de la muerte del viejo Nicolás, se verificó su entierro, en el cual tomó parte casi todo el vecindario, por querer todos tributar aquel último obsequio á aquel viejo que aún cuando fuera un simple criado, era generalmente querido y apreciado. Nicolás fué sepultado en la tumba de familia, al lado de mi abuelo el coronel. Durante la triste ceremonia, yo no me separé del lado de Hania. Había venido conmigo en trineo, y yo tenía la intención de llevarla también conmigo á la vuelta; más el padre Luis, me rogó que invitara á los que habían asistido al entierro, á tomar un bocado en nuestra casa, y confié Hania á mi amigo y discípulo Selin Davidawitsch.

El padre de mi amigo, Mirsa Davidawitsch, propietario y vecino de mi padre, descendía de una familia tártara y mahometana; pero su familia se había trasladado desde largos años á nuestro país, y

34991

hacía largo tiempo que estaba provista de cartas de nobleza y de feudo.

Yo tuve que ir, pues con los Ustrycki, y Hania subió á otro trineo en la señora de Ives y con el joven Davidawitsch. Vi como el buen joven, después de haber cubierto y envuelto bien á Hania en su pelliza, tomó las riendas de manos del cochero fustigó los caballos y echó á correr como una exalación. Llegada á casa, Hania se retiró al cuarto de su abuelo para dar libre curso á sus lágrimas. No pude seguirla, porque yo tenía el deber de dedicarme, junto con el padre Luis, á mis huéspedes.

Al fin se marcharon todos á escepción de Selim Davidawitsch, porque tenía que pasar conmigo las fiestas de Navidad, al objeto de prepararse para los exámenes del bachillerato que estaban próximos. Y además queríamos dar juntos algunos paseos, ir á cazar, hacer esgrima, ocupación que preferíamos desde larga fecha á la traducción de los Anales de Tácito ó del Anacaris de Xenofonte.

Selim era un muchacho expansivo, un buen compañero, un burlón de primera fuerza, muy ingenioso y sumamente simpático. En casa todos le queríamos, únicamente mi padre le miraba con cierta prevención...

¿Quién sabe si tal vez le desagradaba que aquel joven tártaro supiera muy bien la esgrima y manejara la escopeta mejor que yo. En cambio tenía una ardiente partidaria en la señora de Ives; porque hablaba el francés como un parisién y, lo que valía más que todo, sabía divertir mejor que todos nosotros, á la francesa, con su charla y con sus bromas.

El padre Luis abrigaba la esperanza de convertirlo al catolicismo, porque de vez en cuando se permitía ciertas bromas sobre el islamismo y hasta podía ser que le impidiera abjurar el Koran el profundo respeto que profesaba á su padre. El viejo Mirsa, era firmemente fiel á su religión por antigua tradición de familia y repetía con frecuencia, como caballero de vieja cepa, que quería más morir mahometano viejo que católico nuevo. Prescindiendo de esto, empero el viejo Davidawitsch, no tenía especial predilección ni por los turcos, ni por los tártaros. Sus ascendientes se habían establecido, desde la época de Vitoldo en las tierras que Juan Lobieski había donado á un Mirsa Davidawitsch coronel ya de húsares que, según se decía, había hecho prodigios de valor al pié de los muros de Viena. El retrato de ese coronel existe todavía en Corzeli, y recuerdo muy bien la sorprendente impresión que aquel retrato produjo en mi espíritu. Efectivamente, el coronel Mirsa tenía un aspecto verdaderamente terrible, con aquella cara morena y surcada de innumerables cicatrices con aquellos pómulos salientes, aquella mirada sombría y centelleante, que parecía tenerla siempre fija en el espectador, tanto si estaba uno frente á él como si uno le miraba desde un lado ú otro. Por otra parte, mi amigo Selim en nada se parecía á aquel su valeroso ascendiente. Su madre que se había casado con él, en Crimea no era tártara sino del Cáucaso, y todos estaban acordes en que era de una belleza rara; decían que su hijo Selim, se le parecía mucho especialmente en los ojos.

Selim era realmente un joven admirable. No te-

nia en absoluto ojos de tártaro, pero, á pesar de su posición oblicua, tenía unos ojos magníficos, grandes y provistos de una expresión lánguida y romántica; ojos parecidos casi á esos ojos que únicamente se encuentran en las georgianas, ojos que cuando os miran inmóviles ejercen sobre vos una fascinación irresistible. Jamás he visto unos ojos como aquellos.

Cuando Selim pedía á alguien alguna cosa, y acompañaba su demanda con una mirada de aquellos ojos hermosamente suplicantes, uno se sentía absolutamente conmovido, y aquella mirada le penetraba hasta el fondo del corazón.

Sus facciones tenían tanta regularidad, como si hubieran brotado del escoplo de un insigne escultor; su carne era mórbida, y sus labios ligeramente arqueados y rojos como las cerezas, estaban adornados por una sonrisa amable y vaga y dejaban entrever dos hileras de dientes blancos y diáfanos como otras tantas perlas.

Pero si alguna vez se encolerizaba y se peleaba con sus compañeros toda aquella fascinación que hacía tan vago todo su sér, desaparecía instantáneamente, y aquel joven tan dulce y apacible un momento antes, daba miedo. Atravesábasele los ojos y parecían echar llamas como los de un lobo. Inchábasele los músculos del cuello, y se veía aparecer en él, el tártaro... el tártaro verdadero, que nuestros antepasados aprendieron á conocer de sobras en la guerra. Esta melamorfosis solo duraba un instante, pasado el cual, Selim se deshacía en lágrimas, pedía perdón, y lo pedía de tal manera

que su adversario no podía menos que concedérselo.

Tenía un corazón como no lo había mejor en el mundo y aspiraciones é ideas nobilísimas. Sin embargo era con frecuencia distraído y ligero, y á pesar de sus grandes talentos aprendía poco porque era bastante indolente. Finalmente era todo un caballero, y sabía montar tan perfectamente á caballo como manejar el fusil y tirar la espada, cosas que se avenían perfectamente á su temperamento indómito y ligero. Estábamos intimamente unidos y nos queríamos como hermanos, nos disgustábamos con frecuencia pero un minuto después éramos ya más amigos que antes. Las vacaciones largas y la mayor parte de las solemnidades las pasábamos, ó ya en Corzeli ó él en nuestra casa. Y también esta vez, después del entierro de Nicolás, debía pasar él con nosotros las fiestas de Navidad.

A eso de las cuatro de la tarde se marcharon los huéspedes. Avanzaba hacia su fin aquel corto día de invierno; el resplandor rosado de la caída de la tarde brillaba sobre los cristales de las ventanas, en torno de las ramas de los árboles cercanos volaban graznando y chillando las cornejas. Bandadas enteras de aquellos negros pájaros pasaban batiendo sus alas del bosque al estanque, para gozar desde allí, de los últimos rayos del sol que se acababa de extinguir.

En la sala donde nos hallábamos reunidos desde la hora de comer, reinaba un profundo silencio. La señora de Ives se había retirado, como de costumbre á su habitación, mientras el padre Luis recorría á grandes pasos aquella estancia, y mis dos

hermanitas bailaban sobre la alfombra, dando vueltas alrededor de la mesa, entrelazándose unos con otros los dorados rizos que adornaban sus cabecitas. Hania, Selim y yo, nos habíamos sentado en un sofá frente á la ventana, y seguíamos con los ojos, la luz del día que paulatinamente iba extinguiéndose detrás de la selva al otro lado del estanque.

No tardó en anochecer por completo, el padre Luis nos dejó para ir á hacer sus devociones; mis hermanas habían pasado á un pieza inmediata, y nosotros quedamos solos los tres. Selim disponíase ya á bromear y charlar, cuando Hania se arrimó á mí con aire inquieto y balbuceó:

—¡Tengo un miedo, señorito!... tengo miedo.

—No tengas miedo, alma mía,—la contesté atrayéndomela todavía más,—apóyate en mí. Estás conmigo, y no debes tener miedo de nada. Mira, yo no tengo miedo, y en todo caso te sabría defender.

No decía completamente la verdad. Con aquella obscuridad y con el recuerdo de la reciente muerte de Nicolás, mi ánimo se hallaba en un estado de inquietud.

—¿Hay qué mandar traer la luz?—la pregunté.

—Sí, señorito, os lo suplico.

—Selim, ten la bondad de decir á Francisco que traiga una luz.

Selim se puso rápidamente de pie; inmediatamente después oímos una especie de ruido hacia la puerta; abrióse ésta, y Francisco, seguido de Selim penetró vivamente en la estancia. El criado daba muestras de viva contrariedad, la cual se explicaba porque Selim, que le tenía asido con fuerza

por un brazo dando vueltas y arrastrándolo consigo hasta que se detuvo frente al sofá, dijo:

—Francisco, tu señor amo te manda que le traigas una luz, porque la señorita tiene miedo: ¿lo has entendido? Escucha, ¿dónde prefieres? traer en seguida una luz, ó que te rompa el espinazo.

Francisco corrió á buscar una luz, mas en breve se conoció que aquella luz hacía daño á los ojos de Ana, rojos todavía de tanto llorar, y Selim se apresuró á apagarla.

Estábamos nuevamente á obscuras, envueltos en las tinielas, silenciosos y solos, uno al lado del otro. Sólo la luna iluminaba la estancia con su argentina luz. Hania parecía que tenía miedo aún; así, por lo menos, me lo daba á entender el sentirla cada vez más apretada contre mí, y la fuerza con que estrechaba mi mano contra la suya. Selim estaba sentado en una silla frente á nosotros y, como de costumbre, pasó de la bataola inmoderada á una profunda fantasía. En torno nuestro reinaba un profundo silencio; estábamos tristes, pero con una tristeza que nos hacía bien.

—Selim,—le dije,—cuéntanos una historieta, tú que sabes tantas y tan bonitas. ¿Qué te parece, Ana?

—Sí,—contestó la niña.

Selim alzó los ojos al techo y permaneció unos instantes meditabundo. La luna iluminaba el perfil de su hermoso rostro. Por último empezó su relato con voz simpática, pero algo trémula:

—«Vivía en Crimea, en las selvas del otro lado de los montes, una buena hada llamada Lala. Una vez acaeció que el sultán pasó en coche por delante

de su choza. Vivía él en un palacio sostenido por columnas de coral y de diamantes, y cubierto de un techo todo de perlas. Era tan grande ese techo, que era menester andar un año entero para llegar de un extremo al otro. El sultán llevaba un turbante adornado con rayos de sol y con estrellas verdaderas y brillantes. Encima del turbante reposaba una media luna cortada por un mago de la luna misma y regalada al sultán. Pasó, pues, éste en su coche, por delante de la choza de la hada Lala, y tan amargamente lloraba que las lágrimas rebosaban del coche, y allí donde caía una, brotaba y se abría un lirio blanco. «¿Por qué lloras, sultán?» le preguntó el hada Lala.—«¿Por qué no he de llorar?» respondió el sultán:—tengo una sola hija, bella como una aurora y tengo que darla al negro Damsa de los ojos de fuego, el cual cada año...»

En este punto se interrumpió Selim, y balbuceó:

—¿Duerme, Hania?

—No, no duermo,—contestó con soñolienta voz la niña.

—«¿Por qué no he de llorar?» dijo el sultán á la hada,—continuó Selim;—no tengo más que una sola hija y se la tengo que dar á Damsa.»—«No llores, sultán,—dijo Lala,—monta en el caballo alado y cabalga hasta llegar al castillo del Borach. Negras nubes te perseguirán por el camino, mas tú les arrojarás estas semillas de adormideras y se dormirán.»

Y siguió su relato, hasta que se interrumpió de nuevo y dirigió los ojos hacia Hania.

La niña, rendida de tanto sufrir y de tanto llorar, habíase dormido de veras profundamente. Nos-

otros apenas nos atrevíamos á respirar por temor de despertarla. Su respiración era sosegada; únicamente de vez en cuando venían fuertes sollozos á interrumpirla.

Selim apoyó la frente sobre una mano y quedó sumido en sus pensamientos; y yo, por el contrario, dirigí los ojos al cielo y me pareció que me remontaba sobre las alas de los ángeles hasta llegar a aquellas estrellas del cielo que en él brillaban. No me es posible reproducir con palabras el dulce sentimiento que se apoderó de mí mientras aquel sér tan querido dormía tan tranquilo y confiado sobre mi pecho. Apoderóse de mí un ligero temor, y en mi corazón resonaron voces nunca oídas, voces sobrehumanas, voces de felicidad. ¡Ah, cuánto amaba yo á Hania! En aquel tiempo, amábala todavía con el amor de un hermano y de un protector, pero con un amor sin límites...

Me incliné sobre ella y desfloré con los labios su dorado cabello. En aquel beso no había ni sombra de sensualidad; era tan inocente como lo era yo mismo.

De repente Selim se puso en pie como asustado y se despertó de sus fantásticos ensueños.

—Qué feliz eres, Enrique,—balbuceó.

—Sí, Selim, muy feliz.

Mas no podíamos permanecer sentados siempre allí.

—No la despertemos; conduzcámosla con cuidado á su cuarto,—propuso Selim.

—La llevaré yo; tú ábreme la puerta,—respondí.

Retiré poco á poco el brazo de debajo la cabeza de la dormida niña, y la dejé resbalar suavemente sobre el sofá, y después la levanté á plomo. Yo era todavía un niño, pero procedía de una raza de gente vigorosa, y en cambio la niña era delicada y ligera: la cogí como quien coje una pluma. Selim abrió la puerta que conducía á la estancia inmediata, donde había luz y así llegamos á la habitación verde, que era la que yo había señalado á Hania. Estaba ya preparada la cama; en la chimenea ardía un alegre fuego, junto al cual estaba sentada y atizándolo la vieja Wenyrouska. Cuando ésta me vió entrar con aquella carga en brazos, se levantó asustada, y exclamó:

—¡Pero por Dios, señorito! va á rendiros el peso de esa muchacha. ¿Por qué no la habéis despertado? Habría podido venir aquí por su pie.

—¡Chito, Wenzrouska!—prorrumpí con acento de cólera.—Hania no es una muchacha, sino una señorita, ¿lo entiendes? La señorita está muy fatigada; no quiero que se la despierte. Desnúdala y métela en la cama. No olvides que es una huérfana y que es necesario procurar consolarla de la muerte de su abuelo á fuerza de miramientos y de cariño.

—¡Sí, pobrecita, es una huérfana!—repitió la buena anciana.

Selim la dió un beso por aquellas palabras, y luego él y yo pasamos á tomar el té. Mi amigo se entregó á una alegría desenfrenada, de la cual no logré participar, porque estaba triste, y porque no me sentaba bien á mí, hombre reposado, que debía ejercer el cargo de tutor, el abandonarme como un chiquillo á la hilaridad.

Aquella noche el padre Luís le dió una bonita corrida á Selim. Este, mientras nosotros estábamos en la capilla rezando las oraciones de la noche, había corrido al corral, habíase encaramado al techo de la nevera, y desde allí empezó á lanzar unos aullidos tan atroces, que todos los perros del pajar se lanzaron hacia allá y unieron sus aullidos á los de mi amigo, privándonos de hacer nuestras oraciones.

—¿Es qué te has vuelto loco, Selim?—le gritó el padre Luís.

—Dispensad, reverendo, yo rezo en mahometano.

—¡Ah, pillete! no te burles de tu religión.

—Es que yo, reverendo, quiero hacerme católico; lo único que me lo impide es el miedo que tengo á mi padre. ¿A mí que me importa Mahoma?

Con esto había cojido al sacerdote por su lado flaco, y por lo tanto éste ya nada más le dijo, y nosotros nos fuimos á dormir.

Yo y Selim teníamos una habitación para los dos, porque el padre Luís sabía que nos gustaba mucho charlar juntos y no quería privarnos de esta satisfacción.

Mientras me desnuba, observé que Selim hacía lo mismo sin haber rezado antes sus oraciones, y le pregunté:

—¿Cómo es que nunca rezas?

—Porque no; pero si te gusta que lo haga, puedo empezar ahora mismo.

Y esto diciendo, se colocó frente á la ventana, volvió la cara hacia la luna y se puso á gritar dando cierto ritmo á su voz:

—¡O Allah! ¡Akbar Allah! ¡Allah Kerim!

Cuando estuvo medio desnudo, y con sus ojos siempre vueltos hacia el cielo, me pareció tan hermoso, que no acertaba á desviar la mirada de él. Mas de pronto se interrumpió, y dijo:

—¡Lo mismo da! No creo en nuestro profeta, que no consiente á los otros mas que una mujer y que para él se tomó todas las que se le antojaron. Y luego, no puedo negar que me gusta el vino y que lo bebo de buen grado. Pero no hay remedio, soy mahometano y tengo que seguirlo siendo. Por lo demás, creo en un Dios, y á veces hasta rezo, pero á mi manera y como á mí me parece. ¿Qué sé yo de eso en definitiva? Únicamente sé que hay un Dios, y esto basta.

Y se puso á hablar de otras cosas.

—¿Sabes, Enrique? tengo unos cigarros excelentes. Ya no somos niños y podemos permitirnos fumar.

—Vengan.

Saltó de la cama y sacó un paquete de cigarros. Encendimos uno cada uno, nos acostamos, fumamos en silencio, escupimos, pero esto último recatándonos el uno del otro, á fin de que mutuamente no nos apercibiéramos de ello.

Poco después, Selim volvió á tomar la palabra.

—Enrique,—dijo,—te tengo envidia; ahora eres un hombre de verdad.

—Claro está que sí.

—Eres tutor. ¡Ah, si yo pudiera ser tutor de alguien!

—No es cosa tan fácil,—observé,—y luego que, ¿dónde podría hallarse en el mundo otra Hania? Pe-

ro ahora te diré,—proseguí con gran formalidad,—que creo que no he de volver ya al gimnasio. Un joven que tiene en su casa deberes semejantes, no puede ir á la escuela.

—¡Qué locura! ¡Cómo! ¿no quieres estudiar más? ¿Y la Universidad?

—Tú ya me conoces y sabes que me gusta el estudio; pero ante todo es el deber. La cosa se podría arreglar si mis padres me dejaran llevar á Hania conmigo á Varsovia.

—¡Oh! esto de seguro que no lo harán.

—Mientras esté en el gimnasio, naturalmente que no podrá ser, mas en cuanto sea estudiante de seguro que me la entregarán. Parece como si no supieras lo que es un estudiante.

—También pudiera ser que empezaras por hacer de tutor, y te casaras luego con tu pupila.

—Veo, Selim, que estás loco de verdad.

—Oye, ¿por qué no has de poderlo hacer? Naturalmente que mientras estés en el gimnasio no te podrás casar; pero un estudiante puede muy bien permitírsele. Un estudiante no solamente puede tener mujer, sino hasta hijos.

Selim acabó su frase con una carcajada.

En aquel momento me tenían sin cuidado los privilegios de los estudiantes; mas las palabras de Selim habian llevado la luz á lo más recóndito de mi corazón. Repentinamente se amontonaron en mi mente mil ideas confusas y estrambóticas. ¡Casarme con mi huérfana! Esto fué un rayo que vino á herir á un mismo tiempo mi mente y mi corazón. Vino á ser como si en las huellas de mi alma hubiese penetrado de improviso una luz viva, una claridad des-

lumbradora. El amor fraternal que hasta entonces había alimentado, se me aparecía radiante con un brillo de color de rosa, con una luz nueva, y me llenaba el corazón de un calor delicioso y jamás experimentado.

—¡Casarme con ella! ¡Casarme con Hania, con mi Hania de los cabellos de oro, con mi amada, con mi adorada Hania!

Y con voz apenas perceptible, repetía:

—Pero Selim, estás loco de verdad.

—¿Sí? pues yo apuesto á que desde ahora estás locamente enamorado de ella,—respondió Selim.

No repliqué: apagué la luz y oculté el rostro en la almohada, cubriéndola de apasionados besos. Era cierto, muy cierto, estaba ya enamorado de ella.

III

Dos ó tres días después del entierro de Nicolás volvía mi padre, á quien por telégrafo se había enterado de la muerte del viejo servidor. Yo temblaba de miedo ante la idea de que revocara las disposiciones que yo había tomado respecto á Hania. Mis presentimientos se realizaron efectivamente hasta cierto punto. Mi padre elogió mi celo y lo concienzudamente con que había procurado cumplir mis deberes; hasta pareció que se alegraba de mi modo de obrar: por lo menos, iba repitiendo á cada paso:

—Nuestra sangre, toda nuestra sangre.

Cosa que acostumbraba á decir cuando estaba contento de mí de un modo particular. Mas él no tenía ni la más mínima idea de lo desinteresado que era mi celo.

Sin embargo, no todas mis disposiciones le agradaron, y tal vez la causa principal de ella fué el relato algo exagerado que le hizo la señora de Ives;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

porque desde lo noche en que yo tomé mi resolución estaba persuadido de que en cierto modo hacia de Hania la persona principal de casa. Lo que desagradó muy especialmente á mi padre fué que Hania tuviese que recibir la misma educación y la misma cultura que mis hermanas.

—No me opongo,—dijo,—ni me meto en ello; mas eso corresponde á tu madre. Ella, como á heredera, es quien la debe fijar; pero pensando siempre en lo que mejor puede convenirle á esta niña.

—Pero, padre, la cultura jamás puede perjudicar á nadie. A tí mismo te lo he oído decir muchas veces.

—Sí, al hombre no le puede perjudicar: al hombre, la cultura le allana el camino, y con ella se puede conquistar una situación elevada; pero por lo que hace á las mujeres, ya es otra cosa; su cultura tiene que ser adecuada á su condición y muy especialmente á la que ocuparán en el porvenir. Y una muchacha como Hania, sólo necesita una cultura regular; no necesita saber francés, ni saber música, ni otras cosas por el estilo. Con una cultura regular, Hania podrá encontrar mucho más pronto un marido que la convenga, y hasta tal vez un arrendador...

—¡Padre!—exclamé yo.

Mi padre me miró sorprendido.

—¿Qué tienes?—me preguntó.

Debí ponerme colorado como un cangrejo, porque mis mejillas abrasaban; habíanseme anublado los ojos. La idea del casamiento de Hania con un arrendador bajo el punto de vista de mi existencia, de mis esperanzas y de mis propósitos, me parecía

una atrocidad tan grande, que no había podido reprimir una exclamación de cólera.

Y esta atrocidad tenía que causarme una aflicción tanto más profunda, cuanto que era mi padre quien la había proferido. Sus palabras cayeron aplomadas como una peña sobre mi ingenua confianza; fué la primera impresión desagradable que la vida, la realidad, producía en las imágenes de mi fantasía; fué una de aquellas primeras desilusiones á las cuales, en el decurso de la vida, nos abandonamos, dominados por el pesimismo y el excepcionalismo.

Al corazón humano le acontece lo que al hierro ardiente que silva al contacto de una gota de agua, transformándola en vapor. Bajo el primer contacto frío de la amarga realidad, se contrae dolorosamente; mas un momento después, la misma realidad sopla el fuego y lo reanima.

Las palabras de mi padre abrieron en mí una herida, y una herida muy especial en realidad. Junto con el dolor experimenté una especie de aversión, mas no precisamente hacia mi padre, sino hacia Hania; sólo que, con el auxilio del espíritu de contradicción que le es peculiar á los jóvenes, oculté en seguida y para siempre en mi alma aquel sentimiento. Mi padre no acertaba á explicarse mi enojo y lo atribuía á un sentimiento exagerado del deber, exageración propia de mi edad, y no solamente no le indignó, sino que le gustó de tal manera, que moderó desde luego su repugnancia á que se diese á Hania una educación más elevada de la que parecía corresponderle.

Acordóse que yo escribiría á mi madre, la cual

tenía que permanecer todavía algún tiempo en el extranjero, y que la pediría que tomara con respecto á Hania una resolución definitiva.

No creo haber escrito jamás otra carta tan larga ni tan expansiva. Participé á mi madre la muerte de Nicolás, sus últimas palabras, mis deseos, temores y esperanzas; toqué una á una todas las cuerdas de su amoroso corazón, que abrigaba siempre una compasión tan profunda para los demás. La pinté con los más vivos colores los tormentos de la conciencia que de seguro me estarían reservados, si no hiciéramos por Hania todo lo que podíamos hacer.

A mi modo de ver, aquella carta era una obra maestra que indudablemente tenía que producir sus efectos. Tranquilo sobre este punto, aguardé pacientemente la respuesta, que no tardó en venir, con una carta para mí y otra para la señora de Ives. Había triunfado en toda la línea. Mi madre no sólo declaró que se hallaba de acuerdo conmigo en lo de que Hania recibiera una educación y una cultura elevadas, sino que la recomendó muy especialmente.

«Vería con gusto,—escribía mi buena madre,— que Hania, á no ser que su padre se oponga absolutamente á ello, fuese tratada como á un individuo de nuestra familia. Considero que este es un deber que tenemos contraído con nuestro viejo Nicolás, en recompensa de su leal adhesión y de su amor, dispuesto siempre á cualquier sacrificio por nosotros.»

Mi victoria, pues, fué completa, y Selim se alegró de ello conmigo, especialmente porque todo lo

que se refería á Hania le interesaba tanto, como si él mismo hubiera sido el tutor. A decir verdad, su interés por la huérfana y las atenciones y miramientos que constantemente empleaba con ella, empezaron á parecerme excesivos y á exasperarme, tanto más cuanto que mi comportamiento con Hania había sufrido una transformación completa desde aquella noche memorable en que comprendí mejor lo que sentía por ella. En su presencia, sentíame siempre acobardado, y había desaparecido por completo toda aquella familiaridad infantil con que antes la trataba.

Pocos días habían transcurrido desde aquel en que aquella niña había reposado tranquilamente en mi pecho, y ahora, al recordarlo, me asustaba; antes, poco antes, al darla las buenas noches ó los buenos días, la besaba, y ahora temblaba al simple contacto de su mano, como si tocara un hierro candente. Desde entonces traté á Hania con el mismo respeto que puede inspirar el objeto de un primer amor. Si ella se aproximaba instintivamente á mí, como lo hacía antes, parecíame que la profanaba. Este amor, doloroso unas veces, otras veces lleno de alegría, me había puesto en un estado que hasta entonces jamás había conocido. Si hubiera podido desahogarme llorando, cosa de que, hablando francamente más de una vez me habían venido deseos, habríaseme aliviado el corazón.

Hacerle tal confianza á Selim, no me acomodaba, por temor á una explosión de su loco buen humor. Sabía muy bien que de momento tomaría una parte muy viva en mi sufrimiento; pero, ¿quién me aseguraba que al día siguiente no se burlara de mí,

con aquel cinismo que le era habitual, y que con sus atolondradas frases no destruyera el encanto que me dominaba?

Además, prescindiendo de que yo era reservado por carácter, impediame hacer de Selim mi confidente, la circunstancia de que yo estaba inclinado al sentimentalismo, mientras que él era el reverso de la medalla. Ya desde que amaba, no podía, por mi carácter, dejar de ser melancólico, mientras que él no conocía la formalidad.

De modo que al ocultar mi amor a los ojos de todos, apenas osaba confesármelo á mí mismo. Aun cuando yo no pertenecía á una familia de hipócritas, aprendí, sin embargo, en poco tiempo, á disimular todas las señales que habrían podido descubrir mi amor, y á disimularlas con tal destreza, que nadie podía apercibirse de mi repentino rubor ni de mi perplejidad, cada vez que inesperadamente se pronunciaba en mi presencia el nombre de Hania. Un niño de dieciseis años puede ser lo suficientemente astuto para despistar hasta al más fino observador.

No tenía intención ninguna de dar á conocer á Hania lo que sentía por ella: la amaba, y ésto era suficiente para mí. Solo de vez en cuando, si me hubiese encontrado á solas con ella, habría tal vez cedido á cierto no sé qué, que me impelia á arrojarme á sus pies y besar la cola de su vestido. Selim, por el contrario, hacía locuras, reía, bromeaba como siempre, y estaba alegre para todos nosotros. Hasta consiguió arrancar una sonrisa á Hania cierta mañana, á la hora del almuerzo, con motivo de proponer al padre Luis que se hiciera

mahometano, y se casara luego con la señora de Ives. Ni la señora de Ives, con ser tan susceptible, ni el padre Luis, podían enfadarse con él por esta razón; porque él solía mirarles con aquellos ojos tan irresistibles, con aire tan suplicante y seductor, que todo quedaba reducido á una ligera reprensión, y á una carcajada general.

En su comportamiento con Hania se transparentaba cierta ternura y hasta cierta simpatía, pero yo no daba importancia alguna á semejantes demostraciones, y hasta las tomaba como á una consecuencia de su propia ligereza.

Tenía más confianza que yo con ella, y hasta era fácil apercibirse de que ella lo veía con mucho gusto, pues apenas entraba él en la estancia, serenábasele á ella el rostro. Tomaba grandemente á risa mi melancolía, juzgándola una formalidad ficticia, y creyendo que yo quería darme prematuras ínfulas de hombre.

—Ya veréis como éste se va á hacer cura,— decía.

Cuando él hablaba así, yo arrojaba al suelo el primer objeto que me venía á mano, para tener ocasión de bajarme á recogerlo y ocultar así mi rubor. Y el padre Luis tomaba un polvo, diciendo con aire grave y solemne:

—A mayor gloria de Dios.

A todo esto fueron llegando á su fin las vacaciones de Navidad. Mis secretas esperanzas de poder quedarme unos días más en casa no se realizaron; puesto que cierta noche anuncióse al *respectable tutor* que tenía que marchar á la mañana siguiente. Tenía, pues, que partir inmediatamente, porque te-

níamos que detenernos un poco en Korzeli, para despedirse Selim de su padre. Con este motivo, estábamos levantados ya á las seis de la mañana, es decir, mucho antes de que amaneciera.

¡Ah! Mi pecho estaba todavía más obscuro y más tempestuoso de lo que lo estaba aquella mañana de invierno. También Selim estaba de mal humor. Apenas hubo sacado de la cama los pies para vestirse, declaró que este mundo era estúpido y que estaba muy estúpidamente ordenado, en lo cual estuve completamente de acuerdo con él. Nos vestimos entrambos después de hecha la anterior consideración, y pasamos, de la llamada *hospedería*, al cuerpo de edificio central, para desayunarnos. El patio estaba todavía completamente obscuro. Un viento fresco nos lanzó al rostro punzantes briznas de nieve. Las ventanas del comedor estaban iluminadas ya; el trineo que nos debía conducir nos aguardaba frente á la puerta; colocáronse en el nuestros equipajes, mientras que los caballos hacían sonar sus campanillas, y los perros brincaban ladrando en torno de ellos. Todo este conjunto producía una impresión tan triste, que se me oprimió dolorosamente el corazón. Cuando entramos en el comedor, encontramos allí á mi padre y al padre Luís, que estaban paseando juntos y con las cejas fruncidas, de uno á otro extremo de la pieza.

Hania no estaba allí.

Yo tenía fija la mirada en la puerta del cuartito verde, y me latía con violencia el corazón.

—¿No se dejará ver?—pensaba yo.—¿Tendré que marcharme sin decirle adios?

Mi padre y el padre Luís empezaron á darnos

consejos y advertencias y á hacernos observaciones, añadiendo que nos hallábamos ya en una edad en que era necesario recordarnos el cumplimiento de nuestros deberes, y esto diciendo, á entrambos nos los iban recordando. Por mi parte, sus palabras me entraban por un oído y me salían por el otro. Iba masticando mi pan tostado, paseándomelo de un lado á otro de la boca, é iba absorbiendo trabajosamente mi bebida, cuando de pronto me estremecí. Había oído en el cuarto de Hania una especie de ruido: tanto creció mi agitación que ni en mi asiento me podía sostener.

Abrióse por último la puerta, y se adelantó con su traje de mañana y con su rizado pelo recogido, la señora de Ives, que me abrazó cordialmente. Mientras yo le hubiera arrojado de buena gana el vaso á la cabeza, irritado por la desilusión que acababa de experimentar. También ella expresó la esperanza de que dos jóvenes como nosotros nos conduzcamos bien, y Selim la contestó que el recuerdo de su abundante cabellera le quitaría el valor necesario para ello.

Y Hania no aparecía aún.

Pero estaba escrito que yo debía apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Mientras nos levantábamos de la mesa, apareció Hania. Estaba todavía algo soñolienta, tenía el rostro ligeramente rosado, y sus dorados cabellos adornaban en pintoresco desorden su poética cabecita. Cuando al darle los buenos días la estreché la mano, la sentí que abrazaba, y desde luego se me ocurrió la idea de que el pesar de mi partida debía haberla puesto calenturienta; pintábase ya en mi imaginación la más

bella escena de amor, pero no fué más que un sueño.

En esto, mi padre y el padre Luís salieron para ir á buscar algunas cartas que nos teníamos que llevar. Selim se hallaba á la parte de afuera de la puerta, montado en un enorme perro que en aquel momento acababa de pasar por allí, y por lo tanto, quedé solo con Hania. Llenáronseme de lágrimas los ojos y me disponía á articular las más dulces y afectuosas palabras de amor, etc., la quería confesar la pasión que ella me inspiraba, pero me sentía impelido á murmurar á su oído: «Idolatrada Hania,» y á cubrirla de besos las manos.

Había llegado el momento favorable para una declaración semejante, porque en presencia de los demás no la habría podido hacer, aun siendo posible, sin despertar la atención. Pero dejé pasar de una imperdonable aquella oportunidad. Hablame aproximado ya á ella, habíala ya tendido la mano con tan poca gracia y con tan poca naturalidad, que aún hoy me da vergüenza, y luego exclamé:

—¡Hania!

Y lo dije con una voz que á mí mismo me pareció tan extraña, que me interrumpí en seguida y

guardé silencio. Me habría dado de bofetadas á mí mismo.

Entre tanto, Hania, había dicho:

—¡Dios mío, señorito, cuánta tristeza reinará aquí, sin vos!

—Volveré por Pascua,—contesté muy quedo, pero con un tono de voz de bajo profundo.

—¡Ay! ¡van tantos días de hoy á Pascua!

—No muchos,—balbuceé de nuevo.

En aquel momento precipitóse en la estancia Selim, y detrás de éste, mi padre, el padre Luís, la señora de Ives y otras personas.

—¡Al trineo, al trineo!—oí que me decían.

Todos nos acompañaron hasta la puerta. Mi padre y el padre Luís me abrazaron de nuevo, y cuando le tocó el turno á Hania, sentía en mi alma un irresistible deseo de estrecharla entre mis brazos y besarla, como antes... mas no tuve valor para hacerlo.

—Adiós, querida Hania,—dije tendiéndola una mano, mientras se atropellaban en mis labios mil palabras cariñosas y sentía destrozárseme el corazón á impulsos del dolor de aquella despedida.

De pronto ví que Hania lloraba, é instantaneamente se despertó en mí el espíritu de contradicción y un deseo tan inconcebible de ensañarme en mi herida, tanto como jamás en mi vida lo he vuelto á sentir. A pesar de que sentía que se me despedazaba el corazón, dije con tono rudo y frío:

—No llores, Hania: no tienes motivo alguno para llorar.

Y esto diciendo, penetré de un salto en el trineo.

Hania

Entre tanto Selim se había despedido también de todos. Se acercó á Hania, la cogió ambas manos, y á pesar de la resistencia que la niña oponía, se las cubrió de ardientes besos. En aquel momento habría dado hasta la vida para poder apalearle, con la más santa intención. Después que hubo besado las manos de Hania, penetró también á su vez en el trineo.

—¡Adelante!—gritó mi padre.

El padre Luis nos bendijo haciendo sobre nosotros la señal de la cruz: el cochero arreó los caballos; las campanillas empezaron á sonar alegremente; la nieve azotaba el trineo, que empezó á deslizarse con rapidez.

—¡Infame! ¡malvado!—exclamaba la voz de la cólera dentro de mi corazón.—¿Así te has separado de tu Hania? ¿así te has despedido de ella? La has afligido, la has reprendido por las lágrimas que la pobrecita huérfana derramaba por tu amor.

Me levanté el cuello de la pelliza hasta más arriba de las orejas, y empecé á llorar como un chiquillo, pero de modo que Selim no lo notara. Sin embargo, poco después tenía que averiguar que Selim lo había notado muy bien y que había aparentado no apercibirse de ello en un principio, porque también él estaba sumamente conmovido. No habíamos llegado todavía á Korzeli, cuando me dijo:

—Enrique.

—¿Qué quieres?

—Tú lloras.

—Déjame tranquilo:

Reinó de nuevo un profundo silencio, que interrumpió de nuevo al cabo de un minuto.

—Enrique.

—¿Qué quieres?

—Tú lloras.

No le contesté.

De pronto se inclinó fuera del coche, cogió un puñado de nieve, me quitó el sombrero, puso la nieve sobre la cabeza, volvió á colocarme el sombrero y dijo:

—Así: la nieve te refrescará.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 6625 MONTERREY, MEXICO

Por Pascua no volví á casa, porque, como tenía que sufrir el examen para el bachillerato, no podía ir, en atención á que mi padre deseaba que yo me examinara antes de que principiara el nuevo año escolar. Sabía él muy bien que, durante las vacaciones, yo no había trabajado mucho, y temía que si hacía esta vez lo mismo no se perdiera la mitad de lo que durante el año se había alcanzado. En su consecuencia, me puse á trabajar de firme. Además de las horas ordinarias de lección en el gimnasio y de los trabajos preparativos para el examen, tenía lecciones de repaso con Selim en casa de un estudiante que había ingresado ya en la Universidad y que por este motivo sabía lo que se necesitaba para examinarse.

Aquella época ejerció sobre mí una influencia duradera, porque precisamente entonces mis ideas y mis pensamientos experimentaron una revolución tan completa, que en mi mente se desmoronó por

su base el edificio que tan cuidadosamente habían levantado en ella mi padre y el padre Luis. Aquel estudiante era un radical en toda la extensión de la palabra. Cuando nos explicaba la historia romana, sabía comunicarme admirablemente su indignación contra toda clase de oligarquía, discutiendo sobre las reformas de los Gracos, de manera que los principios aristocráticos de que hasta entonces había estado imbuído se desvanecieron como la niebla al impulso del viento. Nuestro joven maestro nos declaraba, con acento de íntima convicción, que un hombre que dentro de poco iba á ganar el grado de *estudiante universitario*, tenía que ser superior á todas las preocupaciones y tenía que condenarlo todo bajo el punto de vista filosófico. Generalmente hablando, él opinaba que el hombre entre los diez y ocho y los veintitrés años, es cuando es más apto para gobernar el mundo, para ejercer su saludable influencia sobre la humanidad, y que pasada esa edad, se convertía en un estúpido ó en un conservador.

De los hombres que no eran estudiantes ni profesores de una Universidad, nuestro joven maestro hablaba con sincera compasión. Mas también él tenía su ideal. Fué el primero á quien oí pronunciar los nombres de Moleschott y de Büchner: eran los sabios á quienes nombraba con más frecuencia y más de buena gana. Había que oírle con cuánto entusiasmo hablaba de los últimos progresos de la ciencia y de las sublimes verdades que rechazadas por un pasado ciego y lleno de preocupaciones, eran ahora desenterradas, puestas á la luz del día, expli-

cadadas y reveladas á la humanidad con inconcebible audacia para los sabios modernos.

Mientras hablaba de este asunto, sacudía su rígida cabellera y fumaba una prodigiosa cantidad de cigarrillos, á cuyo propósito aseguraba que en toda Varsovia no existía un hombre que pudiera superarle en el fumar, porque él había hecho en esto un ejercicio especial, y que á él lo mismo absolutamente le daba expeler el humo por la boca que por la nariz. Esto diciendo solía ponerse en pie, envolverse en su abrigo, al cual generalmente le faltaban más de la mitad de los botones, asegurándonos que tenía prisa para acudir á otra *petit rendez-vous*. Y acompañaba esta indicación con un misterioso guiño de ojos, añadiendo que, como éramos demasiado jóvenes, le era imposible ponernos más al tanto de esos *rendez vous*; pero que ya vendría el tiempo que la entenderíamos sin necesidad de ajenas explicaciones.

Por más que á nuestros padres no les habría gustado bajo ningún concepto, nuestro estudiante poseía también buenas cualidades.

En primer lugar, sabía al dedillo lo que nos enseñaba y era entusiasta del saber. Llevaba rotos los zapatos, el abrigo era usado, y el sombrero tenía más apariencias de nido de pájaros que de lo que realmente era. Aun cuando nunca tenía un céntimo en el bolsillo, no se preocupaba poco ni mucho por su bienestar; únicamente vivía para la ciencia. Selim y yo le mirábamos como á un sér superior, como un manantial inagotable de doctrina, como una grandeza inaccesible. Estábamos firmemente convencidos de que él, el genio que imponía respeto y vene-

ración, habría sido capaz mejor que de otra cosa, de salvar en un momento dado, de un grave peligro, á la humanidad. Y sobre este punto, él mismo era de nuestra opinión.

Nos dejamos atraer, como era natural, por sus ideas, y por lo que toca á mí, creo haber sobrepujado de mucho á mi maestro. Era la reacción natural contra la educación recibida hasta entonces; fuera de que nuestro estudiante nos abrió realmente las puertas de las incógnitas regiones de la ciencia, con las cuales no estaba en justa relación la esfera de mis conocimientos. Desde el día, pues, en que abrí los ojos á las nuevas verdades, ya no tuve ocasión ni tiempo para pensar en Hania, cuyo recuerdo al principio no me había abandonado ni un sólo instante. Sus cartas alimentaban el amoroso fuego que ardía en mi pecho; pero comparada con la infinidad de pensamientos que bullían en mi cerebro, nuestra vida de campo pacífica y sosegada se me aparecía cada vez más mezquina é insignificante, y hasta la figura de Hania se me fué apareciendo cada vez más confusa.

Por su parte, Selim avanzaba con paso igual al mío por ese camino, y pensaba menos que yo en Hania, puesto que solía complacerse en mirar á la ventana de en frente, á las nuestras, donde tenía ocasión de ver á una muchacha, á una tal Josefina, á quien empezó por dirigir miradas lánguidas, y tanto adelantó la cosa que uno y otra acabaron por estarse mirando todo el día como dos pájaros encerrados cada uno en su jaula.

—¡O ella ó ninguna otra!—declaró Selim con inquebrantable firmeza.

A veces se tiraba en la cama con intención de estudiar; pero luego de repente arrojaba el libro al suelo, saltaba de la cama, me abrazaba y gritaba riendo como un loco:

—¡Ay, Josefina! ¡cuánto te quiero!

—Vete al diablo con tus simplezas,—decíale.

—¡Ah! es verdad: tú no eres Josefina,—contestaba con tono patético.

Y volvía á sus libros.

Llegó al fin la época de los exámenes. Los dos salimos perfectamente bien. Quedamos libres como el pájaro que vuela por los aires, y nos detuvimos otros tres días en Varsovia, aprovechando este tiempo para mandarnos hacer el traje de estudiante, y para obsequiarnos con una fiesta que nuestro joven profesor creyó absolutamente necesaria, consistente en una *juerga* de tres en una de las más importantes mezquitas de vino.

Después de apurada la segunda botella, á mí y á Selim empezó á trastornárenos la cabeza y como las mejillas de nuestro profesor se colorearon también, apoderóse de nosotros un gran sentimiento de ternura y una indecible efusión del ánimo. Nuestro instructor y maestro tomó la palabra y nos dijo:

—Ahora sois hombres, y tenéis abierto todo el mundo; ahora podéis permitiros toda clase de placeres, prodigar vuestro dinero y hacer el gran señor. También podéis enamoraros; más debo deciros que todo es vanidad. Una vida exterior, sin objeto, sin un pensamiento por el cual se trabaje y se luche, es y resulta siempre una necedad. Para vivir como sabios y combatir como inteligentes en la lucha por la vida, es menester considerar las cosas

tales como ellas son. Yo nada creo, si antes no he tocado con mis propias manos, y no puedo menos que aconsejaros que hagáis lo mismo. Sabe Dios cuantos modos hay de considerar la vida, y sólo Dios sabe cuantos conceptos hay en el mundo, todos tan enredados y confusos que me sería imposible deciros qué clase de cabeza se necesitaría para poderlos comprender. Por eso yo me atengo á la ciencia, y no me encargo de otra cosa. La vida es una necedad colosal, por más que no he de tomarme la molestia de pelearme con nadie, ni de arrojarle á nadie una botella á la cabeza para convencerle. Pero aun así, es rica en saber. A no ser por eso, hace ya largo tiempo que me habría abrasado los sesos, cosa que, en mi opinión, todos tienen el derecho de hacer, y cosa que yo haría indudablemente en el caso en que mis convicciones fueran á pique; pero no hay peligro de que suceda. Se nos engaña en todo y para todo. Amas, y la mujer á quien amas, te engaña; crees, y se acerca el momento en que empiezas á dudar. En la ciencia pasa todo lo contrario. Te engolfas, por ejemplo, en la observación de los órganos nutritivos de los moluscos, y puedes estar entretiéndote toda la vida, sin percibirte de como poco á poco todo va poniéndose más triste y obscuro á tu alrededor; llegas al fin á apercibirte de ello, y entonces se lee el anuncio de tu defunción ó unas cuantas notas biográficas; aparece tu retrato en el *Mundo ilustrado*... y se acabó la *comedia*. Así pasa, jóvenes, ni más ni menos que así; os lo garantizo bajo mi palabra de honor. No tenéis necesidad de creer en todas las tonterías que se os dan á entender. La ciencia, bue-

no es que lo sepáis, es el único terreno estable por donde se puede andar; y por añadidura, ocupándose de cosas científicas se tiene la ventaja de poder andar tranquilamente por todas partes con los zapatos rotos, y de dormir sobre un modestísimo jergón, ¿Me habéis comprendido?

—¡A la prosperidad de la ciencia y á vuestra salud!—prorrumpió Selim, cuyos ojos centelleaban como dos carbones encendidos.

Nuestro profesor pasóse los dedos por entre sus enormes crines, vació otro vaso de vino, dió algunas chupadas al cigarrillo y expelió por la nariz dos enormes nubes de humo; y después prosiguió:

—A lado de las ciencias positivas... Selim, tú ya estás borracho... Decía pues que al lado de las ciencias positivas brota la filosofía, brota el libre pensamiento de la vida de un hombre. Mas yo prefiero las ciencias positivas á la filosofía de la cual me río sencillamente porque sólo trata de tonterías; únicamente en apariencia trata de buscar la verdad imitando en esto al perro que da vueltas buscando su propio rabo. Yo, hablando en general, no puedo soportar las tonterías; me atengo mucho más de buen grado á la realidad de los hechos. El queso no se hace con agua pura. En cambio la libre investigación, el pensamiento libre son una cosa muy distinta; cualquier peligro puede afrontarse á trueque de adquirir una convicción. Vosotros, lo mismo que vuestros padres, habéis seguido un camino falso... Os lo aseguro. ¡Viva la libertad del pensamiento!

Aquella obscura cantina parecía más lóbrega que nunca, y la lámpara que había encima de la mesa parecía que daba una claridad más tibia; el

humo cubría los cuadros que colgaban de las paredes. Debajo de la ventana, en el patio, un mendigo cantaba la *Salve Regina*, y en las pausas que hacía en su canto, tocaba una triste melodía en el violín. Apoderóse de mí un sentimiento singular. Yo prestaba entera fe á las palabras de nuestro joven maestro, y sin embargo me parecía que lo que él había dicho no podía ser por ningún estilo el concepto esencial de la vida. Me faltaba algo., y contra mi voluntad, se apoderó de mí un vivo sentimiento de deseo, y de consiguiente, dominado por el vino y por las sensaciones del momento, pregunté en voz alta:

—¿Y no nos habláis de las mujeres? Una mujer que nos ama, que se nos abandona, ¿no es algo en la vida?

Selim empezó á cantar:

«La donna è mobile
Qual piuma al vento...
.
E sempre misero,
Chi á lei s' affida...»

Y lo que sigue después.

El maestro me miró con extrañeza como si pensara en otra cosa muy distinta; y luego escupió y dijo:

—Ya vuelve á asomar las narices tu sentimentalismo. ¿Sabes lo que te digo? Que Selim será hombre más pronto que tú. A tí de una manera ó de otra, se te va á llevar el diablo. Guárdate bien, amigo mío, que no te vengan entre pies algunas

sayas y te arranquen la existencia. ¡Mujeres, mujeres!

Y al decir esto, frunció las cejas, como tenía por costumbre, y añadió:

—Conozco perfectamente el género. No es que tenga motivos de queja contra ellas, bien lo sabe Dios... no, no puedo quejarme de ellas. Pero sé muy bien que al diablo no hay que tenderle ni tan siquiera el dedo meñique, porque en seguida se toma toda la mano. Las mujeres... el amor... En eso está precisamente toda nuestra infelicidad, en dar demasiada importancia á las futilidades. Si quieres divertirme con las mujeres, hazlo en buen hora, pero no arriesgues la vida; ó cuando menos procura ser lo bastante cuerdo para no pagar en dinero contante una merced. ¿Creéis vosotros que yo me enredo con las mujeres?... ¡Ni soñarlo! Y sin embargo me gustan, pero no me dejo arrastrar por mi imaginación á la imbecilidad. Recuerdo muy bien que la primera vez que me enamoré de una tal Lola, hasta creía digno de adoración el vestido que llevaba puesto, aun cuando fuera de algodón. Pues bien, ¿era suya la culpa si, en vez de volar por los aires, se revolvía en el fango? No por cierto; la culpa era toda mía, completamente mía, porque se me antojaba figurarme que estaba provista de alas. El hombre no es más que una criatura limitada. Más de uno tiene su ideal en el corazón; y cómo éste tiene necesidad de amar, en cuanto se tropieza con una mujer cualquiera, con la primera que le sale al paso, ya se dice á sí mismo: «Es ella». Más tarde se apercibe de que se equivocó; más á consecuencia de ese pequeño error, el diablo se ha apo-

derado de él y le transforman para siempre más en un tonto.

—Sin embargo, deberéis admitir que el hombre sienta la necesidad de amar y estoy seguro de que hasta la sentís vos como todos los demás,—observé.

Una sonrisa apenas perceptible asomó en los labios de nuestro joven maestro.

—Todas las necesidades pueden satisfacerse de diferentes maneras: yo, por mi parte, procuro arreglármelas para satisfacer las mías; pero ya os he dicho que no doy gran importancia á las futilidades. Yo, bien lo sabe Dios, soy siempre sesudo y sobrio, más que en el momento actual, y he visto á muchos que han destruído su porvenir por causa de una mujer; por eso os digo y os repito que no vale la pena de arriesgar la vida; hay objetos mejores y más elevados á que aspirar. ¡A la salud de la razón y de la compañía!

—¡A la salud de todas las mujeres!—gritó Selim.

—Perfectamente. Acepto este brindis. También estas son unas criaturas muy amables con tal que no se las tome en serio. ¡A su salud y prosperidad!

—¡A la salud de Josefina!—exclamé haciendo chocar mi vaso con el de Selim.

—¡Bravo! Ahora me toca á mí,—contestó éste.— ¡A la salud... ¡claro está!... á la salud de tu Hania! Tal para cual.

Esta salida de mi amigo hizo subírseme la sangre á la cabeza, y mis ojos echaron chispas.

—¡Calla, Selim!—grité.—Este nombre no lo tienes que pronunciar en una taberna.

Y esto diciendo arrojé con tal fuerza al suelo mi vaso, que se rompió en cien pedazos.

—¿Os habéis vuelto locos?—exclamó el maestro,

No, no me había vuelto loco, pero la cólera ardía dentro de mi pecho. Había escuchado tranquilamente la opinión y las máximas de nuestro maestro sobre las mujeres, y hasta había podido permitirme hacer coro con los demás en lo de dirigirlas pullas, porque en todas aquellas peroraciones no entraban las que á mí me interesaban, ni había podido imaginar, ni remotamente, que esa teoría pudiera aplicarse también á una persona á quien yo tuviera cariño. Mas cuando oí intercalar el nombre de mi pura, inocente é idolatrada Hania en nuestra cínica conversación, esto me produjo el efecto de una injuria grave inferida á ella; parecióme un vilipendio inaudito, y la indignación me hizo perder casi el juicio.

Selim quedó asombrado por algunos instantes; pero luego se le hincharon las venas de la frente, un color rojo obscuro invadió su rostro, chispearonle los ojos, y se le alteraron las facciones, aparecía el tártaro.

—¡Ah!—prorrumpió jadeante:—¿quieres privarme de decir lo que yo quiera?

Por fortuna el maestro se vino á colocar entre los dos exclamando:

—¡No sois dignos del traje de estudiante que lleváis! ¿Queréis andar á palos, queréis tiraros de las orejas como los estudiantuelos? ¡Vaya unos filósofos! ¡Qué vergüenza! Pasar de la polémica al pugilato... Está bien: entre tanto yo brindo por la Universidad, y declaro pue sois unos borricos, si no

hacéis chocar vuestros vasos y no los apuráis hasta no dejar en el fondo de ellos ni una sola gota.

Los dos nos apaciguamos en seguida. Aun cuando Selim había bebido más que yo, fué el primero en recobrar su serenidad.

—Perdóname,—dijo conmovido,—perdóname, he sido un estúpido.

Nos abrazamos cariñosamente y vaciamos por completo nuestros vasos. Nuestro maestro entonó el *Gaudeamos*. Los camareros empezaron á mirarnos á través de la vidriera que daba á la pieza inmediata. Los tres estábamos borrachos en toda la extensión de la palabra. Nuestro buen humor había llegado á su apogeo, y ahora empezaba á descender pausadamente. El maestro empezó por abismarse en una grave meditación, y hasta que de repente prorrumpió:

—Sí, todo es muy bonito, todo es muy bueno; pero de todos modos la vida es una estupidez. Lo de que estábamos hablando hace poco, no es más que un medio ficticio, exterior; por dentro ya es otra cosa. Y lo futuro es como lo presente... las mismas necesidades, la misma miseria, las mismas paredes desnudas, el mismo jergón viejo, los mismos zapatos rotos, y así sucesivamente hasta lo infinito. Trabajar, nada más que trabajar; y la felicidad... ¡Bah! El hombre procura ilusionarse lo mejor que puede, y acaba por ahogarse en... ¡Basta! ¡Adiós!

Esto diciendo, se había encasquetado el sombrero sin copa, y había hecho un par de esfuerzos que venían á simular el acto de abrochar los botones que no tenía en su gabán, y encendiendo un cigarrillo, buscó á tientas la puerta de salida y dijo:

—Pagad vosotros. Yo no tengo ni un céntimo; y ahora, adiós. No hay necesidad de que os acordéis de mí: lo mismo me da. Yo soy muy poco sentimental; adiós, mis buenos muchachos.

Las últimas palabras las pronunció con voz tierna é ingenua, con lo cual venía á expresar lo contrario de lo que acababa de decir. Su pobre corazón era como el de todos los demás; acomodábase al amor y era capaz también de amar. Pero la desgracia, la pobreza y la indiferencia de sus semejantes, cosas que debía haber sufrido ya desde niño, le habían hecho retraído, inaccesible. Era un hombre altivo y de sentimientos elevados, y albergaba siempre el temor de que se le rechazase si llegase á demostrar afecto á alguien.

Selim y yo quedamos dominados por una especie de melancolía, y permanecemos mudos durante algunos momentos: quizás se insinuaba en nuestro ánimo el obscuro presentimiento de que no volveríamos á ver en este mundo á nuestro pobre maestro. Ni él ni nosotros teníamos entonces la más insignificante sospecha de que él albergase en su seno el germen de aquella enfermedad, contra la cual no hay remedio. En otoño, á principios de Octubre, le mató la tisis.

Murió en tiempo de vacaciones, y pocos condiscípulos suyos acompañaron sus restos al cementerio. Únicamente su pobre madre, que vendía estampas y velas de cera junto á la iglesia de los Dominicos, lloró amargamente á su hijo, á quien en vida á veces no había comprendido, pero á quien había soportado siempre con ese amor inmenso de la madre.

Al día siguiente al de nuestra gira, el viejo Mirsa nos envió á buscar con un coche, y partí para Corzeli en compañía de Selim. Teníamos en perspectiva dos días de viaje, y amanecía apenas cuando saltamos de la cama. En nuestra vivienda aún dormía todo el mundo; pero allá en frente, asomaba entre los geráneos y las violetas la cabecita de Josefina. Selim se había puesto en bandolera una bolsa de viaje, y en la cabeza el sombrero de estudiante, para darle á entender que se marchaba. Una mirada triste fué la respuesta que se le lanzó por entre los geráneos. Mas como él se llevara la mano al corazón, y enviara con la otra un beso á la ventana, colocóse la carita detrás de las flores y se retiró su propietaria al fondo de la habitación.

Echaban ya á andar los dos robustos caballos en-ganchados al coche, atravesando ruidosamente el empedrado patio, y había llegado la hora de despedirse y de subir al vehículo; pero Selim estaba aso-

mado aún á la ventana, esperando que alguien se dejara ver aún. Esperanza defraudada, pues la ventana de en frente permaneció vacía. Únicamente mientras bajábamos y atravesábamos el obscuro terraplén de la parte posterior de la casa, descubrimos dos medias blancas y una saya oscura, la parte superior de un cuerpecito que se adelantaba, y un par de ojos, resguardados por la mano, que desde la penumbra se esforzaban en ver claro. Selim se lanzó inmediatamente por el semi obscuro corredor, mientras yo subía al coche que, se había acercado. Desde allí pude oír un cuchicheo que me pareció de besos. Por fin reapareció mi amigo con el semblante alterado, y se acomodó á mi lado; estaba triste y jovial á un mismo tiempo.

El cochero arreó los caballos y los dos nos volvimos involuntariamente á mirar á la ventana, en la cual apareció, detrás de las flores, el agraciado rostro de Josefina. Durante algunos segundos púdose ver todavía una manecita blanca que se agitaba en señal de despedida; luego después, el coche salió á la calle y se alejó, llevándose consigo á mí y al ídolo de la pobre niña.

Era muy temprano aún, dormía la ciudad entera; la rosada luz de la aurora jugueteaba en torno de las ventanas de las casas, cuyos moradores seguían entregados al sueño. De vez en cuando algún pajarillo venía á despertar el eco con sus trinos, é interrumpía el silencio de las calles el rumor de los pasos de un viandante; á trechos veíase algún criado barriendo la calle, y de vez en cuando percibíase el ruido de algún carro, que procedía del campo y avanzaba cargado de frutas ó legumbres.

Era una de esas mañanas de verano despejadas, alegres y frescas, y nuestro coche saltaba sobre el empedrado, semejando á una nuez que, atada al extremo de un hilo, arrastrara un muchacho en pos de sí. Empezó á venir del río un airecillo fresco y refrigerante; resonó el puente bajo los cascos de los caballos, y al cabo de una media hora llegamos á la barrera, la atravesamos y nos encontramos rodeados de campos, bosques y sembrados.

Respirábamos con toda la fuerza de nuestros pulmones aquella aura matinal, y nuestros ojos gozaban con la vista de aquel magnífico panorama. La tierra parecía despertar de su sueño; de las húmedas hojas de los árboles colgaban innumerables perlas de rocío, que brillaban por encima de las espigas de los trigos; en torno de los matorrales y del césped brincaban alegremente los pajaritos, saludando con sus gorjeos aquel hermoso amanecer. Entre tanto la niebla se desprendía de entre los pastos y los bosques; acá y acullá se deslizaba el agua por los prados, y las cigüeñas avanzaban pausadamente por entre las doradas flores, vulgarmente llamadas Boca de león. De las chimeneas de las chozas elevábase un humo rojizo, un ligero venticillo hacía ondear las rubias espigas de los campos, y hacía desprender de los tallos el rocío. En todo nuestro alrededor reinaba la alegría de la naturaleza, como si todo renaciera á una vida nueva y cantara.

Fácilmente puede figurarse lo que pasaba en nuestro corazón, quien se acuerde de haber regresado á su casa en una maravillosa mañana de verano.

Habían acabado ahora ya los años de nuestra niñez, los años de ir á la escuela con todas sus tareas y sus deberes, aparecía con todos sus atractivos y con todas sus seducciones la edad juvenil, y se abría ante nosotros la perspectiva inmensamente extensa de una vida llena de todos los goces de la existencia. Región desconocida era aquella hacia la cual viajábamos, y parecía que nos habíamos preparado para emprender nuestro viaje bajo una buena estrella, porque los dos éramos fuertes y nos sentíamos crecer alas de águila.

La juventud es el tesoro más precioso en la vida, y de ésta no habíamos disipado aún ni la menor parte.

Rápidamente fuimos dejando en pos de nosotros el camino, porque en todos los paraderos principales se había mandado preparar anticipadamente los caballos: viajamos durante toda la noche, y al fin del segundo día, en cuanto hubimos dejado el bosque á nuestra espalda, divisamos Corzeli, ó por mejor decir, las cúspides de sus casas, alumbradas por los últimos rayos del sol poniente. En breve espacio de tiempo llegamos al dique, que tenía á ambos lados floridos aligustres y una hilera de sauces. A poca distancia extendíanse grandes estanques, á cuyo alrededor se levantaban algunos molinos.

A lo largo de sus orillas zambullíanse graznando las ranas en el agua, calentada por el sol de verano, acompañándonos durante largo rato con su extraordinariamente enojoso cra-cra. Los rebaños de ganado, envueltos en espesas nubes de polvo, avanzaban hacia nosotros, impelidas hacia sus corrales. Los campesinos, llevando al hombro sus guadañas,

regresaban á sus hogares cantando la canción de la cosecha. Todas aquellas buenas gentes hacían parar el coche, saludaban á Selim y le besaban las manos.

Entre tanto iba ocultándose lentamente el sol, y se había ocultado ya á medias entre los juncos; en medio del estanque brillaba una ancha franja de oro, mientras los árboles que crecían á lo largo de la orilla se reflejaban en sus aguas tersas como el cristal.

En aquel instante, el camino torció á la derecha, y por entre las ramas de los tilos, los álamos, los abetos y los pinos que le cercaban, brillaban los blancos muros del palacio municipal de Corzeli. En el patio de la villa dejóse oír la campana que llamaba á cenar, y al propio tiempo surgió del minarete la quejumbrosa voz del muezin anunciando á los habitantes de la casa que la estrellada noche descendía sobre la tierra y que Alah era grande. Como si quisiera darle su aprobación, también la cigüeña, que estaba encaramada apoyándose en una sola pata, en su nido colgado en la cima de un árbol que dominaba el techo, levantó hacia el cielo su pico, lo replegó luego de nuevo sobre su pecho golpeándolo y bajando al propio tiempo la cabeza como si quisiera saludar.

Miré á Selim. Brillaban las lágrimas en sus ojos, poniendo más de relieve su singular encanto.

Entramos con el coche en el patio. Frente á la puerta vidriera, velase al anciano Mirsa que hacía brotar de su larga pipa azuladas nubes de humo; estaba allí contemplando satisfecho la vida tranquila, la laboriosa actividad que reinaba en la vasta

campiña que se extendía ante sus ojos. Apenas vió á su hijo, levantóse de la silla, corrió á su encuentro y lo estrechó cariñosamente y por largo rato contra su pecho, porque aun cuando era tan severo, le quería sobre todas las cosas. Inmediatamente después se enteró del resultado de los exámenes, y después de haber recibido una consoladora respuesta, abrazó de nuevo á su hijo. Toda la numerosa servidumbre acudió á saludar al señorito; hasta los perros le saltaban encima, gruñendo y ladrando alegremente. Desde el balcón se lanzó ruidosamente abajo la loba domesticada.

—¡Sula! ¡Sula!—gritó Selim á la favorita del viejo Mirsa.

Y la bestia apoyó sus enormes patas en los brazos del señorito para lamerle la cara, y aullaba, dejando ver sus terribles colmillos.

Entramos en el comedor. Yo miraba por todos lados, como si esperara hallar grandes cambios en Carzeli; pero nada había cambiado allí. Los retratos de los antepasados, tanto el del coronel de caballería como el de alférez, colgaban de las paredes como antes, y aquel terrible Mirsa, aquel coronel de húsares del tiempo de Sobieski, que me miraba siempre con aquellos ojos penetrantes y su cara acuchillada á sablazos me pareció todavía más fea y espantosa que antes.

Quien había cambiado más que todo era el viejo Mirsa, el padre de Selim. Sus cabellos no eran negros ya, sino que se habían vuelto notablemente blancos, y en sus facciones se marcaba cada vez más distintamente el tipo tártaro. ¡Oh! ¡qué diferencia entre el viejo Mirsa y Selim, entre aquellas fac-

ciones huesosas, severas y hasta duras, y aquella cara angelical de mi amigo, que con su dulcísima mirada parecíase á una flor! En cambio, hubiera sido muy difícil reproducir la mirada llena de ternura con que el viejo Mirsa contemplaba al joven y seguía todos sus movimientos.

Yo quería retirarme para no estorbar á aquellos dos seres; mas el viejo Mirsa, hospitalario como un noble polaco, empezó á alegrarme también á mí, y me invitó á pasar la noche en su casa. Le dí las gracias por su ofrecimiento, porque tenía irresistibles deseos de volver á ver pronto á los míos; pero tuve que quedarme á lo menos á cenar.

Salí ya de Corzeli á hora muy adelantada de la noche, y cuando llegué cerca de casa, los gallos habían empezado ya á cantar; de modo que ya hacía rato que ya había dado la media noche. Ni una insignificante lucecita se veía en el pueblo, únicamente en lontananza, á orillas del bosque, brillaba todavía una luz en la choza del carbonero. Ladraban los perros. Estaba tan oscuro el sendero de tilos que conducía á la villa, que no se distinguía objeto alguno á pocos pasos de distancia. Por delante de mí pasó un coche tirado por dos caballos; en ella iba un hombre que cantaba á voz en cuello una canción, pero no le pudo reconocer.

Me adelanté hasta debajo de la terraza de la casa; las ventanas estaban oscuras. Todos dormían, y únicamente acudieron de todas partes los perros, ladrando en torno de mi coche. Me apeé y llamé á la puerta, pero tuve que esperar largo rato para que me abrieran, cosa que me produjo una impresión desagradable, porque creía que me esperaban.

Poco después empezó á moverse detrás de las ventanas una luz, y una voz soñolienta de hombre, que desde luego reconocí ser la de Francisco, preguntó:

—¿Quién va?

—Yo,—contesté.

Francisco abrió en seguida la puerta y me cogió por las manos.

Pregunté si estaban buenos todos, y me contestó:

—¡Oh, sí! todos están buenos. El señor ha ido á la ciudad y mañana estará de vuelta.

Me condujo al comedor, encendió la lámpara y salió para preparar el té. De momento quedé solo allí, con el corazón palpitante y como dominado por la aprensión; mas este momento fué breve, porque inmediatamente después aparecieron el padre Luís con una camisa de noche, la buena señora de Ives en el traje de mañana, con sus inevitables rezos y su cofia, y Casimiro que hacía ya un mes había vuelto á casa de vacaciones, á medio vestir. Todos me dieron conmovidos la bienvenida, quedaron sorprendidos de lo que había crecido; el padre Luís aseguró que había adquirido aspecto de hombre y la señora de Ives añadió que me había puesto más guapo. El reverendo, un pobre diablo, me pidió en voz baja y con timidez la papeleta de examen, y cuando vió el resultado que había obtenido, empezó á llorar y á llamarme su *querido joven*.

De pronto, en la estancia inmediata se oyó el leve pesar de unos pies desnudos: eran mis hermanitas. Entraron corriendo, únicamente cubiertas con su camisa y con la gorrita de noche, gritando repetidas veces en medio de su alegría:

—¡Ha llegado Enrique! ¡Ha llegado Enrique!
Y saltaron sobre mis rodillas.

Inútilmente trató de alejarlas la señora Ives, diciéndolas que no estaba decente que unas señoritas tan crecitas ya, se dejaran ver en aquel traje; las pequeñuelas no le hicieron caso, me echaron los brazos al cuello y apretaron contra mis mejillas sus graciosos rostros.

Algunos instantes después pregunté con cierta perplejidad por Hania.

—¡Oh!—contestó la señora Ives,—¡ya veréis cuán crecida está! Viene al instante: probablemente se está vistiendo.

No tuve que esperar mucho porque en aquel momento entraba Hania en el corredor. La miré y ¡Dios mío! ¡cómo había cambiado en seis meses aquella delicada y flaca huerfanita de dieciseis años! La encontré hecha toda una mujer.

Su rostro se había hecho más lleno y redondo: había adquirido un color encarnado más fino y sano, que se trasparentaba por entre las rosas de sus mejillas como el reflejo de la aurora. Todo su sér respiraba salud, juventud, lozanía y una gracia infinita; parecíase á una rosa próxima á abrirse. Noté que me observaba llena de curiosidad, con sus grandes ojos azules, y que no le había pasado desapercibido mi estupor, ni la impresión que en mí había causado, pues que asomó á sus labios una sonrisa indecible. En la curiosidad conque uno á otro nos mirábamos, había algo de esa perplejidad del joven y de la niña. Aquel trato fraternal de otros tiempos había desaparecido de repente para no volver jamás.

¡Ah! ¡cuán graciosa estaba con aquella sonrisa, con aquella secreta alegría que se revelaba en sus ojos! La lámpara que colgaba del techo, lanzaba una viva luz sobre sus rubios cabellos. Hania se había puesto á toda prisa un vestido oscuro y se había echado en los hombros un pequeño chal negro que tenía apretado sobre el pecho. En todo su traje se revelaba una especie de negligencia que desde luego daba á conocer la prisa con que se había vestido.

Al darme la bienvenida, me tendió la mano, que yo estreché, hallándola caliente y mórbida como el terciopelo: su contacto me reanimó. Cuando partí no era más que una sencilla niña muy diferente de una criadita; pero ahora se había convertido en toda una señorita, que, con la expresión de su semblante y con su graciosa actitud, revelaba desde luego mucha educación y el trato frecuente de la buena sociedad. Sus ojos denunciaban una imaginación viva y despejada, y un alma consciente ya; había dejado de ser una niña bajo todos conceptos, y esto lo demostraba aquella dulce é indefinida sonrisa, aquella especie de coquetería inconsciente con que me miraba, y que me daba á entender evidentemente que ella había comprendido muy bien la corriente que se había establecido entre nosotros. Desde luego reconocí que ahora Hania, bajo cierto concepto, era superior á mí, porque, aun cuando yo hubiese adquirido más conocimientos, no era tan despejado como ella. Aquella joven hablaba con mucha mayor seguridad conmigo que yo con ella, hasta la preponderancia que tenía yo co-

mo señor y como tutor, había desaparecido sin que yo supiera cómo.

Durante el viaje había estado pensando en el modo cómo la saludaría y cómo la hablaría, y había resuelto tratarla con mucho indulgencia y con mucha afabilidad. Ahora todos mis proyectos se habían desvanecido como burbujas de jabón. Los papeles habían cambiado, ni más ni menos. Yo no era afable con ella, y ella parecía serlo mucho conmigo.

No acerté á explicármelo en seguida, de momento sentí mucho más de lo que podía entender. Me había formado el propósito de preguntarla qué estudiaba, qué había aprendido, cómo ocupaba su tiempo si se había conquistado la benevolencia de la señora de Ives y la del padre Luis; y era ella, por el contrario, quien con su sonrisita en los labios me preguntaba lo que yo había hecho, lo que había aprendido, y lo que pensaba luego hacer. Era raro eso de que acaeciera precisamente todo lo contrario de lo que yo había imaginado.

Después que hubimos estado conversando juntos una media horita, nos fuimos á descansar.

Pesaroso, sorprendido en parte y en parte desilusionado y hasta triste, me retiré á mi cuarto. Pero el amor, reavivado de nuevo, invadió mi corazón y borró por completo la impresión recibida.

La figura de Hania, tan joven, tan graciosa que, soñolienta aún, mantenía apretado contra el pecho su vestido algo en desorden, mientras sus rubias trenzas caíanle sueltas sobre los hombros, quedó vivamente impresa en mi alma, y con esa imagen ante los ojos me dormí.

VI

Al día siguiente me levanté muy temprano y me apresuré á bajar al jardín. Era una mañana magnífica; brillaban las flores bañadas de rocío, despidiendo sus suaves aromas bajo el influjo del sol matinal.

Corrí hacia el emparrado, porque el corazón me decía que hallaría allí á Hania, pero había secundado con demasiada rapidez el pensamiento de mi corazón. Hania no estaba allí. Unicamente después del desayuno me hallé á solas con ella, y la pude preguntar si le gustaba dar un paseito por el jardín. Consintió ella gustosa y corrió á su cuarto, de donde volvió inmediatamente llevando puesto un sombrero de paja que sombreaba su frente y sus ojos, y con su sombrilla en la mano.

—¡Mira que bien me sienta!

Bajamos al jardín, tomé el sendero que conducía al emparrado. Y andaba pensando en la manera de entablar del mejor modo posible una conversación

con Hania, porque comprendía perfectamente que ella lo habría sabido hacer mucho mejor que yo, gozaba con mi perplejidad y no quería acudir en mi auxilio. Paseaba silencioso al lado de ella y azotaba con mi látigo las flores que brotaban del suelo á lo largo del sendero, hasta que Hania se apoderó de él y dijo riendo:

—Pero, señor Enrique, ¿qué os han hecho esas pobres flores?

—¡Ay, Hania! ellas no me han hecho nada; pero es que no sé como entablar conversación contigo. ¡Estás tan cambiada!

—Supongamos que sea así, ¿os desagrada?

—No puedo precisamente decir que sí,—respondí con tristeza,—pero me coje de nuevo; me parece como si tú y la pequeña Hania de otros tiempos seáis dos personas enteramente distintas. Esta última se halla mezclada á todos mis recuerdos, Hania, y me es querida como una hermana, y por eso...

—Y por eso,—añadió ella,—la de ahora os es extraña. ¿No es así?—preguntó bajando la voz.

—¡Hania! ¿cómo puedes llegar á pensar esto?—la pregunté con viveza.

—Es muy natural, por más triste que pueda ser,—respondió.—Vos buscáis en el corazón aquel amor fraternal de aquellos tiempos y ya no lo encontráis en él, eso es todo.

—No, no necesito buscar en mi corazón á la Hania de otros tiempos... siempre la he tenido aquí. Pero en tí la busco inútilmente, y en cuanto al corazón...

—En cuanto á vuestro corazón,—me interrumpió ella con tono jovial,—puedo imaginarme fácil-

mente lo que ha sido de él. Lo debéis haber dejado en Varsovia.

Clavé en sus ojos una pertinaz mirada, no acertaba á comprender si quería únicamente escudriñarme, ó si fiada en la impresión que me produjera la noche anterior, quería jugar conmigo. De pronto, se apoderó de mí el acostumbrado espíritu de contradicción y al mismo tiempo me apercibí también de que me ponía en ridículo si seguía mirándola con ojos lánguidos, y dominando los sentimientos que me asaltaban, respondí.

—¿Y si realmente fuera así?

Una expresión de asombro y de desagrado apenas perceptible desfloró el sereno rostro de la niña.

—Entonces, si realmente es así,—contestó,—no soy yo quien he cambiado sino vos.

Y al pronunciar estas palabras; extendióse sobre sus facciones un velo de tristeza, y durante algunos minutos siguió andando á mi lado silenciosa y meditabunda. Yo me esforzaba en ocultar la alegría que sus palabras habían despertado en mí. Ella había dicho que yo tal vez amaba á otra y que había cambiado, pero que ella no; entonces, me amaba. En medio de mi alegría no osaba sacar definitivamente esta consecuencia. Y á pesar de todo esto yo no había cambiado; quien verdaderamente había cambiado era ella. A aquella niña de seis meses atrás que lo ignoraba todo y que no tenía ni la más mínima idea de las cosas del mundo, jamás se le había ocurrido hablar como hablaba ahora; entonces, un lenguaje semejante habría sido completa-

Hania

mente incomprensible para ella, y ahora lo empleaba con tanta libertad y desenvoltura, como si para ella hubiese sido cosa corriente.

¡Cuán admirablemente se había desarrollado su imaginación! ¡cuánta elasticidad y agilidad había adquirido!

Por lo demás, semejantes milagros no deben ser raros en las jóvenes; ¡cuántas hay que se acuestan niñas, y por la mañana despiertan habiendo experimentado un cambio completo en su manera de sentir sobre ellas mismas y sobre el mundo! En Hania, naturalmente dotada de una sensibilidad exquisita, dotada de una agudeza de ingenio y de una facilidad de comprensión nada comunes, la llegada á los dieciocho años, la nueva esfera social, la instrucción recibida y hasta tal vez la secreta lectura de alguna novela, habían sido suficientes para provocar y realizar una metamorfosis semejante.

Caminábamos en silencio uno al lado de la otra. Hania fué la primera en romper el silencio.

—¿De modo que estáis enamorado, señor Enrique?

—Puede que sí,—contesté sonriendo.

—Entonces desearéis volver pronto á Varsovia.

—No, Hania, sería dichoso si pudiera permanecer siempre aquí.

Ella me lanzó una mirada; era evidente que quería decirme algo, pero no lo dijo. Al cabo de algunos momentos se sacudió el vestido con la sombrilla, y luego, como si contestara á sus propios pensamientos, dijo:

—¡Qué tontuela soy!

—¿Por qué, Hania?—la pregunté.

—Por nada... Sentémonos en ese banco, y hablemos de otra cosa. ¡Qué hermosa vista se goza desde aquí! ¿No es verdad?—preguntó de pronto con su acostumbrada sonrisa.

Y fué á sentarse en un banco que estaba debajo de un gigantesco tilo, y desde donde, en efecto, se gozaba una vista magnífica, el dique y la selva al otro lado del estanque.

Hania me iba mostrando con su sombrilla todas aquellas bellezas, y aun cuando me gustaban las vistas bonitas, en aquel momento no tenía ganas de admirarlas. En primer lugar, porque conocía perfectamente aquel paisaje; en segundo lugar, porque Hania me parecía más bella que todo lo que nos rodeaba; y en tercer lugar, porque pensaba en otra cosa muy distinta.

—¡Qué bonitos son aquellos árboles de allá vistos en el espejo del agua!—dijo Hania.

—Me parece que te has vuelto artista,—contesté sin ver ni los árboles ni el agua.

—El padre Luis me ha enseñado á dibujar: y por otra parte, mientras habéis estado ausente he aprendido muchas cosas. Quisiera... ¿Pero qué tenéis? ¿Estáis enfadado conmigo?

—No, Hania, no estoy enfadado contigo: creo que esto me sería imposible: pero veo que tú eludes mis preguntas; y que los dos, en vez de hablarnos con la libertad y franqueza de antes, y con la confianza conque antes nos hablábamos, cuandolos dos jugamos a escondite. Tal vez tú lo sientas menos que yo, Hania; mas yo lo siento profundamente, y me hace daño.

Esas palabras no dieron otro resultado que el de

ponernos más perplejos á entrambos. Haniame tendió una mano, yo la apreté con un cariño algo más que regular: al fin me incliné y ¡horror! se la besé de una manera del todo inconveniente para un tutor. Entonces nuestra perplejidad llegó á su colmo: Hania se puso colorada como una amapola, y á mí me pasó otro tanto. Por último guardamos silencio los dos, no volvimos á decir palabra, no nos volvimos á mostrar las bellezas del panorama que ante nuestros ojos se estendía, como si no hubiésemos sabido entablar un coloquio franco y confidencial.

Ora me miraba ella á mí, ora la miraba yo á ella, y nuestros rostros tomaban el color de la púrpura.

Estábamos sentados uno al lado del otro como dos muñecos; hasta me parecía percibir los latidos de mi corazón. Nuestra situación acabó por hacerse insoportable. De vez en cuando me parecía sentir una mano invisible que, apoyándose en mi nuca trataba de empujarme á los pies de Hania, y luego otra, que teniéndome fuertemente asido por los cabellos no quería dejarme andar. De pronto Hania se puso vivamente de pie y dijo con suma perplejidad.

—Me tengo que ir: la señora de Ives me aguarda para la lección. Ya son las once.

Regresamos á casa por el mismo camino por donde habíamos venido y guardando un profundo silencio. A la vuelta, lo mismo que á la ida, iba decapitando con el látigo las infortunadas flores que me salían al paso, sin que al parecer esta vez Hania se compadeciese de ellas.

De todos modos no se podía decir que se hubie-

ran restablecido entre nosotros las relaciones de otro tiempo,

—¡Jesús María!—exclamé para mis adentros cuando Hania me hubo dejado,—¿qué es lo que pasa en mi pobre corazón?

Estaba tan enamorado, que me parecía no comprender ya nada. Entre tanto, vino el padre Luis á buscarme y me llevó á dar un paseo por las construcciones de la factoría. Por el camino me contó una infinidad de cosas, la mayor parte de las cuales se referían á nuestra hacienda y no me interesaban poco ni mucho, aún cuando aparentaba estar escuchándole con mucha atención.

Mi hermano Casimiro, que durante las vacaciones pasaba todo el santo día fuera de casa, ya en la caballeriza, ya en el bosque con la escopeta al hombro, ya á caballo, ya en una lancha por el estanque, mientras entrábamos en el patio de la factoría, estaba precisamente examinando un par de potricos de nuestra raza. Cuando nos vió á mí y al padre Luis lanzó sobre nosotros uno negro que acababa de montar. El fogoso animal se lanzó furioso en todas direcciones y nos dió ocasión de admirar su andar, su fogosidad y la bella conformación de todo su cuerpo. Casimiro desmontó y vino á reunírsenos. Visitamos el establo de las vacas, el de los caballos, los coches de la caballeriza, y nos disponíamos á ponernos en camino para los campos, cuando nos anunciaron el regreso de nuestro padre.

Como era natural, nos volvimos inmediatamente á casa. Mi padre nos saludó con una expansión tal como jamás lo había hecho.

Cuando supo el resultado de mis exámenes me abrazó y declaró que desde aquel momento me consideraría como al mayor.

Efectivamente, verificóse un cambio notable en la manera de tratarme; se hizo más afectuoso y confidencial conmigo. Empezó á enterarme del estado de nuestros asuntos financieros, y me comunicó su intención de comprar una finca inmediata, y quiso saber mi opinión sobre este particular.

Comprendí perfectamente que de esta manera quería demostrarme la importancia que atribuía á la dignidad de primogénito en la familia, considerado desde aquel momento como mayorazgo; y noté además cuanto le habían complacido los progresos que yo había hecho en mis estudios. Jamás me había mirado con ojos tan cariñosos, el diploma que yo había traído á casa lisongeaba vivamente su vanidad de padre.

Noté asimismo que, para poder conocer y apreciar mi carácter, mi manera de pensar, mis ideas respecto al hogar... me dirigía una infinidad de preguntas relacionadas con todo eso. El examen á que mi padre me sujetó me fué favorable, porque de mis ideas filosóficas y sociales, que eran muy diferentes de las suyas, no dije una palabra: por lo demás no era mucha la diferencia entre nuestro respectivo modo de ver las cosas. Por todas estas razones, el rostro severo y marcial de mi padre estaba radiante de una alegría tan franca como jamás la había notado en él.

Desde el primer día me hizo infinidad de regalos; me regaló un par de pistolas, de las cuales se había servido poco tiempo antes en su duelo con el señor

de Tell y á las cuales estaba ligado el recuerdo de algunos otros desafíos sostenidos en su juventud. Me regaló además un magnífico caballo árabe y un sable que había pertenecido á uno de nuestros más antiguos ascendientes. La empuñadura de la ancha hoja damasquina estaba adornada con piedras preciosas y ostentaba una imagen de la Virgen cincelada en oro y acero y llevaba esta inscripción: JESÚS MARÍA. El sable era uno de los más interesantes recuerdos de familia, y objeto durante largos años de mis más ardientes deseos, y hasta algo de los de Casimiro, porque conocíamos su magnífica hoja que cortaba el hierro como si fuera débil leño. Antes de entregármelo, mi padre le desenvainó é hizo silvar por el aire su centelleante hoja: luego describió con ella la señal de la cruz sobre mi cabeza, besó la imagen de María y entregándomela, dijo:

—Puedo ya poner este sable en manos dignas; Yo lo he llevado con honra; ahora te toca á tí hacer lo mismo.

Y nos abrazamos en silencio.

Entre tanto Casimiro había empuñado el sable, y á pesar de que á la sazón no contaba más de quince años, dió tales mandobles y con destreza tanta, que su seguridad y habilidad habrían hecho ruborizar á más de un profesor de esgrima.

Mi padre le miraba muy satisfecho.

—Ese,—dijo,—llegará á ser un excelente espada-chín. Pero tú también sabes tanto como él, ¿verdad?

—Sí, padre; aún podría enseñarle algo á Casimiro. De todos mis compañeros que tomaban conmigo

lecciones de esgrima, sólo había uno que me era superior.

—¿Quién era?

—Selim Mirsa.

—Mi padre frunció las cejas.

—¡Ah! Mirsa,—dijo,—¡pero tú debes ser más fuerte que él!

—Precisamente esto es lo que me ha permitido resistirle. Por otra parte, Selim y yo no nos batiremos jamás.

—No diré que no, pero á veces en el mundo pasan cosas que parecen inverosímiles,—contestó mi padre.

Al mediodía fuimos todos á sentarnos en la galería sombreada por las parras; desde allí se dominaba el patio y un sendero umbrío, flanqueado por frondosos árboles. La señora de Ives trabajaba en una tohalla para la capilla, mi padre y el padre Luís fumaban ambos en sus pipas y bebían á sorbos el café, y Casimiro estaba encantado mirando el vuelo de las golondrinas, á las cuales habría disparado de buena gana, si no se lo hubiera prohibido severamente su padre. Hania y yo mirábamos algunos dibujos que yo había traído de Varsovia; pero poco pensábamos en los dibujos, que nos servían para ocultar las tiernas miradas que de vez en cuando le lanzaba á Hania.

—Y bien—me preguntó mi padre,—¿cómo me encuentras á Hania? Se ha vuelto fea, ¿no es verdad señor tutor?

Y miró á la joven haciendo una mueca.

Yo examiné con mayor atención el dibujo que tenía en la mano, y contesté por detrás del papel.

—Bien mirado, no se la puede llamar fea, pero ha crecido mucho y está muy cambiada.

—El señor Enrique me ha echado ya en cara este cambio,—añadió Hania sin dar muestra alguna de perplejidad.

Admiré su calma y su presencia de ánimo, porque yo no me habría atrevido á mencionar este detalle.

—¿Cómo se entiende?—observó el padre Luís,—que sea más fea ó más bonita poco importa. Lo que tiene de bueno es que aprende pronto y bien y que es muy aplicada. La señora de Ives te puede explicar la rapidez con que ha aprendido el francés.

El padre Luís no hablaba ni una palabra de francés, y á pesar de que había vivido algunos años bajo un mismo techo con la señora de Ives, no había logrado aprenderlo: este era el lado débil del pobre viejo, que consideraba el conocimiento del idioma francés como parte integrante de una cultura algo elevada.

—Escuchad, señor Enrique,—respondió la señora de Ives,—no puedo negar que Hania aprende con facilidad y estudia con gusto, más apesar de esto tengo que dar alguna queja de ella.

—¡Oh, señora!—exclamó Hania cruzando las manos—¿en qué os he faltado?

—¿En qué me has faltado? Vas á saberlo enseguida; y cuando lo sepas te tocará defenderte,—replicó la francesa.—Esta muñequita en cuanto tiene un momento libre toma un libro y lee; y además tengo motivos fundados para creer que hasta por la noche, en vez de dormir, se pasa leyendo horas enteras.

—Hace mal,—dijo mi padre, que se complacía en aprovechar toda ocasión de contradecir á la francesa;—pero mucho me temo que imite en eso á la señora maestra.

—Es verdad, pero me permito hacerlos notar que yo tengo cuarenta y cinco años...—observó la señora de Ives.

—¿De veras? pues no lo habría creído,—repuso mi padre.

—¡Ah, malo!—exclamó ella.

—Podrá ser. Yo además sé muy bien que si Hania tiene alguna novela entre manos, no la saca á escondidas de la biblioteca, porque las llaves las tiene el padre Luís; de consiguiente, toda la culpa cae sobre la señora maestra.

Efectivamente, á la señora de Ives le gustaba leer novelas, y como también era muy aficionada á contarlas, había hablado con Hania de eso, de aquello y de lo de más allá. De modo que mi padre, un poco en broma y un poco en serio, pero intencionadamente, había dicho la verdad.

—Mirad,—exclamó de pronto Casimiro,—¿quién es ese que viene á caballo hacia aquí?

Miramos todos en la dirección del sendero de tilos y vimos allá en el fondo de todo una nube de polvo que se aproximaba con la rapidez del viento.

—¿Quién podrá ser? Viene á galope tendido,—observó mi padre levantándose.—Es tan espeso el polvo que es imposible distinguirlo.

El calor era sofocante; hacía dos semanas que no había llovido, y por eso, al menor movimiento que

se hiciera en el camino se levantaba una densa polvareda.

Fijamos la atención y al fin, á una distancia de algunos centenares de pasos de nosotros, apareció la cabeza de un caballo con las narices dilatadas, los ojos encendidos y la crin suelta. El caballo se aproximaba á galope tendido y apenas tocaba el suelo con los pies; encima de él iba sentado, encorvado el cuerpo, al estilo tártaro sobre la cabeza del caballo, ni más ni menos que mi amigo Selim.

—¡Es Selim!—gritó mi hermano.

—Pero está loco. ¿Qué demonios hace? Está cerrada la verja,—exclamé yo poniéndome en pie de un salto.

Era demasiado tarde para abrir la verja, porque nadie habría podido llegar á tiempo.

Entre tanto Selim se acercaba con la celeridad del rayo, y yo estaba convencido de que iría á dar en las puntiagudas lanzas de la empalizada, que tenía una altura de dos brazas.

—¡Dios mío, tened misericordia de él!—exclamó el padre Luís.

—¡La verja, Selim, la verja!—gritaba yo loco de miedo, mientras agitando el pañuelo atravesaba el patio, corriendo con toda la fuerza de mis piernas.

A más de cinco pasos de la verja, Selim se enderezó de repente en la silla y con una rápida ojeada midió la altura de la empalizada. En aquel momento sonó á mis oídos un grito de angustia de las señoras que se hallaban en la terraza y siguió á este la impetuosa trepidación de las patas del caballo. Encabritóse éste y sin vacilar un instante, pegó un

horrible bote con las patas delanteras y pasó al otro lado de la empalizada.

En cuanto se halló frente al balcón, Selim detuvo con una sacudida al caballo cuyas pezuñas se habían metido en el suelo. Luego se quitó el sombrero, lo agitó como una banderola y gritó:

—¿Qué tal vamos, señores y señoras? ¡Tengo el honor de saludaros! A vuestras órdenes excelencia; á vuestras órdenes reverendo; señora de Ives, señorita Hania, ya volvemos á estar juntos. ¡Viva, viva!

Esto diciendo, saltó del caballo, dió las riendas á Francisco que había acudido y luego empezó á abrazar á mi padre, al padre Luis y á besar las manos á las señoras. La señora de Ives y Hania estaban pálidas aún del susto y saludaron á Selim como se saluda á la persona que acaba de librarse de la muerte.

—¡Ah, loco, loco!—le dijo el padre Luis.—¡Qué miedo nos has dado! Todos creíamos que te ibas á estrellar.

—¿Pero por qué?

—Estaba la verja cerrada: ¿cómo era posible volar de aquella manera por los aires.

—Ya he visto que estaba cerrada la verja. Tengo muy buenos los ojos.

—¿Y no has tenido miedo de dar ese salto tan enorme?

Selim sonrió.

—Ni pizca, reverendo. Además, todo el mérito le tiene mi caballo, yo no.

—¡Voilà un brave garçon!—exclamó la señora de Ives.

—De seguro que otro no se habría atrevido á dar un salto semejante,—añadió Hania.

—Quiere decir que no todos los caballos lo habrían podido dar; pero hombres semejantes hay muchos,—observé yo.

Hania me miró con fijeza.

—Os aconsejo que no lo intentéis,—me dijo.

Y luego se volvió á Selim y su mirada expresaba una admiración fácil de explicar. Prescindiendo de la temeraria acción ejecutada por el tártaro, que tanto á las señoras como á los demás debía haberles agradado, en este momento aquel joven estaba encantador. Sus hermosos cabellos negros habíanle caído sobre la cara, sus mejillas estaban ligeramente coloreadas por la fatiga de aquella impetuosa carrera y sus expresivos ojos, brillábanle de alegría y de satisfacción. En aquel momento hallábase él al lado de Hania y tenía fija en sus ojos una mirada interrogadora, formando los dos una pareja tan hermosa como jamás pintor alguno la había podido imaginar.

Las palabras de Hania me habían irritado de un modo extraño. Me pareció que aquello de «Os aconsejo que no lo intentéis», había sido pronunciado con cierto acento de ironía. Miré interrogativamente á mi padre, mientras estaba mirando el caballo de Selim. Conocía su ambición de padre, y sabía que estaba celoso de cualquiera que me superase en cualquier cosa, y esto, por lo que Selim, se refiere, ya de largo tiempo le había herido.

Por eso yo aguardaba que me diera permiso para demostrar que como á ginete valía tanto como mi compañero.

—Ese caballo salta admirablemente, padre,— dije.

—Pero ese diablo de muchacho,—balbuceó mi padre,—se aguanta magníficamente en la silla. ¿Serías capaz tú de hacer lo mismo?

—Hania lo duda,—contesté con amargura:—¿me permites que lo pruebe?

Mi padre estaba indeciso; dirigió una mirada al caballo y otra á la verja, y contestó:

—¡Déjalo, hijo mío, déjalo!

—Naturalmente,—contesté yo ofendido,— será mejor que lo deje; porque, comparado con Selim, se me considera una chiquilla.

—¿Qué estás diciendo, Enrique?— exclamó Selim echándome los brazos al cuello.

—Salta, hijo mío, salta, y muestra lo que vales,—exclamó mi padre,—cuyo orgullo había provocado yo.

—Trae el caballo,—ordené yo á Francisco que hacía pasear poco á poco por el patio el fatigado animal.

Hania se puso vivamente en pie.

—Señor Enrique,—prorrumpió,— tal vez tengo yo la culpa de que vos tratéis de someteros á una prueba tan arriesgada; ¡pero no lo quiero, no lo quiero! ¡Oh! no lo haréis, señor Enrique, os lo pido por el cariño que os tengo...

Esto diciendo, me dirigió una mirada que completaba sus palabras. ¡Ah! por aquella mirada habría dado en aquel instante la vida, las últimas gotas de mi sangre; pero no podía ni quise desistir de mi propósito. Mi amor propio ofendido se sobrepuso á todo otro sentimiento.

Dominé la emoción que me habían producido las palabras y la mirada de Hania, y respondí con sequedad:

—Té equivocas, Hania, si crees haber sido el móvil de mi resolución: quiero probar ese salto únicamente para mi satisfacción.

Salté á la grupa del caballo, apesar de que todos los circunstantes, á excepción de mi padre, prorrumpían en vivas protestas, y enfilé al paso la calle de tilos. Francisco abrió la verja y la volvió á cerrar en cuanto hube salido.

Mi corazón estaba lleno de amargura; habría intentado aquel salto, aun cuando las lanzas hubiesen tenido una elevación tres veces mayor.

A unos trescientos pasos de distancia, hice volver la grupa al caballo, que empezó á trotar inmediatamente después á galopar. De pronto noté que la silla se movía debajo de mi: evidentemente no estaba todo en orden. O la cincha de la silla se había aflojado al primer salto, ó Francisco la había aflojado, y por estupidez ó por distracción no había dicho una palabra.

Fuese lo que fuese, era ya demasiado tarde para orientarme y reparar aquella falta.

El caballo avanzaba desenfrenadamente hacia la empalizada, y yo quería ni podía detenerle ya.

—Si caigo y me rompo el alma, no me importa,—pensé dominado por la desesperación.

Aprieto nerviosamente los costados del caballo; siento el aire que silba á mis oídos, y veo delante las lanzas; fustigo el caballo y me siento levantado al aire; un grito hiere mis oídos y se me oscurecen los ojos... Después, recobrado de un desvaneci-

miento, me encuentro tendido encima de la yerba.

Me pongo vivamente pie, y pregunto:

—¿Qué ha pasado? ¿He caído y he perdido los sentidos?

Mi padre, el padre Luis, Selim, la señora de Inés y Hania, la cual estaba pálida como un cadáver y tenía los ojos inundados de lágrimas, me rodeaban.

—¿Cómo te encuentras?—me preguntaron todos.

—Nada tengo; nada me ha pasado. He caído pero no ha sido mía la culpa; la cincha de la silla estaba floja.

Y en efecto, una vez recobrado de mi desvanecimiento, me sentía perfectamente bien; únicamente tenía la respiración algo fatigosa.

—¿No sientes dolor en ningún sitio?—preguntó mi padre tentándome los brazos, las piernas y los hombros.

—No, estoy muy bien.

Inmediatamente después pude respirar con libertad. Lo único que me exasperaba era el temor de haberme puesto en ridículo, y esto debía hacerme tener un aspecto bastante cómico.

En mi caída había sido lanzado á través del camino, yendo á caer sobre la yerba, la cual había pintado de verde los lados y rodillas de mi traje claro, teniendo en completo desorden los cabellos y el resto de mi traje.

De todos modos, mi desgracia había redundado en provecho mío. Un momento antes, Selim era el objeto de la general admiración cuando apenas acababa de llegar, mientras que ahora, todos se ocupaban exclusivamente de mí, por más que este

honor lo hubiese conquistado á costa de mis rodillas y de mis codos.

Hania, que persistía en considerarse, y con razón, como la causa principal del accidente que tan graves consecuencias podía tener para mí, se esforzaba en remediar su falta con su ternura.

En medio de estas circunstancias, recobré mi buen humor, que acabó por comunicarse á todos los circunstantes, que momentos antes estaban tan consternados. Trajéronse refrescos, y Hania hizo los honores de la casa: después pasamos todos al jardín. Allí, Selim púsose de nuevo á loquear como un chiquillo, é hizo una infinidad de locuras, en las cuales tomaba también parte Hania.

—¡Ah!—exclamó finalmente Selim,—¡cuán alegres estamos los tres juntos!

—Me gustaria saber,—observó Hania,—cuál de los tres es el más alegre,

—Positivamente, yo,—contestó Selim.

—Si no soy yo; porque la naturaleza me ha dotado de un temperamento jovial.

—En todo caso, el menos alegre es Enrique,—agregó Selim.—Tiene un carácter muy formal y tiene bastante tendencia á la melancolía. Si hubiese vivido en la edad media, de seguro que habría sido caballero errante ó trovador... ¡qué lástima que no sepa cantar! En cambio, nosotros,—añadió volviéndose á Hania,—hemos sido formados el uno para el otro.

—Yo soy de diferente opinión,—contesté;—creo que los que están bien juntos, son aquellos caracte-

res que son completamente opuestos entre sí, por que de esta manera el uno completa el otro.

—¡Oh! muchas gracias por lo que á mi me toca, —dijo Selim.—Supongamos que tú seas, por indole, inclinado á llorar, que la señorita Hania esté inclinada á reir, y que os casáis...

—¡Selim.—exclamé.

Miróme éste y se puso á reir.

—¿Esas tenemos, señorito? ¡Ah! ¡ah! ¿te acuerdas de la oración de Cicerón: «*Pro Archia*»? *Commoveri videtur juvenis*, lo cual significa. «Parece que ese joven se turba.» Pero me parece que en eso que digo no hay nada malo. Tú, por una cosa de nada, te pones colorado como un cangrejo, y hasta las más de las veces sin motivo alguno. Os advierto, señorita, que Enrique se pone colorado con mucha facilidad y ahora mismo se está poniendo colorado por dos.

—¡Pero Selim!

—Bien, hombre bien. Vuelvo á mi afirmación. Como decía, pues, tu, señor de las lágrimas, y Hania, señorita de la risa, os casáis. ¿Qué resultaría? Que tú gemirías y ella reiría, no lograríais poner os de acuerdo, y que os iríais alejando cada vez más el uno del otro. ¡Vaya unos magníficos caracteres para estar formados el uno para el otro! En cambio entre Hania y yo pasaría lo contrario... No cesaríamos de reir hasta la muerte.

—¡Vaya unos discursos que hacéis esta tarde! —exclamó Ana, echándose á reir, é imitándola Selim.

Lo que es yo, malditas las ganas que tenía de reir.

Selim no tenía idea del mal que me había hecho poniendo tan de relieve la diferencia de mi carácter con el de Hania. Estaba enojado, y le dije con cierta dureza á mi amigo:

—Tienes unas ideas muy extrañas, y me asombran tanto más, cuanto que hasta ahora me parece que habías mostrado cierta preferencia por las personas melancólicas.

—¿Yo? — preguntó con natural sorpresa mi amigo.

—Sí, tú. No tengo que hacer más que recordarte cierta ventanilla con dos plantas de geráneo, una á la izquierda y otra á la derecha, y una carita que aparecía entre las dos. Puedo asegurarte que jamás había visto una expresión más melancólica que la que se veía en aquel rostro.

Hania palmoteó, exclamando:

—¡Magnífico, señor Selim! ¡Esto vale un Perú!

Yo creí que esto pondría perplejo á Selim, pero se limitó á decir:

—¡Enrique!

—¿Qué?

—¿Sabes lo que se les hace á los que tienen la lengua algo más larga de lo que es debido?

Y se puso á reir de nuevo.

Hania empezó á echarle pullas y á importunarle para que dijera el nombre de su amada, y él, sin detenerse á pensarlo, dijo:

—Josefina.

Su sinceridad le costó cara porque Hania no le dejó tranquilo en todo el resto del día.

—¿Es bonita?—le preguntó.

—No es mala,

—¿Tiene bonitos los ojos y los cabellos?

—Muy bonitos, pero no son de los que á mí me gustan más.

—¿Cuáles son, pues, lo que preferís?

—Los cabellos de un rubio claro y los ojos azules... y sino lo tomáis á mal, unos ojos como los que ahora estoy mirando.

—¡Oh, señor Selim!—exclamó Hania poniéndose seria.

Selim juntó las manos con aire suplicante, y la miró con la dulce é inaccesible expresión que le era peculiar.

—No os enfadéis, señorita Hania,—dijo con voz suplicante.—¿Qué os ha hecho el pobre tártaro? ¡Oh! reid, reid un poquito, un poquito no más.

Hania le miró, y al mirarle se desvaneció la nube que se había formado en su frente. Decididamente la hechizaba. Apareció en sus labios una sonrisa, volvieron á centellear sus ojos, serenóse de nuevo su rostro, y acabó por decir con acento tierno y suave:

—Está bien, ya no estaré enfadada, pero vos tenéis que ser más...

—Obedeceré, lo juro por mi amor á Mahoma.

—¿Le amáis mucho á Mahoma?

—Lo mismo que aman los perros á los mendigos. Y los dos volvieron á ponerse á reir.

—Ahora—repuso Hania—decidme otra cosa. ¿De quién está enamorado el señor Enrique? Se lo he preguntado ya y no me lo ha querido decir.

—¿Enrique?—dijo Selim mirándome de soslayo, —¿sabéis?... creo que hasta ahora no se ha enamorado de nadie; pero está en el mejor camino para

llegar á estarlo, y hasta sé quien es la señorita, y en cuanto á mí...

—Pero, Selim, á ver si te callas.

—¡Ay, amigo mío!—exclamó Selim echándome los brazos al cuello:—¡Si supierais, señorita, que buen muchacho es!

—Lo sé, lo sé,—contestó ella.—Me acuerdo, como si fuera ahora de cuan bueno fué conmigo cuando murió mi pobre abuelo.

Y por un instante, se apoderó de nosotros una profunda tristeza.

Selim, con ánimo de dar un nuevo giro á la conversación, tomó de nuevo la palabra, diciendo:

—Vos no debéis saber una cosa.

—¿Cuál?—preguntó Hania.

—Que después que hubimos hecho el exámen de ingreso en la Universidad nos emborrachamos juntos los dos con nuestro profesor.

—¿Os emborrachasteis?

—Sí: es una costumbre que difícilmente se podrá hacer que desaparezca. Pues bien, cuando nos emborrachamos, yo, señorita, brindé á vuestra salud. Yo le hice irreflexivamente, pero Enrique se puso hecho una furia y me gritó: «¿Cómo te atreves á pronunciar este nombre en una taberna?» Poco faltó para que anduviéramos á mogicones; pero este incidente viene á probar una cosa y es que no permite que se os toque.

—¡Cuán bueno es Enrique!—exclamó Hania.

—¡Dejémoslo correr!—contesté, reconciliado por las palabras de Selim,—pero dime tú misma, Hania, si no es á lo menos tan bueno él, contándote semejantes cosas.

—¡Oh! sin duda,—contestó Hania.—Los dos sois dignos uno del otro, y deberéis estar muy bien juntos los dos.

—Y vos seréis nuestra reina,—exclamó Selim con tono enfático.

—¡Señoritos!... ¡Hania!... se os suplica que subáis á tomar el te,—gritó desde la terraza la señora de Ives.

Y los tres subimos alegres y contentos.

La mesa había sido puesta en la terraza. Las lámparas que ardían en distintos puntos, esparcían una ténue luz, y un enjambre de mariposas revoloteaban en torno de la luz, azotando los globos de cristal; los pámpanos de la vid silvestre que serpenteaba alrededor de la terraza, se agitaban murmuradores á impulsos del suave aire de la noche, y de detrás de los álamos surgía la luna en su plateado plenilunio.

Nuestra conversación había insinuado en Hania, en Selim y en mí una disposición de ánimo singularmente dulce y afectuosa. La noche plácida y tranquila ejerció también su influencia sobre mi padre y sobre el padre Luis. Sus semblantes estaban serenos y puros como el cielo que nos servía de artesonado.

Después del te, la señora de Ives colocó encima de la mesa una baraja y se puso á jugar un *solitario*; mi padre estaba de muy buen humor y se puso á hablar de los tiempos pasados, lo cual era siempre una prueba de que se hallaba en el colmo de su satisfacción.

—Me acuerdo todavía muy bien,—dijo,—de que una vez nos hallábamos en las cercanías de una al-

dea el distrito de Krassostavosk. La noche era tan oscura que no se veía una saeta.

Esto diciendo, lanzaba hacia la luz una bocanada de humo.

—Como estábamos muy fatigados, nos habíamos tendido todos al suelo como borregos, cuando...

Y continuó la relación de un caso extraordinario y maravilloso. El padre Luis, aun cuando no era la primera vez que lo oía, dejó de fumar, escuchó con creciente atención, calóse luego los lentes, y de vez en cuando sacudía la cabeza y prorrumpía en un: «¡Hum, hum!» ó en un: «¡Jesús María!» ó preguntaba:

—¿Y después?

Selim y yo, apoyados el uno contra el otro, mirábamos á mi padre sin perder una palabra de su relato.

Pero ninguno de nuestros semblantes reflejaba con tanta viveza la impresión producida por aquel relato, como el de Selim. Sus ojos brillaban como ascuas, su rostro se había puesto colorado; poníanse fuertemente de relieve su caracter oriental y su sangre ardiente. Con gran trabajo se mantenía en su sitio.

La señora de Ives que le estaba mirando y sonriendo, llamó con un gesto la atención de Hania sobre él. Atraídas por la postura y por el aspecto del joven, en cuyo rostro se reproducían como en un espejo todas y cada una de las impresiones, mirabanle entrambas con atención. Todavía hoy, cuando recuerdo aquella velada, no puedo evitar cierta conmoción. Desde aquel día, más de una ola se ha disuelto ruidosamente en el océano del mundo, más

de una nube ha buscado los caminos del cielo, y sin embargo, el recuerdo siempre vivo despliega ante los ojos de mi espíritu muchas escenas semejantes de la vida pasada en la villa.

Veo ante mí una familia unida, tranquila, feliz; un anciano que refiere los sucesos de su juventud, á jóvenes oyentes á quienes brillan de entusiasmo los ojos, y entre esos una carita que sobresale como sobresalen las amapolas en un campo de trigo... ¡Ay! ¡cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces, y cuantas cosas han cambiado de aspecto!

Entretanto dieron las diez. Selim se puso rápidamente en pie, porque tenía que estar pronto en su casa. Resolvimos ir juntos á acompañarle unos instantes; yo quería acompañarle á caballo á alguna mayor distancia de los demás, quienes habían resuelto llegar hasta la cruz que se levantaba al extremo del camino de los tilos.

Pusímonos, pues, en camino todos, á escepción de Casimiro que dormía. Hania, Selim y yo íbamos delante. Llevábamos de la rienda los caballos; Hania iba entre los dos; mi padre, el padre Luis y la señora de Ives iban detrás. El camino de los tilos estaba obscuro; solo de vez en cuando brillaba la luna entre los árboles y á través de las ramas, esparciendo su tenue luz en sutiles rayos sobre el solitario camino.

—¿Cantemos una canción?—propuso Selim,—una canción antigua que es muy bonita, la del leal Filón.

—Nadie de nosotros la sabe,—observó Hania.—Yo sé otra mucho más bonita que empieza:

«Caen en otoño
Las marchitas hojas...»

Esto dió lugar á un pequeño altercado que terminó poniéndose de cuerdo y resolviendo que primero se cantaría la canción del leal Filón, porque á mi padre y al padre Luis les gustaba oirla, por recordarles sus tiempos juveniles.

Hania introdujo su blanca mano entre las crines del caballo de Selim, y luego se puso á cantar junto con el joven tártaro:

Brilla el astro plateado
Sobre el bosque silencioso;
Unas palmadas escucho
Es la señal de mi esposo,
Mi leal Filón que me ama,
Que me espera, que me llama.

Cuando hubieron terminado, los viejos gritaron á nuestras espaldas:

—¡Bravo! ¡bravo! Ahora cantad alguna otra cosa.

Púseme también yo á cantar con ellos: Hania y Selim tenían una voz preciosa, pero la de Selim tenía un timbre y una expresión especialísima. Cuando yo desentonaba más de lo regular, ella y él se burlaban de mí. Después cantaron otras dos canciones, y entre tanto yo iba pensando por que Hania no había de haber cogido las crines de mi caballo en vez de coger las del caballo de Selim. Su ca-

ballo le gustaba muchísimo; de vez en cuando se apoyaba en el cuello del animal, ó lo acariciaba suavemente, murmurando:

—¡Rico! ¡rico!

Y el manso corcel relinchaba y parecía buscar con sus jadeantes narices, el terroncito de azúcar.

Todo esto me puso triste; ante mis ojos no veía otra cosa que aquella mano apoyada sobre las crines del caballo de Selim.

Así llegamos al extremo de la calle de tilos y junto á la cruz.

Selim dió las buenas noches, besó la mano de la señora de Ives, y quería hacer otro tanto con Hania; mas ésta la retiró y al hacerlo me dirigió una mirada casi de azoramiento. Selim había saltado ya sobre su silla, cuando Hania se le acercó de nuevo y se puso á hablar con él. A la claridad de la luna que en aquel sitio no estaba cubierta por los tilos, pude observar claramente la expresión de los ojos de Hania fijos en su interlocutor.

—No olvidéis á Enrique,—le dijo ella,—nos alegraremos mucho de volveros á ver, y buenas noches.

Esto diciendo le tendió la mano. Los viejos emprendieron el regreso con ella, mientras yo y Selim íbamos alejándonos á caballo. Por algún tiempo permanecimos silenciosos, avanzando por el camino, desprovisto ya de árboles. Era tanta la claridad que la luna esparcía por todo alrededor, que se habrían podido contar las pequeñas hojas de las plantas de enebro que crecían á los lados del camino. Aquel monotonó silencio era de vez en cuando interrumpido por los relinchos de los caballos ó por

el retintín de las espuelas. Yo miraba á Selim que se había puesto pensativo, y cuyas miradas vagaban meditabundas por la obscuridad de la noche. Sentía un irresistible deseo de hablar de ella, de desahogar los sentimientos que me agitaban, de repetir sus mismas palabras, mas no me fué posible entablar conversación con él.

De pronto se inclinó hacia mí, pasó su brazo alrededor de mi cuello, me dió un beso en la mejilla y exclamó:

—¡Ay, Enrique! ¡Qué graciosa es tu Hania! Llévese el diablo á Josefina y...

Sentí que se me helaba la sangre en las venas; parecióme que había recibido de lleno el helado soplo del viento del norte.

No contesté: rechacé de mi cuello el brazo que lo rodeaba, y miré con ceño hacia adelante. Desde luego noté que él se hallaba perplejo y confuso.

Tras un largo rato de silencio, volvióse hacia mí y me preguntó:

—¿Estarás acaso enojado conmigo?

—¡Eres un niño!

—¿Estarías celoso acaso?

Detuve mi caballo y le dije:

—Buenas noches, Selim.

Ví que él no tenía ganas de despedirse aún: sin embargo, me tendió maquinalmente las manos y abrió los labios como si quisiera decir algo; mas yo hice volver la grupa al caballo y le hice deshacer al galope el camino.

—¡Buenas noches!—me gritó Selim.

Permaneció éste un instante en el sitio donde le

había dejado, y luego prosiguió andando hacia su casa; yo entonces continué al paso mi regreso.

Era una noche magnífica, quieta, calurosa; los prados cubiertos de rocío semejaban inmensos lagos, oíase el canto de las codornices, y los escarabajos zumbaban por entre los elevados juncos. Yo alcé los ojos hacia el espacio infinito atestado de estrellas, y sentí un ardiente deseo de rezar y de llorar. De pronto oí á mis espaldas el trote de un caballo y me volví: era Selim. Me alcanzó, adelantóseme unos pasos, interceptóme el paso y me dijo con conmovido acento:

—Enrique, no he podido resistir á mi deseo de volver atrás, porque á tí te pasa algo. De momento he llorado: «Quiere enojarse, que se enoje», me he dicho. Mas luego me he disgustado de mí mismo y no lo he podido soportar. Ahora bien, dime qué tienes. ¿Es que me he adelantado demasiado con Hania? ¿Es que la amas? Dímelo, Enrique.

Las lágrimas embargaron mi voz, y de momento no pude contestar. Si me hubiese dejado llevar de mi primer impulso, me habría arrojado en los brazos de mi generoso amigo, habría depositado mis afanes en su corazón y se lo habría confesado todo. Pero, cada vez que durante mi vida, he tenido ocasión de descubrirle á alguien mi corazón y revelar-le mis secretos sentimientos, mi orgullo, mi inflexible orgullo, que debía ser el primero que debía haberse humillado, me hacía retener las palabras en mi garganta.

¡Cuántas horas felices me ha amargado y destruído este orgullo, y cuántas veces, más adelante, me he lamentado yo mismo de ello! Selim había dicho:

«Me he disgustado de mí mismo» eso era decir que me tenía compasión. Esta idea bastó para cerrarme más completamente los labios. Guardé silencio, y él me miró con aquellos ojos admirablemente hermosos, diciéndome con acento suplicante y apesadumbrado:

—Enrique, ¿la amas tal vez? Mira, me ha gustado mucho, eso sí, pero no he ido más allá. Si tú quieres, no volveré á decirla ni una palabra más. ¡Habla! ¿la amas? ¿qué tienes contra mí?

—No la amo y nada tengo contra tí. Es que no me siento bien. Tal vez á consecuencia de la caída, me siento algo cansado. No estoy enamorado, no hay sino que he caído del caballo, y esto es todo. Buenas noches.

—¡Enrique!

—Te repito que si estoy así es únicamente á consecuencia de la caída.

Nos volvimos á despedir: Selim me abrazó y retrocedió algo más tranquilo.

Hasta podía muy bien ser que la caída siguiera causándome algún malestar. Quedé solo; oprimióseme el corazón, las lágrimas se agolpaban en mi garganta y casi me ahogaban. La bondad de Selim me había conmovido, y estaba á mi vez descontento de haberle rechazado.

Las ventanas de la sala estaban iluminadas, y llegaron á mis oídos las notas del piano. Confié el caballo á Francisco y penetré en la sala. Hania estaba tocando una romanza que yo no conocía. Hacía correr las manos sobre el teclado con esa confianza con que lo hacen los diletantes, y de vez en cuando se equivocaba, porque no hacía mucho

tiempo que había empezado á estudiar el piano. Pero á mí, que estaba más dominado por el amor que por el sentimiento de la música, aquella música me pareció celestial.

Cuando penetré en la sala, ella se sonrió sin interrumpirse; me senté en un sillón frente á ella y la miré fijamente. Su frente serena y sus cejas finamente diseñadas, aparecían por encima del faristol, teniendo inclinados los ojos para mirarse los dedos. Algunos instantes después cesó de tocar. Alzó los ojos hacia mí, y dijo con voz tierna y lisonjera:

—¡Señor Enrique!

—¿Qué quieres Hania?

—Quisiera preguntaros una cosa: ¿os ha invitado Selim para mañana?

—No. Mi padre quiere que vayamos mañana á Ustrya, porque ha llegado un paquete de mi madre para la señora Ustrycka.

Hania guardó silencio y se entretuvo haciendo algunos acordes. Indudablemente su imaginación estaba pensando en algo muy distinto. Un instante después, alzó de nuevo los ojos y dijo:

—¡Señor Enrique!

—¿Qué quieres, Hania?

—Quería preguntaros una cosa: aquella Josefina de Varsovia, ¿es realmente muy bonita?

Eso era demasiado. La cólera y la amargura estaban á punto de rebosar de mi corazón. Me acerqué con rapidez al piano y prorrumpí:

—No tanto como tú. Puedes estar tranquila, y ensayar con Selim el poder de tus encantos.

Hania se puso vivamente en pie y la ofensa que

yo le acababa de inferir hizo agolpar la sangre á sus mejillas.

—Señor Enrique,—exclamó,—¿con qué derecho habláis así?

—No he dicho otra cosa que lo que tú pensabas.

Esto diciendo cogí el sombrero, hice una reverencia y salí precipitadamente de la sala.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Después de semejantes acontecimientos, fácil es comprender como pasaría yo la noche. Mientras me estaba desnudando, me pregunté á mí mismo, ante todo qué era lo que realmente había acontecido, y por qué había estado yo de tan malhumor durante todo el día. Fácil era la respuesta. No había acontecido nada; nada podía reprocharles ni á Selim ni á Hania; no había acontecido cosa alguna que no pudiera tener su explicación en una amistosa cortesía, en una inocente curiosidad y en una cortesía recíproca.

Que Hania gustaba á Selim y que éste le gustaba á ella, nadie lo podía dudar. Pero, ¿qué derecho tenía yo de encolerizarme y de turbar nuestra vida tranquila y sosegada?

No eran ellos quienes tenían la culpa; la tenía yo. Sin embargo, este pensamiento que habría tenido

que devolverme la calma, no fué bastante á conseguirlo. Aun cuando me explicaba satisfactoriamente sus recíprocas relaciones, aun cuando no cesaba de repetirme que nada grave había acontecido, y aun cuando no podía ocultárseme que aquel día yo les había ofendido á entrambos sin razón, no obstante sentía subsistir una desventura amenazadora, indeterminada, y tan impalpable se hacía cada vez más la forma que tomaba, que ni siquiera la podía revestir de un reproche justificado contra Hania y contra Selim; y precisamente por esto era por lo que mi malhumor me hacía más mala impresión. Fuera de que me atormentaba la idea de que, como no tenía derecho alguno de dirigirles ningún reproche, existían motivos suficientes para estar inquieto.

Mi imaginación iba engolfándose cada vez más en todas las observaciones posibles, en todas las posibles suposiciones y conjeturas.

En suma me sentía tan abatido y fatigado como si hubiera hecho un largo viaje ó hubiera vagado durante largas horas por entre tinieblas, y por añadidura, me atormentaba la idea amarga y sumamente dolorosa de que yo mismo con mi grosería, con mis celos, les empujaba al uno hacia los brazos del otro: esto, á pesar de mi falta de experiencia, lo comprendí desde aquel momento. Semejantes cosas se adivinan pronto. Y ahora, ¿qué ocurriría? Yo sabía que iba á seguir por este camino, á pesar de que me constaba que obraba mal, mas no para llegar á donde quería, antes por el contrario á donde mis sentimientos y todas las demás circunstancias, insignificantes en apariencia, momentáneamente determinadas, me arrastrarían: circunstan-

cias que parecen insignificantes, pero que son de la mayor importancia, porque con frecuencia depende de ellas, más adelante, la felicidad ó la infelicidad de toda la existencia.

Era muy desgraciado; y aún cuando haya más de uno á quien mi afán pueda parecerle mezquino, no se debe olvidar que la entidad de un mal no se ha de buscar en el mal mismo, sino en lo que hace experimentar á los que se hallan atacados de él.

Y sin embargo, nada había acontecido, ó cuando menos nada de importancia. Esto me lo fuí repitiendo mientras estaba acostado en mi lecho, hasta que mis pensamientos se fueron ofuscando ó confundiendo paulatinamente, y acabé por dormirme. En mis sueños cruzáronse figuras sin conexión alguna entre sí; las personas de quienes mi padre había contado algo y sus actos se confundían con la presencia de Hania, de Selim y de mi amor.

Me desperté: quizás tenía un poco de calentura, cosa que no era de extrañar, en atención á la caída que había sufrido. De pronto me quedé á oscuras; la mariposa de la lamparilla de noche, habiase consumido y había caído en el platillo, y al caer proyectó una pequeña luz azulada, luego otra, luego otra mucho más pequeña, y por último la llama despidió un postrer destello de luz vivísima y se apagó. Debía estar muy adelantada la noche porque oí el canto de los gallos, y luego caí en un sueño pesado y letárgico, del cual no desperté hasta muy tarde.

A la mañana siguiente, me apercibí de que durmiendo se me había pasado la hora del desayuno, y al propio tiempo la ocasión de ver á Hania, la

cual estaba tomando lección con la señora de Ives hasta las dos. En cambio aquel sueño me había reanimado y vivificado de tal manera, que ya no veía el mundo bajo un aspecto tan turbio como el de la noche anterior. Por lo tanto, me propuse ser bueno y afable con Hania, y poner un remedio á mi grosería del día anterior, pero me olvidaba de que, no solamente debía haber disgustado á Hania con mis últimas palabras, sino que además debía haberla ofendido.

Cuando ella entró en la sala, junto con la señora de Ives, corrí á su encuentro, pero me detuve como si se me hubiera echado encima de la cabeza una ducha fría, y tuve que refrenar mi demasiada expansiva cordialidad, porque Hania me dió los buenos días cortesmente, eso sí, pero de una manera tan breve, que se me quitaron inmediatamente las ganas de entablar una conversación íntima con ella. Luego fué á sentarse al lado de la señora de Ives, y durante toda la comida no se ocupó poco ni mucho de mí, como si yo no existiera.

Confieso que en aquel momento mi existencia me pareció deplorable y rara, hasta el punto de no valer ni un céntimo. ¿Pero qué tenía que hacerle? Reapareció en mí el espíritu de contradicción, y resolví pagar á Hania con la misma moneda; singular manera de conducirse con una persona, á la cual se ama sobre todas las cosas.

Durante toda la comida no nos digimos directamente ni una palabra; siempre lo hicimos por medio de tercera persona.

Hania decía, por ejemplo, que debía haber llovido toda la noche, y yo me dirigía á la señora de

Ives para hacerle esta misma pregunta, y como ésta era de la misma opinión que Hania, yo me daba por plenamente convencido de que realmente no había llovido.

Estos pequeños desaires, tenían cierto atractivo. Interiormente me preguntaba cómo se nos trataría en Ustrya, á donde teníamos que ir aquel mismo día. Me había propuesto dirigirla allí, en presencia de gentes estrañas, una pregunta, á la cual se habría visto precisada á responder, y romper el hielo por este medio. Mucho me prometía de nuestra permanencia en Ustrya. Era seguro que la señora de Ives vendría en el coche con nosotros, pero no quería hablar de esto: lo que más convenía era que en la mesa nadie notara nuestra riña, porque si alguien lo hubiese notado, y hubiese preguntado si estábamos enfadados, todo se habría descubierto. Sólo de pensarlo, afluíame la sangre á la cabeza, y empezaban á agitárseme las sienes con más fuerza de la habitual. Pero, con gran sorpresa mía, observé que Hania temía esto menos que yo; y lo peor era que ella se apercibía de mi temor, y se complacía en él. Sentía que esto me humillaba y me era absolutamente imposible obrar de otra manera. De consiguiente, cimenté todas mis esperanzas en Ustrya, y todos mis pensamientos se asieron á aquella áncora de salvación.

También Hania parecía haber pensado en esto. Después de comer sirvióle á mi padre una taza de café, besóle la mano y le dijo:

—Os pido permiso para no ir á Ustrya.

—¡Oh!—pensé,—¡cuán infamemente se porta tu Hania.

Mi padre, que era algo duro de oído, no la entendió de momento, besó á la niña en la frente, y la preguntó:

—¿Qué quieres, querida mía?

—Tengo que pedir os una cosa.

—¿Qué es?

—Que me permitáis quedarme en casa. No me gustaría ir á Ustrya.

—¿Por qué no? ¿Te sientes mal?

Si ella hubiese dicho que se sentía mal, todo se habría perdido, porque precisamente mi padre aquel día estaba de mal humor. Mas Hania, ni por necesidad acostumbraba á mentir, y por consiguiente, en vez de protestar que le dolía la cabeza, respondió:

—No, estoy bien: pero no quisiera ir.

—No siendo más que por eso, irás: necesito absolutamente que vayas.

Hania hizo una reverencia y no añadió palabra.

Poco después quedé solo con mi padre en el comedor y le pregunté por qué la exigía que viniera con nosotros.

—Por qué quiero,—me contestó,—que nuestros vecinos se acostumbran á considerar á Hania como á un individuo de nuestra familia. Si ella viene con nosotros á Ustrya, viene á ser lo mismo que si hiciera una visita en lugar de tu madre. ¿Comprendes ahora?

No solamente había comprendido al bueno de mi padre, sino que hasta había hecho más que comprenderlo, y de buena gana le habría pagado con un centenar de besos aquel pensamiento.

A las cinco nos teníamos que poner en camino.

Para las señoras, había hecho enganchar dos caballos al carruaje más ligero. Teníamos que hacer milla y media de camino para llegar á Ustrya, y con el magnífico tiempo que hacía habría sido una excursión muy agradable. Hania vino completamente vestida de negro. Llevaba un traje muy gracioso, algo elegante, tal como mi padre deseaba. Costábame trabajo apartar de ella los ojos, estaba tan bonita, que empezó á romperse el hielo de mi corazón, y mi frialdad artificial se había desvanecido, junto con las ganas que tenía de contrariar á Hania. Ella, la reina de mi corazón, pasó altiva y desdeñosa por mi lado, sin dirigirme ni siquiera una mirada, á pesar de que, para agradarla, me había vestido con mi mejor traje.

Realmente Hania estaba bastante contrariada, porque, no solamente tenía la intención de fastidiarme, manifestando su deseo de quedarse en casa, sino que al mismo tiempo tenía motivos plausibles que sólo más adelante tuve ocasión de conocer.

A las cinco en punto ayudé á las señoras á subir al coche, y luego yo monté á caballo. Durante el camino, cabalgué siempre al lado de Hania, y empleé varios medios para atraer sobre mí su atención. Sólo una vez, con motivo de haberseme encabritado el caballo, me dirigió la vista y me miró de pies á cabeza. Hasta me pareció que reprimía una ligera sonrisa, cosa que, desde luego, me inspiró nueva esperanza; pero se volvió inmediatamente hacia la señora de Ives, y entabló con ella una conversación de un género especial que no me permitió tomar parte en ella. Por último llegamos á Ustrya, y allí encontramos á Selim.

La señora no estaba en casa. En lugar de ella nos recibieron su marido, dos institutrices, una francesa y otra alemana, y las dos hijas de la casa.

Lola, la hija mayor, tenía aproximadamente la edad de Hania. Era una graciosa rubia, algo fría! La menor era niña todavía.

Después de los primeros cumplidos, las señoras bajaron al jardín á cojer fresas, mientras el señor Ustrycki nos llevó consigo á Selim y á mí para enseñarnos sus nuevos fusiles y sus perros, que había hecho traer de Braslavia, á un precio muy crecido, para la caza del jabalí.

Ya he dicho que el profesor Ustrycki era conocido en todo el país por un cazador apasionado, y á más de esto, era un hombre excelente, de buen corazón y tan rico como bueno; no tenía más que un defecto, pero de tal índole que me lo hacía insoponible, y era el de que siempre reía; y por añadidura, en cuanto uno decía un par de palabras, tenía el vicio de darse un par de golpecitos en la barriga, y exclamar: «Chanzonetas, excelencia... ¿Cómo se llama?»

A esta intercalación debía el que se le conociera con el apodo de *Vecino Chanzonetas*, ó también con el de *¿Cómo se llama?* con los que le designaban todos.

El *Vecino Chanzonetas*, pues, nos condujo á su perrera, sin ocurrírsele que nosotros habríamos estado cien veces mejor en el jardín con las señoras. Escuchamos durante buen rato sus historietas, y luego hice como que me acordaba de pronto, de que tenía que decirle algo urgente á la señora Ives, y Selim se apresuró á decir:

—Todo esto es muy bonito, caballero: hasta vuestros perros son muy preciosos, pero, ¿qué le hemos de hacer, si preferimos ir á reunirnos con las señoras?

El señor Ustrycki se dió las acostumbradas palmaditas en la barriga, pronunció su frase sacramental, y añadió:

—¡Y bien! id, id allá... También voy yo.

Fuimos pues al jardín; mas bien pronto me apercibí de que lo había deseado inútilmente, porque Hania, que con sus compañeras se mantenía muy reservada, nada hizo para que yo pudiera tomar parte en la conversación. Como si lo hiciera adrede, se ocupó exclusivamente de Selim, de modo que no me quedó otro recurso que conversar con la señorita Lola. De qué hablamos, qué tonterías dijimos y qué contesté á sus preguntas, no lo sé. Observaba continuamente á Selim y á Hania, y estaba al acecho para sorprender cuánto se decían. Selim no lo notó, mas no se le escapó á Hania, la cual bajó en seguida la voz y empezó á mirar á su compañero con cierta coquetería, prueba de favor de que éste se sentía extraordinariamente lisonjeado.

—Aguarda,—pensé,—lo que tú me haces te lo haré á tí.

Y con esta resolución, me volví hacia la señorita Lola, la cual me había olvidado de decir que sentía hacia mí una inclinación que no trataba de disimular, y dediqué á ella, por completo, mi amabilidad. Mientras yo conversaba y reía con ella y la hacía la corte, á pesar de que tenía más ganas de llorar que de reír, Lola me miraba radiante de gozo con sus hermosos ojos azules, húmedos en su esplendor, y observé que poco á poco iba dejándose llevar hacia un profundo sentimentalismo. ¡Ah, si ella hubiera sabido cuánto la odiaba yo en aquel momento! Y sin embargo, yo sostuve mi papel de tal suerte, que llegué hasta á cometer una pequeña vileza.

Esto acaeció cuando Lola, mientras íbamos conversando, hizo una picante observación sobre Selim y Hania: en vez de replicarla, como habría debido hacerlo, dejé entrever una sonrisa bastante espresiva y me callé, á pesar de que anteriormente me sentía irritado.

Así transcurrió una hora, hasta que estuvo dispuesta la merienda debajo de un castaño, cuyas ramas tocaban casi al suelo, formando sobre nuestras cabezas una especie de cúpula de verdor.

Entonces me enteré de que Hania no habría querido venir con nosotros á Ustrya, no sólo para huir de mí, sino también por otros motivos más graves.

Ved ahí cómo estaban las cosas: la señora de Ives, que era descendiente de una antigua y noble familia, parecía ser más que la institutriz francesa, y hasta más que la alemana de Ustrya; y éstas, por su parte, se consideraban como bastante más nobles que Hania, cuyo abuelo había sido un simple criado. La señora de Ives, que había recibido una edu-

cación muy esmerada, se hacía la desentendida; pero las otras dos, por el contrario, lo dieron á entender á las claras su modo de sentir, mirando á Hania con altanería.

Aún cuando eso no pasaba de ser quisquillosidades de mujeres, no podía ser que yo consintiera que mi adorada Hania, á quien yo consideraba como valiendo más que todas las de Ustrya juntas, fuese víctima de aquellas quisquillosidades. Este modo de tratarla con intención de humillarla, lo soportó ella con un tacto y una amabilidad que la honraban, pues no se notaba el disgusto que esto la debía causar.

Si hubiésemos hallado en casa á la señora Ustricki, no habría pasado semejante cosa; pero las dos institutrices aprovecharon aquella ocasión propicia.

Apenas Selim se hubo sentado al lado de Hania, aquellas dos mujeres empezaron á cuchichear entre sí, y á hacer toda clase de alusiones. Hasta la señorita Lola, que le tenía envidia á Hania por su belleza, tomó parte en su conversación.

Yo contestaba á todas aquellas observaciones picantes, replicándolas en tono casi sarcástico, hasta que de pronto Selim, muy contra su voluntad, tomó de su cuenta el cargo de defensor.

Yo notaba que le costaba gran trabajo refrenar su cólera, á pesar de lo cual se contuvo y se dirigió con aire sosegado, pero burlón, á las institutrices. Fino, ingenioso y batallador como era, las molestó con dos ó tres palabras muy acertadas: la señora de Ives le apoyaba con cierta plácida compla-

cencia, y yo habría apaleado de buena gana á las dos forasteras.

Al fin, hasta la señorita Lola, que no quería indisponerse conmigo, se mostró amable con Hania, por más que su amabilidad era forzada. En una palabra, nuestra victoria fué completa; pero con gran mortificación mía; también esta vez tuve que confesar que el mérito principal de la campaña era debido á Selim. Hania que, á pesar de todo el dominio que tenía sobre sí misma, tenía las lágrimas á punto de saltársele, llena de gratitud y de admiración, empezó á considerar á Selim como á su paladín

Cuando nos hubimos levantado de la mesa, y volvimos á dar vueltas por el jardín, oí que Hania, inclinándose hacia Selim, balbuceó con trémula voz:

—Señor Selim, ¡cuánto os...!

No terminó la frase, porque, de seguro, tenía miedo de echarse á llorar si seguía hablando; á pesar suyo, sentíase dominada por su emoción interior.

—No se hable más de esto, señorita. No déis importancia á ciertas cosas... No os angustiéis por eso, os lo suplico.

—Precisamente porque son cosas tristes, me da angustia el hablar de ellas. No quería hacer otra cosa que daros las gracias.

—¿Pero de qué, señorita, de qué? No puedo ver lágrimas en vuestros ojos, y por vos, de buena gana...

Y no terminó la frase, porque no hallaba palabras á propósito, y hasta tal vez porque se apercibió á tiempo de que estaba á punto de dejarse dominar por el sentimiento. Volvió perplejo la cabeza

hacia otro lado, y calló, para no dejar adivinar su emoción.

Hania le miró con los ojos inundados de lágrimas, y esta vez, no tuve necesidad de volverme á preguntar qué era lo que había acontecido.

¡Ay de mí! demasiado lo sabía. La amaba con toda la fuerza de mi alma, y la ofrecía un amor que no tenía su origen en la tierra, sino en el cielo. Todo en ella me gustaba, su rostro, sus ojos, todos los cabellos de su cabeza, el sonido de su voz, sus ropas, hasta el mismo aire que respiraba: y este amor, este inmenso amor, llenaba todo mi sér; sólo para ella vivía. Para otra, podía haber alguna otra cosa á más del amor; para mí, ella era todo lo del mundo. Lo que estaba fuera de ella me era indiferente; para todo lo demás del mundo no tenía ni ojos ni cabeza.

Sentía en mi interior ese ardor que me consumía, y me parecía que eso debía quitarme la existencia. ¿Qué era mi amor? Una voz poderosa que anhelaba una correspondencia, el simple grito de un corazón á otro corazón. Yo la llamaba con los más tiernos epítetos, y ahora me veía precisado á reconocer que Hania no contestaba al llamamiento de mi corazón.

El hombre ávido de amor, anda errante por entre los hombres indiferentes como por un bosque

desierto, y llama, y espera que una voz compasiva le responda y le redima de su mísero estado.

¡Ay de mí! no necesitaba ya preguntar qué era lo que había acontecido. Sobradamente bien lo percibía mi amor propio ofendido, y mi corazón, que pedía inútilmente una explicación, oía la armonía de otros dos corazones y la oía sobradamente bien. ¡Selim y Hania!

Sí, éstos oían las voces de sus corazones que lanzaban al uno en los brazos del otro, sin que supieran explicárselo tan siquiera. El uno era el eco de la otra, el uno llevaba en pos de sí á la otra, así como el eco de la selva sigue á la voz. ¿Cómo podía combatir yo contra este destino, que á ellos conducía á la suma felicidad y á mí me conducía á la infelicidad más profunda?

¿Qué podía hacer yo contra esa poderosa ley de la naturaleza, contra la inexorable lógica del destino? ¿Cómo podía conseguir ganar el corazón de Hania, ahora que una fuerza irresistible lo arrastraba hacia un punto opuesto?

Abandoné la conversación que estaba sosteniendo y fui á sentarme en un banco solitario del jardín. Una multitud de pensamientos se arremolinaban en mi mente. Apoderábanse de mí la ira, un dolor atroz, una desesperación sin vislumbre de esperanza.

En el seno de mi familia, en medio de corazones amorosos y fieles, me sentía solo, abandonado; yermo y desierto me parecía el mundo; el cielo insensible, desapiadado, contra las injusticias de los hombres. Un pensamiento substituía al otro, y uno y

otro eran absorbidos por un tercero, de tal suerte, que acabé por caer en un sombrío delirio.

El único pensamiento que permanecía claro para mí, era el de la muerte, únicamente ésta me podía librar del laberinto en que me hallaba; ésta podía poner término á mis sufrimientos y á mis dolores. Rompiendo todas las cadenas que me oprimían el alma, podría hallar paz y reposo después de tantos sufrimientos.

¡Oh! ¡cuán ardientemente deseaba este reposo! Aún cuando fuera frío y tenebroso, de todos modos el reposo de la nada era tranquilo y eterno. En mí, todo gritaba: «Dormir, dormir».

Atormentado por mi dolor, ansiaba el reposo eterno; fuese al precio que fuera, lo habría pagado muy gustoso. Y luego, desde esas alturas infinitas, hacia las cuales había pretendido remontarse mi fe de niño, me vino una idea que no pude arrojar de mi mente; una idea que se puede resumir en dos palabras solas: «Pero sí...» Aquel mundo á donde me había llevado mi ineludible destino, era para mí un mundo completamente nuevo.

¡Oh! ¡cuánto sufría! Del otro lado de los árboles llegaban á mis oídos voces joviales, palabras pronunciadas á medias ó ligeramente murmuradas; las flores me rodeaban de perfumes, los pájaros venían á buscar sus nidos en lo alto de los árboles, tarareando todavía su canción vespertina, mientras sobre mi cabeza se extendía serena la inmensa bóveda del cielo que cubrían de púrpura por el lado de poniente los últimos rayos del sol que iba á su ocaso. Toda la naturaleza rebosaba de felicidad en torno mío; yo sólo permanecía en mi abandono, lle-

no de dolor, de un dolor estridente, que roía mi corazón: sólo yo, en medio de tanta plenitud de vida, ansiaba poner término á mi existencia, invocaba á la muerte libertadora.

De pronto me estremecí. Un vestido de mujer crugió cerca de mí. Levanté los ojos, y ví delante de mí á la señorita Lola. Miróme llena de compasión... y tal vez en sus ojos revelaba algo más que una sencilla compasión. Algunos rayos de brillante luz que rompían las sombras vespertinas, venían á caer sobre ella; estaba pálida, y sus largas trenzas venían á caerle sobre sus hombros.

En aquel momento ya no sentí aversión hacia ella.

—Es la única alma que siente algo,—pensé,—y que se interesa por mí; ésta viene á consolarme...

—Señor Enrique, ¿sufrís acaso? Tenéis un aire tan triste...

—¡Ah, sí, señorita!—exclamé oprimido por mi pasión, por mi cruel dolor;—sí, ¡sufro tanto!

Y esto diciendo me apoderé con vehemencia de su mano, la apliqué á mi frente que ardía calenturienta, la cubrí de besos y huí.

—¡Señor Enrique,—exclamó ella á media voz.

En aquel momento aparecieron Selim y Hania en la revuelta de aquel sendero. Habían visto aquel

inopinado y apasionado desahogo mío, y cambiaron una mirada y una sonrisa que significaba: «Ya sabemos muy bien lo que esta escena significa».

Entretanto, había llegado la hora de partir. El camino que Selim tenía que recorrer, nos obligaba á separarnos en la primera encrucijada, más temí que él quería ocompañarnos. Llegados á aquel sitio, salté á caballo y dije en voz alta que era tarde, y que era hora de que cada cual se marchase á su casa.

La señorita Lola, al despedirse de mí, me dió un siugular apretón de manos, más yo no correspondí á él. Luego nos pusimos en marcha. Selim se fué muy contento por su camino; al dar las buenas noches á Hania le besó la mano. Era la vez primera que ella se lo permitía.

Hania, demasiado buena para poder acordarse de la discusión de la mañana dejó de mostrarse indiferente conmigo; y yo por mi parte, me expliqué ese cambio en el peor sentido posible.

La señora de Ives, mecida por el vaivén del coche no tardó en adormecerse. Yo miré á Hania, ésta no dormía; tenía los ojos abiertos, y fijos radiantes de felicidad. Seguía callando, señal inequívoca de que estaba demasiado embebida en sus pensamientos; más cuando estuvimos cerca de casa, dirigió hacia mí sus ojos, y observando que yo estaba pensativo, me preguntó:

—¿En qué pensáis? ¿Pensáis en Lola?

No contesté ni una palabra; apreté convulsivamente los dientes y me dije:

—Lacera, si quieres mi corazón; pero no lograrás arrancarme ni un solo suspiro, ni un gemido.

Ya se comprende que lo único en que Hania no pensaba era en lacerar mi corazón. Me hizo aquella pregunta, porque tenía razón de hacérmela.

Sorprendida de mi silencio, repitió su pregunta. Tampoco contesté. Atribuyó mi silencio á la discusión que antes habíamos tenido, y entonces también ella guardó silencio.

VIII

Algunos días después, los primeros rayos del sol me despertaron temprano, penetrando por las rejas de la ventana.

Inmediatamente después, alguien llamó por la parte de afuera á los portigos, y se dejó ver la cara barbuda del guardabosque que gritó:

—¡Señorito!

—¿Qué hay?

—Los lobos siguen á la loba en el bosque de Posorowo; venid á la caza.

—Voy en seguida.

Me vestí, tomé la escopeta, me armé del cuchillo y salí. El guarda bosques me aguardaba empapado de rocío; llevaba al hombro su enmohecida escopeta de dos cañones, con la cual no erraba jamás el tiro. Era muy temprano todavía; apenas empezaba á clarear, y los hombres no habían empezado su jornada, ni había sido llevado el ganado á pacer. Encima de nuestras cabezas empezó á colorearse

de azul el cielo, y á lo lejos hacia el occidente, veíase todavía gris y obscuro.

El viejo guarda llevaba prisa.

—He enganchado el caballo al carrito y nos haremos conducir hasta al pie de la colina,—dijo.

Subimos al vehículo y partimos. De pronto, por la parte de detrás de la casa, desembocó una liebre del campo de arena y atravesó el camino desde el cual saltó al prado, dejando tras sí una huella obscura sobre el rocío.

—Una gata ha atravesado el camino,—dijo el viejo,—mala señal.

Y luego añadió:

—Ya es tarde, pronto empezará á haber sombra; hasta que el sol se haya adelantado mucho en el cielo, ningún cuerpo hace sombra en la tierra.

—¿Eso quiere decir que las sombras no nos convienen?—le pregunté.

—Cuando las sombras son muy extensas, muy bien; pero cuando son pequeñas es inútil cansarse.

—¿Por dónde empezaremos?—pregunté.

—Por los *Agujeros de los árboles*, en el matorral de Posorowo.

El matorral de Posorowo era una parte agreste del bosque, donde estaban los llamados *Agujeros*, que eran unos fosos que había debajo de las raíces de los árboles derrubiados por el huracán.

—¿Y creéis que dará resultado el reclamo, guarda?

—Yo silbaré como el lobo, y es probable que salga uno.

—O algunos.

—No, eso no.

Nos adelantamos hasta la casita del guarda, donde entregamos el caballo y el carro á su hijo, y proseguimos á pie el camino.

Después de haber andado durante una media hora, cuando el sol estaba ya alto, nos ocultamos en los *Agujeros de los árboles*. En torno nuestro se extendía un matorral bajo é impenetrable, en medio del cual se aparecían dispersos algunos árboles aislados; el agujero donde nos hallábamos era tan profundo, que nos podíamos esconder completamente en él.

—Ahora,—murmuró el guarda,—hay que ponernos espalda contra espalda.

Nos apoyamos el una contra la espalda del otro, de tal suerte que sólo aparecían á la superficie nuestros cabellos y los cañones de nuestras escopetas.

—¡Atención!—repuso el guarda,—voy á empezar el reclamo.

Dicho esto, se metió dos dedos en la boca y soltó un prolongado aullido, imitando el de la loba cuando llama á los lobos.

—¡Atención!—repitió.

Y aplicó el oído al húmedo suelo.

Yo nada oí; más el guarda se enderezó y murmuró á mi oído:

—Responde, pero de muy lejos, á cosa de dos verstas (1) de aquí.

El guarda esperó cerca de un cuarto de hora, y luego volvió á aullar. Hasta nosotros llegó por el matorral un sombrío y siniestro gruñido, que el bos-

(1). La versta equivale á 1,067 metros.

que repitió de árbol en árbol. El guarda aplicó de nuevo al suelo el oído.

—¡Canastos! Todavía está á más de versta y media de distancia.

También yo oí entonces un aullido distante; tan distante de nosotros, que apenas podía percibirse; pero de todos modos, sin el ruido de las hojas, se podía distinguir perfectamente.

—¿De qué lado viene—pregunté.

—Por el vuestro.

El guarda lanzó un tercer aullido que le fué contestado más de cerca. Yo me preparé para hacer fuego, y los dos esperábamos sin atrevernos tan siquiera á respirar. En torno nuestro reinaba un profundo silencio, interrumpido apenas por el ligero ruido que producían las gotas del rocío que un ligero vientecillo hacía desprender de las hojas.

Por el lado opuesto al bosque resonaban cadenciosos los golpes de hacha de un leñador. De pronto, á unos trescientos pasos de distancia de nosotros, empezaron á moverse los enebros, y en medio de un grupo de avellanes, apareció una cabeza gris triangular, con las orejas tiesas y los ojos encendidos.

Yo no podía disparar, porque estaba todavía demasiado lejos; esperé con paciencia, si bien con el corazón palpitante, á que se aproximase un poco más. Poco después salió el lobo de entre los enebros, y dando pequeños saltos se aproximó al agujero del árbol humeando en todas direcciones.

A unos ciento cincuenta pasos de distancia se detuvo y aguzó las orejas, como si no se juzgara completamente seguro. Sabiendo que ya no se aproxi-

maría más, le apunté y disparé. Los ecos repitieron el aullido doloroso de la fiera; entonces salté fuera de mi escondite, seguido del guarda; más el lobo había desaparecido. Examiné detenidamente el sitio de donde había desaparecido de encima la yerba el rocío, y exclamé:

—¡Sangre!

Y en efecto, sobre la yerba se veían rastros de sangre.

—Está ligeramente herido,—dijo el guarda,—pero se va desangrando; hay que seguirle.

Empezámos á buscar, por allá y por acullá encontrábamos yerba pisoteada y extensas manchas de sangre; era de creer que el lobo herido, se detenía de vez en cuando para descansar. Durante dos largas horas seguimos buscando por el matorral; entretanto el sol había ido elevándose en el horizonte. Habíamos andado un buen trecho de camino, sin poder descubrir otra cosa que las huellas, y aún éstas desaparecían á veces por completo. Por último la pista nos condujo á algunas verstas más allá, y por fin fué á perderse en la laguna, cubierta de juncos y de cañas.

Sin perros, no podíamos llevar más adelante nuestra rebusca.

—Por ahora se quedará aquí,—dijo el guarda,—ya lo encontraré mañana.

De consiguiente nos pusimos en camino para regresar á casa. Poco después ya no pensaba ni en el lobo, ni en el guarda, ni en la caza bastante afortunada, absorbida mi imaginación por mis crueles pensamientos.

Mientras nos aproximábamos al bosque saltó

casi á mis pies una liebre. Arrancado tan inopinadamente en mi abstracción, me estremecí, pero no disparé.

—¡Señorito!—exclamó contrariado el guarda,—¿en que diablos pensáis? A un hermano mío que me hubiese pasado así, le habría hecho fuego y le habría dejado seco.

Me sonreí y pasé delante sin decir palabra; entramos por el sendero llamado de las *Tias*, que desembocaba por Corzeli en la carretera, á lo largo de un bosque. Aquí noté en la tierra húmeda las huellas recientes de las patas de un caballo.

—¿De quién son esas huellas, guarda?—le pregunté.

—Me parece que habrá pasado en coche por aquí el señorito de Corzeli, en dirección á la hacienda,—contestó el guarda.

—Entonces, yo me voy también á casa. Adios, guarda.

El guarda me invitó respetuosamente á entrar en su choza, para tomar un refresco. Sabía que se había de ofender si rehusaba, apesar de lo cual no quise ir, si bien añadí en seguida la promesa de que al día siguiente iría á hacerle una visita. Era que yo no quería que Selim y Hania estuvieran demasiado rato á solas. En los cinco días siguientes á nuestra excursión á Ustrya, ni un solo día había dejado de venir Selim á casa. ¡Si ahora se hubiesen hecho una mútua declaración! Asustábame solo el pensarlo, como uno para quien se desvanece el último rayo de esperanza.

Yo temía esta desdicha como una sentencia de muerte irrevocable, cuya ejecución es inevitable, y

que el infeliz condenado á ella trata de diferir á toda costa. Al llegar á casa, hallé al padre Luis en el patio que se encaminaba á visitar las colmenas, se había puesto un saco en la cabeza, y se había atado al rostro la red de un cedago.

—¿Está ahí Selim, padre?—le pregunté.

—Sí,—me contestó,—ha llegado hace cerca de hora y media.

El corazón me palpitaba con violencia.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Ha ido al estanque con Hania y con Evina.

Evina era el nombre de una de mis hermanitas.

Corrí al jardín, á la orilla del estanque donde solían estar atadas las barquillas. Faltaba una de las mayores; pero mis miradas se extendieron inutilmente por el lago, pues no se veía rastro alguno de ella. Entonces sospeché que Selim habría remado en dirección á Erleu, hacia la derecha, y que por eso la barquilla y las personas que en ella iban estuvieran ocultas por los altos juncales, que crecían á lo largo de la orilla. Cogí, pues, un par de remos y salté á un pequeño esquife. Poco después les apercibí.

La barquilla estaba inmóvil en medio del lago; los remos descansaban. En uno de los extremos de la barquilla estaba Evina, vuelta de espaldas á Se-

lim y á Hania: estos dos estaban sentados en el extremo opuesto. Evina se inclinaba hacia el agua y agitaba sus manecitas, completamente entretenida en mirar como se reflejaban en aquel espejo; Selim y Hania estaban sentados, apoyándose casi el uno contra el otro, y parecían enteramente embebidos en su coloquio. Ni la más ligera brisa hacía mover el agua clara y azulada, tanto la barquilla como las personas que dentro de ella estaban, se reflejaban perfectamente en aquella superficie tranquila é inmóvil.

Era un espectáculo delicioso; pero me hizo subir la sangre á la cabeza. Ahora lo comprendía todo, habían llevado consigo á Evina, para salvar las apariencias, y por que aquella niña no les estorbaría, ni podía entender sus expansiones amorosas.

—¡Se acabó!—pensé.

Y los juncos repetían: «¡Se acabó!» y las aguas que se movían en torno de mi esquife, murmuraban también: «¡Se acabó!».

Enturbiáronseme los ojos, y al mismo tiempo me asaltaron estremecimientos de frío y ráfagas de calor; parecióme que debía estar pálido como un cadáver.

—¡Tú te has perdido!—gritaban dentro de mí y en torno mío millares de voces.

Y me parecía como si estas voces se elevaran hacia el cielo.

Después me pareció como que estas mismas voces dijeran:

—Acércate, escondete entre los juncos y sabrás más.

Obedecí á estas voces y me aproximé deslizán-

dome poco á poco y sin hacer ruido. Siempre hallaba demasiado grande la distancia que me separaba de ellos, para poder oír su conversación; pero les veía mejor.

Estaban tranquilamente sentados el uno al lado del otro, sin ni siquiera estar cogidos de la manos Selim estaba medio vuelto hacia Hania y la miraba con ojos suplicantes; más ella, en vez de mirarle á él, dirigía en torno suyo una mirada inquieta. Era indudable que estaba intranquila; era indudable que él la pedía algo, algo que se lo pedía plegando las manos, y tanto debía ser su insistencia, que al fin ella volvió la cabeza hacia él. Entonces sus miradas se encontraron.

Hania se inclinó hacia él, mas de repente se lanzó al lado opuesto de la barquilla, poseída de una especie de temblor, y él, por temor de que ella pudiera caer al agua, cogió una de sus manos.

Observé pue no se la volvía á soltar, ya nada más ví: extendióseme un velo sobre los ojos, escapóseme el remo de la mano y caí al fondo del esquife.

—¡Señor!—murmuré.—¡Piedad! ¡esos matan un alma humana!

Esta era la plañidera voz de mi corazón. Respiraba afanosamente.

—¡Ah! ¡cuán inmensamente la había amado, y cuán inmensamente desdichado era yo!

Yacía en el fondo de mi esquife y trataba frenético de deshacerme de mis ropas; y comprendía tan perfectamente y con tanta amargura mi desvanecimiento, que me consideraba semejante á un atleta encadenado y reducido á la impotencia.

¿Pero qué había podido hacer? Habría podido matarme ó matar á Selim; habría podido lanzarme sobre ellos y arrojarles al agua: pero á ella no podía arrancarle del corazón su amor hacia Selim, ni podía tampoco hacerla mía.

¡Ah! este sentimiento de impotente rabia, este convencimiento de que no había salvación alguna posible, era para mí, en aquel momento, más difícil de soportar que todo lo demás. En otra época, me avergonzaba de llorar, y hasta cuando el dolor me inundaba de lágrimas los ojos, esforzábame en reprimirlas. Mas ahora mi impotente furor se abrió un camino, y allí, en presencia de aquella enamorada pareja, cuyas figuras se estendían sobre mi cabeza, ante los murmuradores juncos que me rodeaban, solo y abandonado á mi dolor y á mi destino, prorrumpí en sollozos.

Yacía boca abajo con las manos cruzadas sobre la nuca, y lloraba copiosamente á impulsos de una angustia inconcebible. Después, quedé medio desvanecido y se apoderó de mí una especie de rigidez general; los miembros se negaban á obedecerme, sentí que empezaban á helárseme las manos y los pies, y que me iba debilitando por momentos. Con el último resto de conciencia de mí mismo que me quedaba todavía, creí que se aproximaba la muerte, trayéndome el reposo eterno; parecíame percibir ya su helado abrazo; y que la acogía sin pestañear.

—Llegó mi fin,—pensé.

Y cayóme sobre el pecho un peso enorme.

Mas no era el fin.

No podía calcular el tiempo que permanecí en el

esquife. Por el azulado cielo pasaban por encima de mi cabeza ligeras nubecillas blancas, y á veces una becada ó una bandada de cornejas lanzando sus tristes gritos. El sol estaba alto y el calor era sofocante; el viento había cesado por completo y los juncos estaban inmóviles y mudos.

Desperté como de un profundo sueño y miré en torno mio. La barquilla que conducía á Hania y á Selim, había desaparecido. La voluptuosa calma y la paz que me rodeaba, lo propio que la trabajosa vida de la naturaleza, formaban un singular contraste con el aturdimiento de que había despertado. Revoloteaban al rededor libélulas azules, que danzaban en torno de las hojas de los nenúfares; pajarritos grises se mecían suavemente, gorjeando, sobre los tallos de los juncos; de vez en cuando se oía el zumbido de alguna abeja extraviada por encima de las aguas del lago; de entre los grupos de cañas del lago, surgía el grito de los ánades silvestres, y uno de ellos conducía al agua sus pequeñuelos. Mas yo no me fijaba en todo eso que se ofrecía á mis miradas, duraba aún la fatiga que se había apoderado de mí.

El día era caluroso, sofocante, y yo sentía un vehementemente dolor de cabeza. Me incliné fuera del esquife para alcanzar un poco de agua, y me humedecí un poco con ella mis abrasados labios. Poco á poco fui recobrando las fuerzas, hasta que pude empuñar de nuevo el remo y volver atrás. Como era tarde ya, indudablemente en casa me estaban aguardando.

Por el camino procuré tranquilizarme.

—Si Selim y Hania se han declarado el amor,—

me dije,—mejor es esto que la incertidumbre: así la desdicha me mirará frente á frente.

Estaba convencido de lo acaecido, y sin embargo aún trataba de combatirlo. ¡Cosa rara! Poco á poco se apoderó de mí este pensamiento y adquirió en mí un cruel atractivo. Pero no tenía aún una certeza suficiente, y por eso decidí interrogar hábilmente á Evina, y sacar de ella todo lo que pudiera.

Llegué á casa á la hora de comer. Saludé con frialdad á Selim y me sentí silenciosamente á la mesa.

Mi padre me mirò y preguntóme:

—¿Qué tienes? ¿te sientes mal?

—No, me siento muy bien; sólo que estoy muy cansado. Me he levantado á las tres.

—¿Para qué?

—He ido con el guarda á cazar el lobo, y he tirado á uno. Me duele un poco la cabeza, probablemente porque ayer también me acosté tarde.

—Mírate en el espejo, mira qué cara tienes.

Hania dejó de comer y me miró más atentamente.

—¿Os ha producido tal vez ese efecto vuestra reciente visita á Ustrya?—me dijo.

La miré fijamente, y le pregunté con tono casi imperioso:

—¿Qué quieres decir con eso?

Hania se turbó y murmuró algunas palabras ininteligibles.

Selim acudió en su auxilio.

—Me parece muy natural la pregunta,—dijo;— los enamorados siempre adelgazan.

Yo miré primero á Hania y después á Selim, y luego á Selim y á Hania, y contesté pausadamente y marcando sílaba por sílaba las palabras:

—Pues ni Hania ni tú habéis adelgazado.

Un sombrío rubor apareció en el semblante del uno y de la otra, sucediéndose un momento de embarazoso silencio. Yo mismo creía haber llevado la cosa demasiado lejos. Afortunadamente mi padre no había comprendido mis palabras, y el padre Luis acogió mis palabras como una de mis acostumbradas pullas.

—Ese pica como una avispa,—exclamó riendo.

Y llevó á la nariz una toma de tabaco, añadiendo:

—¡Qué bien os ha obligado á callar!

¡Dios mío! ¡cuán poca alegría me dió mi triunfo, y cuán de buena gana lo habría cambiado por la derrota de Selim!

Cuando, después de comer, atravesé la sala, eché una ojeada al espejo. Realmente tenía la cara de uno que se hubiese oído leer su sentencia de muerte. Tenía los ojos hundidos y con un círculo negro en torno de ellos y paildas las mejillas; aparecí á mis propios ojos horriblemente feo. Mas eso no tenía importancia alguna.

Busqué á Evina que, junto con sus hermanitas, comía algo más pronto, y estaba á la sazón entregada á sus juegos infantiles en el jardín. La niña estaba sentada en el columpio, tarareaba una canción balanceando sus piernecitas, y sacudía de vez en cuando sus dorados rizos. En cuanto me vió, tendióme sonriendo sus bracitos. Yo la tomé en brazos y me la llevé al fondo del paseo, donde me senté en un banco, la senté á ella sobre mis rodillas y comencé á interrogarla.

—¿Qué has hecho durante el día, Evina?—la pregunté.

—Evina ha ido á dar un paseo con Hania y con su marido,—contestó con orgullo la niña.

Llamaba á Selim su marido.

—¿Has sido buena?

—¡Oh, sí!

—Y bien, las niñas que son buenas, están siempre atentas cuando las personas mayores hablan entre sí, para poder aprender algo. ¿Qué se decían Selim y Hania?

—No me acuerdo.

—Vaya, piénsalo bien, y tal vez te acordarás de algo.

—No me acuerdo,—repitió Evina.

—¡Qué mala eres! Procura acordarte, porque si nó no te voy á querer.

La niña empezó á frotarse un ojo, mientras me miraba con el otro, próximo á saltársele las lágrimas.

Había empezado ya á hacer una mueca con la boca, y parecía disponerse á llorar, cuando repitió con voz vibrante:

—¡No me acuerdo!

¿Qué otra cosa podía decirme la pobrecita? Reconocí que había estado bastante inoportuno con aquella inocente criatura, y no tuve más ganas de seguir atormentándola. La dí un beso en la boquita, la acaricié y la dejé libre, corriendo ella de nuevo hacia el columpio, y quedando yo aun menos enterado que antes.

Por lo demás, estaba firmemente convencido de que Selim y Hania se habían confesado recíprocamente su amor.

Por la noche de aquel mismo día, Selim me dijo:

—Pasaremos toda una semana sin volvernos á ver, porque me marcho.

—¿A dónde?—pregunté con indiferencia.

—Mi padre desea que vaya á Schumwa á ver á mi tío, y que pase allí, á lo menos, una semana.

Ante esta noticia miré á Hania; mos el rostro de ésta no manifestó sorpresa alguna; Selim debía haberle hablado ya de eso.

Alzó, sonriendo, los ojos de la labor, lanzó á Selim una mirada maliciosa, y le preguntó:

—¿Y os marcháis de buen grado?

—Tan de buen grado como consiente un perro que le echen la cadena al cuello,—contestó rápidamente éste.

Pero contúvose de repente, cuando vió que la señora de Ives, á quien no le gustaban semejantes frases, había fruncido las cejas, y añadió más lentamente:

—Dispensadme si me he expresado en estos términos. Le quiero mucho á mi tío... pero estoy me-

Hania

por aquí á vuestro lado, señora de Ives, y aquí estoy de más buena gana que allá.

Y esto diciendo, la miró con ojos tan tiernos, que excitó la general hilaridad.

La señora de Ives, que solía ofenderse con facilidad, pero que le tenía mucha simpatía á Selim, le cogió por una oreja y le dijo buenamente:

—¿No ves, joven, que podría ser tu madre?

Selim la besó la mano, y se hicieron las pases entre los dos. Entre tanto yo pensaba en la diferencia que había entre Selim y yo ¡Ah! si mi amor por Hania hubiese sido correspondido por ésta, no habría podido hacer más que soñar y mirar al cielo; bromas, positivamente no habría podido hacerlas. En cambio éste reía y bromeaba como si tal cosa: estaba alegre y radiante de felicidad.

Cuando se marchó, me dijo:

—Bien podrías subir conmigo al coche.

—Ni por pienso,—contesté.

Selim comprendió perfectamente el frío tono de mi respuesta.

—Te has vuelto muy singular,—dijo.—De algún tiempo á esta parte estás desconocido; pero... ¡habla de una vez! A los enamorados se les dispensa todo.

—Menos cuando se atraviesan en el camino,—repliqué con acento sombrío,

Selim me miró con fijeza; su pupila pareció penetrar como la vibración de un rayo hasta el fondo de mi corazón.

—¿Qué has dicho?

—He dicho sencillamente que no quiero ir contigo en tu coche, y que no todo se puede dispensar.

Si á este cambio de palabras no hubieran estado presentes otras personas, de seguro que Selim habría querido esclarecerlo todo, yo, por mi parte, quería evitar toda ulterior explicación mientras no tuviera en mi poder pruebas irrefutables. Pero me convencí perfectamente de que mis últimas palabras habían inquietado á Selim y turbado á Hania. El tardó un poco más en marcharse, bajo un fútil pretexto, y cuando vió que no se le observaba, murmuró á mi oído:

—Toma el caballo y acompáñame; necesito hablarle.

—Otro día, hoy no me encuentro bien,—le contesté en voz alta.

Selim fué á casa de su tío y permaneció diez días allí. Este tiempo transcurrió muy triste para nosotros en Litwinow. Hania parecía que huía de mí y me miraba con cierta secreta aprensión. Yo no tenía intención alguna de hablar con ella, porque mi orgullo me lo impedía; ella, por el contrario, sabía combinar muy bien las cosas para no encontrarse á solas conmigo. Además parecía que la ausencia de Selim la hacía languidecer; adelgazaba y ponía un semblante muy feo, de modo que yo, que lo observaba todo, tuve que confesarme temblando que lo que ella sentía no era un capricho pasajero, sino, por desdicha mía, una pasión profunda y sincera.

Mi padre, el padre Luis y la señora de Ives me preguntaban inútilmente qué tenía yo y si estaba enfermo; yo les contestaba negativamente, y su insistencia no hacía otra cosa que ponerme cada vez más de malhumor. Pasaba todo el día paseando á caballo por el bosque, ó recorriendo el estanque en

una barquilla. Una vez pasé toda la noche en el bosque con mi perro y mi escopeta, junto á una pequeña hoguera que yo mismo había encendido. A veces pasaba largas horas en compañía de un pastor que era un médico empírico, medio asalvajado con su soledad. Recogía toda clase de yerbas, probaba sus virtudes salutíferas, y me iniciaba en los milagros de sus filtros. Habrá quien se resista á creerlo; pero es verdad que hubo momentos en que eché de menos á Selim y los martirios de mi alma.

Un día me propuse visitar al viejo Mirsa, en Corzeli. Fuí allá, y él me recibió con los brazos abiertos, lisonjeándole el que hubiese ido yo á verle, estando Selim ausente; pero la verdad era que llevaba mi idea especial, muy distinta de lo que él se figuraba. Se me había ocurrido el deseo de volver á ver el retrato de aquel viejo Mirsa, el aspecto terrible de aquel coronel de la guardia de los tiempos de Sobieski. Esta vez cuando le miraba con sus ojos atravesados, pensaba en los retratos de mis ascendientes, colgados en las paredes del salón de mi casa, cuyas facciones imponían por su severidad, y que, además, denotaban tanta fuerza de voluntad.

Bajo la influencia de estas impresiones y otras parecidas, abismábame en una meditación especialísima. La soledad y el silencio de la naturaleza que me rodeaba, habrían debido contribuir indudablemente á apaciguarme, mas era como si me hubiese lanzado en medio de ella, llevando en el pecho el dardo envenenado. Había momentos en que me abandonaba enteramente á mis sueños, cosa que no hacía más que empeorar mi estado. Tendido en algún rincón solitario del bosque, sobre el musgo de

la floresta ó en el fondo del esquife entre los juncos, imaginábame estar tendido á los pies de Hania, en su propio cuarto, besándole las manos y las ropas y estar ella llamándome con los nombres más dulces, apoyando sus adoradas manos en mi frente y diciéndome: «Ya has sufrido bastante. Olvidemos el pasado; no ha sido más que una pesadilla. ¡Enrique, te amo!» Mas luego volvía en mí y veía tan sólo la realidad, cada vez más triste, y todo el porvenir parecíame irse poniendo tan pesado como un día de calor intenso. ¡Triste de mí, que debía vivir sin ella hasta el fin de mis días, y me parecía una cosa horrible é insoportable! Poníame cada día más reservado. Evitaba la compañía de mi padre, del padre Luis y de la señora de Ives. Mi hermano Casimiro, con la locuacidad propia de los muchachos, con su curiosidad, con sus eternas carcajadas y con sus escapatorias cotidianas, se me hacía verdaderamente insoportable.

Y sin embargo, todos trataban de consolarme, y sufrían en secreto por mi estado, que no se sabían explicar. Hania, que ni por asomo podía adivinar la causa verdadera de mi transformación, y tenía plausibles motivos para creer que yo amaba á Lola Ustrycki, hacía todo lo posible para consolarme. A pesar de eso, yo seguía mostrándome tan desabrido con ella, que cuando me hablaba lo hacía siempre con cierto recelo.

Mi padre, que de costumbre era tan rígido y no tenía consideraciones á nadie, se esforzaba en distraerme y llamar mi atención sobre cualquier cosa y á ver si lograba al mismo tiempo averiguar la causa de mi malestar.

Con frecuencia entablaba conversaciones que, á su modo de ver, deberían haberme interesado. Cierta tarde, bajó conmigo al patio; y mirándome fijamente en la cara, me dijo:

—¿No has notado alguna vez que Selim se ocupa de Hania más de lo necesario? Te lo quería preguntar ya antes, ..

Teniendo en cuenta nuestras relaciones debía suponer que me vería en el compromiso de cantar de plano; pero no dejé escapar ni el más mínimo movimiento que pudiera dar á conocer la impresión que sus palabras me produjeron, y contesté tranquilamente:

—¡Ah, no, no lo creo!...

Me desagradó que mi padre se inmiscuyera en este asunto, en el cual, á mi modo de ver, únicamente yo debía ocuparme y resolver, puesto que se trataba exclusivamente de mí.

—¿Estás seguro?—me preguntó mi padre.

—Puedo asegurarte que el objeto del amor de Selim está en Varsovia; es una colegiala.

—Como que tú eres el tutor de Hania, tienes que vigilarla algo.

No me fué difícil observar que mi padre se expresaba así para excitar mi amor propio, para despertar en mí un interés cualquiera, y librarme de los tristes pensamientos que me oprimían, y casi despechado contesté con acento grave é indiferente:

—¿Cómo podría ser yo su tutor? Como tú estas ausente, el viejo Nicolás me la encomendó á mí; pero en realidad no soy yo su tutor.

Mi padre frunció las cejas y, viendo que por este camino nada conseguía, probó otro.

Sonrióse, me cogió por una oreja y, entre formal y chancero, me preguntó:

—Vamos á ver; dime, ¿sería que Hania te ha trastornado los sesos? Habla, hijo mío: ¿es eso?

—¿Hania..... á mí? Ni por asomo. ¡Tendría que ver!

Mentía descaradamente, pero me salió mejor de lo que pudiera haberme imaginado.

—Entonces será Lola Ustrycha, ¿eh?

—Lola Ustrycha es una coqueta.

Mi padre empezó á impacientarse.

—Pues, en definitiva, ¿qué tienes? ¿A qué andas dando vueltas por ahí con ese aire taciturno, como un recluta cuando se le ha dado por vez primera la consigna, si no estás enamorado?

—No lo sé, no tengo nada.

Estos interrogatorios que no me escaseaban ni mi padre, ni la señora de Ives ni el padre Luis, me atormentaban y me hacían cada vez más intratable. Mi trato con todos los de casa había llegado á hacerse en extremo desagradable: me había vuelto irascible, impetuoso, y me ponía hecho una fiera por una tontería cualquiera.

El sacerdote, que había creído descubrir en eso los rasgos de un carácter despótico, que iba madurándose con los años, miraba sonriendo á mi padre y decía:

—Enfermedad de familia.

A pesar de esto, también él perdía á veces la paciencia.

Con frecuencia se producían entre mi padre yo

escenas desagradables. Una vez, estando en la mesa, como se hubiese salido á hablar de aristocracia y democracia, y hubiese llevado yo mi franqueza hasta el punto de declarar que habría preferido mil veces no pertenecer á la nobleza, mi padre me mandó que saliera del comedor. Esto hizo llorar á las mujeres, y durante dos días estuvimos todos de un humor detestable. A decir la verdad, en aquella época, ya no era ni democrático ni aristocrático, sino un enamorado impenitente, y de consiguiente un infeliz. Los principios, las teorías y las ideas sociales, no me producían impresión alguna, y cuando defendía las unas y combatía las otras, únicamente lo hacía por una irascibilidad y un despecho que yo mismo no acertaba á explicarme.

Y otro tanto hacía con el padre Luis, engolfándose con él en discusiones sobre religión, que las más de las veces acababan por volvernos el uno la espalda al otro, y separarnos enfadados.

En una palabra, no solamente me atormentaba á mí mismo, sino que además amargaba la vida de aquellos con quienes vivía; y apenas volvió Selim, pareció que á cada uno de nosotros se le quitaba de encima un peso enorme. Cuando vino á casa yo no estaba: llegué tarde á casa, de regreso de un largo paseo á caballo que había dado sin objeto alguno fijo. Crucé á caballo el patio, donde el mozo de cuadra, al encargarse del caballo, me dijo que había llegado el señorito de Corzeli. En aquel preciso instante corrió mi hermano á decirme lo mismo.

—Ya lo sé,—respondí:—¿dónde está Selim?

—Creo que está en el jardín con Hania

—Iré á buscarlo.

Nos encaminamos juntos al jardín: Casimiro se adelantó corriendo y yo le seguí despacio. Precisamente no quería apresurarme á saludar á Selim.

Aún no había dado cincuenta pasos, cuando al doblar un sendero vi retroceder á mi hermano..

Casimiro que era un burlón de primera fuerza, empezó desde lejos á hacer muecas y gesticular como un mono; y además tenía el rostro colorado y se tapaba la boca con la mano para reprimir una carcajada. Cuando hubo llegado cerca de mí, me dijo en voz baja:

—¡Enrique! ¡Enrique!.. ¡Oh! ¡oh!... ¡Psit, psit!

—¿Qué tienes?—le pregunté con enojo.

—Ven á ver á Selim debajo de la glorieta de los lúpulos, arrodillado á los pies de Hania:

Le agarré con tal fuerza por los hombros con ambas manos, que mis dedos se le hundieron en la carne.

—¡Silencio!—le dije,—quédate aquí, no resuelles: ¿entiendes? ¡Quédate aquí!... Yo voy allá, pero ni una palabra. Si aprecias en algo la vida, no se lo digas á nadie.

Casimiro que solía tomarlo todo á broma, se asustó de veras al ver la palidez que invadió mi semblante, y quedó inmóvil en su sitio con la boca abierta, mientras yo me lanzaba como un loco en dirección al emparrado de los lúpulos.

Me deslicé con la rapidez de una culebra por entre el cesped que rodeaba la glorieta y llegué junto al sitio indicado. Las paredes del emparrado estaban formadas por sutiles duelas entrelazadas de tal manera, que yo podía verlo y oirlo todo. En aquel momento el papel de espía no me pareció grosero.

Separé cautelosamente las hojas unas de otras, y apliqué el oído á la pared.

—Aquí cerca hay alguien,—murmuró Hania.

—No,—contestó Selim,—son las hojas agitadas por el viento.

Por entre el follaje lancé una mirada al interior del emparrado. Selim no estaba ya de rodillas al pie de Hania: estaba sentado en el banco junto á ella. Hania estaba pálida, tenía entornados los ojos y se apoyaba en el brazo de él. El la tenía abrazada y la estrechaba contra su pecho lleno de amor y de pasión.

—¡Te amo, Hania, te amo!—repetía apasionadamente, mientras sus labios buscaban los de la joven.

Ella opuso alguna resistencia, como si quisiera librarse de recibir un beso, más al fin sus labios se encontraron, y permanecieron unidos largo rato... ¡Oh, me pareció una eternidad! Hubiérase creído que todo lo que tenían que decirse se lo comunicaban con aquellos besos, porque un sentimiento de pudor les cerraba la boca. Tenían valor suficiente para besarse, y no lo tenían para hablar.

En medio del silencio que reinaba á nuestro alrededor, yo oía la afanosa respiración de entrambos. Me agarré con las manos á los puntales del emparrado, temiendo que á impulsos de mi convulso apretón se hicieran pedazos.

Sentí un vértigo, parecióme que se hundía el suelo bajo mis pies y se nublaron los ojos: más el deseo de oír lo que decían me ayudó á dominar mi flaqueza; mis abrasados labios aspiraban el fresco ambiente, y conseguí apoyar mi abrasada frente

contra las dudas, y escuchar la respiración de entrambos.

Durante unos momentos quedó todo en silencio, y luego Hania murmuró:

—¡Basta, basta! No puedo miraros más. ¡Vámonos, vámonos de aquí!

Desvió la cabeza hacia el lado opuesto y trató de desprenderse de sus brazos.

—¡Oh, Hania, cuán dichoso soy!—exclamó Selim.

—Vámonos... nos podrían sorprender.

Selim se puso en pie, con los ojos echando fuego y con las narices dilatadas.

—Que venga todo el mundo,—contestó.—Te amo y lo diré á la faz del mundo entero. Ni yo mismo sé cómo ha sido esto: he luchado largo tiempo conmigo mismo, porque creía que Enrique te amaba y que le correspondías, más ahora nada se opone á mi dicha... Tú me amas... Trátase, pues, de tu felicidad... ¡Oh, Hania, Hania mía!

Oí otro beso, y luego Hania, con voz tierna y apenas perceptible, murmuró:

—Lo creo, lo creo, señor Selim. Más oíd, tengo algo que deciros. Me quieren enviar al extranjero, al lado de la señora. Ayer la señora de Ives habló de esto con el señor. La señora de Ives cree que yo soy la causa del lastimoso estado del señorito; creen que me ama. Yo no sé si realmente es así, pero á veces hasta á mí me lo parece. Le tengo miedo, me dice el corazón que él se atravesará en nuestro camino, que nos separará, y yo...

Y terminó la frase, murmurando con voz todavía más difícil de percibir:

—...Y yo, sin embargo, te amo tanto, tanto...

—Oye, Hania,—contestó él,—no existe fuerza humana que nos pueda separar. Si Enrique me prohíbe venir aquí, te escribiré; yo encontraré alguien que te entregue mis cartas. Además, yo mismo puedo venir en carruaje al otro lado del lago y bajar de noche, á obscuras, al jardín. ¡Más tú no partirás! Si quisieran mandarte al extranjero, yo te juro como hay un Dios en el cielo, que no lo permitiré. No hables de eso, Hania, porque me pongo furioso. ¡Ay, amor mío, amor mío!

Esto diciendo, se apoderó de sus manos y se las llevó á los labios.

De pronto exclamó asustado:

—Oigo voces: alguien viene.

Nada se oía en realidad, más ellos salieron del emparrado. Los rayos del sol poniente, dejaron caer su dorada luz sobre ellos; más á mí aquella luz me pareció tener color de sangre. Regresé pausadamente á casa, y al doblar un sendero, hallé á Casimiro que me había esperado.

—Han salido,—me dijo á media voz,—yo los he visto. Ahora dime qué es lo que tengo que hacer.

—Tírale un escopetazo y mátale,—contesté con ferocidad.

Casimiro se puso encarnado como una amapola, y de sus ojos se desprendió una luz fosforescente.

—Está bien,—contestó.

—¡Detente, no hagas locuras! No hagas nada. No te metes en este asunto, y júrame que guardarás silencio. ¡Déjame hacer á mí! Si tengo necesidad de tí te lo diré; pero á nadie le digas una palabra.

—No hablaré, te lo juro, ni que me maten.

Después proseguimos el camino juntos. Casimiro

estaba profundamente impresionado por la gravedad de caso, y le pareció terrible; su corazón, ávido de aventuras, saltaba de alegría, y sus ojos despedían centellas.

—Enrique,—me dijo en voz muy baja, á pesar de que nadie nos podía oír:—¿te batirás con Selim?

—Aún no lo sé, tal vez sí.

De pronto Casimiro se detuvo y me echó los brazos al cuello.

—¡Enrique!—exclamó,—¡mi querido Enrique, nuestro único Enrique! Si quieres batirte con él, cédeme tu puesto. Le despacharé deprisa, muy deprisa. ¡Permítemelo!

El podía soñar en heroicidades, como las sueñan los muchachos, pero yo comprendía que era un hermano digno de mí, y le abracé como jamás antes lo había hecho, estrechándole contra mi pecho y diciéndole:

—No lo sé aún, mi querido Casimiro; pero yo en ningún caso podría aceptar tu proposición. Todavía no sé lo que pasará. De todos modos, hazme ensillar un caballo ahora mismo: iré á su alcance, le detendré y le pediré una explicación. Entretanto tú vigílales, pero haz de que no se aperciban de que sabes algo. Ahora, vete, hazme ensillar un caballo, anda.

—¿Llevarás armas?

—No, Casimiro; él no las lleva: quiero unicamente tener una explicación con él. Puedes estar tranquilo; anda á hacerme ensillar un caballo.

Corrió á cumplir mi encargo, y yo volví lentamente á casa. Parecíame como si me hubiesen dado

un hachazo en la cabeza. En realidad, podía decir que no sabía lo que me hacía, ni lo que quería hacer. De buena gana me habría puesto á gritar. Antes de tener la certidumbre de haber perdido el corazón de Hania, había envidiado esta certidumbre, y había creído que de una manera ó de otra, habría caído al fin, el peso que me oprimía el corazón.

En cambio la fatalidad había querido que yo apurase hasta la última gota el cáliz del dolor, y fijaba en mi rostro su mirada dura, fría é inexorable, y despertaba en mi corazón una nueva duda, que era cien veces peor que la certidumbre de mi destino: la duda en mi valor, el sentimiento de mi impotencia, la incapacidad de oponerme y de resistir á mi suerte.

Mi corazón rebosaba de cólera y de amargura. Había enmudecido en mí la voz que un día me había exhortado á la abnegación que me había dicho: «Renuncia á Hania para su felicidad: sacrificate.» Ahora esta voz callaba enteramente. El ángel de la tristeza secreta, el ángel de la resignación, el ángel de la compasión, me había abandonado, y se había ido lejos, muy lejos. Era parecido á un insecto que uno cree haber aplastado, pero olvidándose de su agujón.

Hasta ahora el destino me había respetado como respeta el lobo al perro; más ahora, al verme oprimido, apretaba los dientes como el lobo.

Una fuerza nueva, la de la venganza, habíase despertado en mi corazón. Empezabo á sentir algo contra Selim y Hania, algo parecido al odio: «Si yo pierdo la vida,—me decía,—pierdo con ella la última cosa que me resta perder, pero sabré impedir

la felicidad de ellos.» Me aferraba á este pensamiento como el que está próximo á morir y se aferra al último vislumbre de esperanza. Sentía que mi porvenir se hundía bajo mis pies, y respiraba con más desahogo de lo que desde largo tiempo lo había hecho.

Mis pensamientos, dispersos en todas direcciones, iban volviendo paulatinamente á su centro y se compendian en un solo pensamiento y en un solo sentimiento con toda la facilidad de la fuerza, en el odio á Selim y á Hania.

Llegado á casa, había recobrado mi sangre fría, y estaba casi tranquilo. En la sala encontré sentados á la señora de Ives, al padre Luis, á Hania, á Selim, y á Casimiro, que había vuelto de la cuadra y se había colocado junto á los dos amantes.

—¿Está preparado mi caballo?—le pregunté á Casimiro.

—Hay uno,—contestó mi hermano.

—¿Me acompañas?—agregó Selim.

—¿Por qué no? Voy á dar un paseo á caballo hasta Otogowo, para ver qué tal está aquello. Casimiro, cédeme tu sitio.

Y me senté al lado de Selim y Hania, en un sofá que estaba colocado debajo de la ventana.

Involuntariamente me acordé de que, poco tiempo antes, inmediatamente después de la muerte del viejo Nicolás, nos habíamos sentado en aquel mismo sitio, y que Selim nos había contado la historia del sultán y de la hada Lala. Entonces, la pequeña Hania, después de haber llorado tanto, había apoyado su rubia cabeza sobre mi pecho y se había

Hania

dormido. Ahora, aquella misma Hania se aprovechaba de la semiobscuridad del crepúsculo que invadía la sala para estrechar furtivamente la mano de Selim.

Entonces los tres estábamos intimamente unidos por el vínculo de la amistad; hoy ó mañana, el amor y el odio tenían que sostener una fiera lucha entre sí. Aparentemente todo estaba tranquilo y sossegado; los amantes se sonreían uno á otro; yo estaba más sereno de lo acostumbrado, y nadie presumía la índole de mi serenidad.

Poco después, la señora de Ives rogó á Selim que tocara algo: él se levantó, fué á sentarse al piano, y empezó á tocar una mazurka de Chopin. Yo y Hania habíamos quedado solos en el sofá. Ví que ella no apartaba los ojos de Selim, y que en alas de la música se había dejado transportar al mundo de los ensueños, y resolví distraerla.

—¿No es verdad, Hania,—dije,—que es casi increíble que Selim tenga tanto talento? Toca y canta admirablemente.

—¡Oh, sí!—respondió ella.

—¡Y qué guapo es! ¡Mirale qué hermoso está en este momento!

Hania siguió la dirección de mi mirada. Selim estaba sentado en la penumbra, sólo que las moléculas rojas del ocaso, derramaba sus últimos resplandores sobre su cabeza, y sus ojos, mirando á lo alto, ardían de entusiasmo.

—¡Qué hermoso está! ¿verdad, Hania?—respondí.

—¿Le tenéis mucho cariño?

—Esto á él le tendrá muy sin cuidado; pero las

mujeres... las mujeres sí que le quieren. ¡Ah! ¡cuánto le ha querido la pobre Josefina!

En la nublada frente de Hania se acentuó cierta inquietud.

—¿Y él?—preguntó tímidamente ésta.

—¿El?... ¡Bah! él hoy quiere á ésta, mañana á otra... A una sola, no la puede amar por mucho tiempo... no está en su naturaleza. Si algún día te llegara á decir que te ama, no lo creas.

Y recalcando las palabras, añadió:

—Para él es cuestión de tus besos, no de tu corazón.

—¡Señor Enrique!

—Es así. Pero en fin, eso á tí te debe de tener sin cuidado. Eres tan tímida, que serías incapaz de besar á un hombre, á un estraño. Perdóname, Hania; hasta la simple suposición de un acto semejante te debe ofender. Una cosa semejante, tú no te la permitirías jamás. ¿Verdad qué no, Hania? ¡Jamás!

Hania se puso en pie, é hizo ademán de alejarse; yo la cogí por una mano y la hice retroceder. Me esforcé en conservar mi aparente calma, pero la cólera me oprimía la garganta. Comprendí que ya no era dueño de mí mismo.

—Responde,—la dije con mal disimulada rabia.

—Si no respondes, no te suelto.

—¿Qué queréis? ¿qué decís?

—Digo sencillamente... te digo...—balbuceé apretando los dientes,—te digo que eres una sinvergüenza.

Hania se dejó caer en el sofá, abatida y pálida como un cadáver. Pero á mí me había abandonado la compasión que aquella desdichada podía produ-

cirme; me apoderé de su mano, estreché juntos sus delicados dedos, y continué:

—Escucha, yo he estado á tus pies, yo te he amado más que todo lo del mundo.

—¡Soltadme!

—¡Calla! Lo he visto y lo he oído todo. Eres una sinvergüenza, una sinvergüenza como él.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!

—¡Sí, eres una sinvergüenza! Yo no he osado tocar la orla de tu vestido, y él ha besado tus labios, y tú misma se los has ofrecido. Hania, ¡te desprecio y te aborrezco.

Ahogóseme la voz en la garganta, estaba jadeante, me faltaba la respiración.

—¡Pero os separaré!...—proseguí después de una breve pausa;—os separaré, aún cuando debiera arrancaros la vida para ello... aún cuando debiera mataros á él y á tí, y matarme hasta á mí mismo. El te ama y quizás no te abandonará, mas yo os separaré...:

—¿Pero de qué estáis hablando con tanta viveza?—preguntó la señora de Ives, que estaba sentada al extremo opuesto de la espaciosa sala.

De momento ocurrióseme la idea de explicarlo todo; pero me dominé á tiempo y procuré contestar con voz sosegada, si bien con cierta perplejidad.

—Estábamos disputando ésta y yo sobre cuál de las dos glorietas que hay en el jardín es la más bonita, si es la de las rosas ó la de los lúpulos.

Selim dejó de tocar de repente, hizo como que meditaba, y luego dijo con la mayor sangre fría:

—Para mí es más bonita la glorieta de los lúpulos,

—No tienes mal gusto,—contesté yo;—pero Hania no opina como tú.

—¿De veras, señorita Hania?—preguntó mi amigo.

—Sí,—balbuceó con tristeza la joven.

Comprendí que no podría sostener por más tiempo una conversación semejante. Veía centellear alrededor de mis ojos unos círculos rojos. Me puse en pie, salí de la sala y, atravesando varias estancias penetré en el corredor, cogí un jarro de agua que había encima de la mesa y me rocié la cabeza. No sabía lo que me hacía. Hice trizas contra el pavimento la botella vacía que se hizo mil pedazos, y luego bajé al patio.

El caballo de Selim y el mío estaban ensillados y nos esperaban junto á la puerta. Fuí á mi cuarto á enjugarme la cabeza, y volví á la sala, donde encontré á Selim y al padre Luís solos y extraordinariamente consternados.

—¿Qué ha pasado?—pregunté.

—Hania no se encuentra bien. Apenas has salido tú, se ha puesto á sollozar y se ha desmayado. La señora de Ives la ha llevado á su cuarto.

No dije una palabra; mas corrí á la habitación de la francesa.

En efecto, Hania había prorrumpido en copioso llanto y se había desmayado; mas cuando yo llegué, el acceso le había pasado ya. Apenas la ví, ovidé todo cuanto me rodeaba, caí de rodillas junto al lecho en el cual ella estaba tendida y, sin hacer caso de la presencia de la señora de Ives, exclamé:

—¡Hania, adorada Hania! ¿qué tienes?

—Nada, absolutamente nada;—contestó ella con

voz débil y una lánguida tentativa de sonreír.—
No tengo nada, absolutamente nada.

Permanecí un cuarto de hora á la cabecera de su cama, luego la besé la mano y volví á donde estaban los demás. No era verdad que yo la odiara. No, la amaba más que nunca.

Mas apenas ví á Selim, asaltóme un vivo deseo de estrangularle. A él sí que le odiaba con toda la fuerza de mi alma.

El padre Luís y Selim me salieron rápidamente al encuentro.

—Y bien, ¿cómo sigue?

—No hay novedad; ya está restablecida.

Luego me volví hacia Selim, y le dije:

—Tú vete á tu casa: mañana nos encontraremos en las colinas limítrofes, á orillas del bosque. Es inútil que vuelvas á poner los pies en esta casa; nuestras relaciones deben cesar para siempre.

A Selim se le subió la sangre á la cabeza.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—Te lo explicaré mañana. Hoy no quiero... ¿sabes?... Te digo que no quiero... Con que, hasta mañana, á las seis.

Dicho esto, volví á reunirme con la señora de Ives. Selim me siguió dos ó tres pasos y se detuvo en el umbral de la puerta: algunos minutos después le ví, desde la ventana, que se alejaba á caballo hacia su casa.

Durante casi una hora estuve sentado en la pieza contigua al cuarto de Hania. No podía entrar á verla, porque, cansada de llorar, se había dormido. La señora de Ives, en compañía del padre Luís, había ido á ver á mi padre, para consultarle sobre lo

que se tenía que hacer, y de consiguiente, permanecí solo hasta la hora del té.

Cuando tomamos éste noté que mi padre, el reverendo y la señora de Ives, ponían la cara seria, y no puedo negar que me sentí poseído de una grave inquietud. ¿Habrían, acaso, adivinado algo? Esta sospecha mía nada tenía de inverosímil, porque lo que pasaba entre nosotros, los jóvenes, era la cosa más natural del mundo.

—Hoy he recibido una carta de tu madre,—me dijo mi padre.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien. Quiere volver porque está inquieta por la marcha de la casa. Yo, sin embargo, no pienso permitirselo; á lo menos tiene que permanecer allí otros dos meses.

—¿Y de qué está inquieta mi madre?

—Tú sabes que aquí, en el pueblo, hay algunos casos de viruela, y yo cometí la imprudencia de escribirselo.

A decir verdad, yo nada sabía de esos casos de viruela. Tal vez había oído hablar de ello, pero la noticia me debía haber entrado por una oreja y salido por la otra.

—¿No vas tú á ver á mi madre?—le pregunté.

—Por ahora no puede ser: más tarde, ya hablaremos.

—Hace ya un año que la buena señora se halla en el extranjero,—observó el padre Luís.

—Su salud lo exigía. En el invierno próximo la tendremos aquí. Me escribe que se encuentra bien, y que lo único que tiene es un vivo deseo de volver.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

vernos á ver, cosa que la tiene muy preocupada...
—contestó mi padre.

Volviéndose luego á mí, continuó:

—Después del té, ven á mi cuarto, porque tengo que hablarte.

—Está bien, padre.

Me levanté y fui á ver á Hania, junto con los demás. Se encontraba bien y hasta quería levantarse; pero mi padre no se lo permitió. A eso de las diez llegó un coche: era el doctor Estanislao, que hasta el mediodía había estado visitando las chozas de los aldeanos circunvecinos. Después de haber visitado á Hania, manifestó que no estaba poco ni mucho enferma, pero que tenía necesidad de distracción. La prohibió que estudiara y la recomendó que se divirtiera y estuviera alegre.

Mi padre le consultó sobre mis hermanitas, preguntándole si, mientras durase la epidemia, las debía guardar en casa ó las tenía que llevar á fuera. El doctor le tranquilizó diciendo que no había peligro alguno, y además escribió á mi madre, diciéndole que podía estar tranquila.

Luego se fué á descansar porque estaba muy cansado, y apenas se podía tener en pie. Le acompañé con una luz hasta la habitación donde tenía que dormir.

También yo tenía muchas ganas de acostarme, porque los sucesos del día me habían cansado mucho, cuando entró Francisco y me dijo:

—Su excelencia el señor desea ver al señorito.

Pasé inmediatamente á la habitación de mi padre, donde encontré aún al padre Luís y á la señora de Ives. Palpitábame el corazón, como al acusa-

do que debe presentarse ante sus jueces, porque estaba convencido de que se me interrogaría á propósito de Hania.

Pero mi padre empezó á hablar de otra cosa. Me dijo que había decidido enviar á mis hermanitas, con la señora de Ives, á casa de mi tío á Koytphan, para tranquilizar á mi madre. En tal caso, Hania tendría que quedarse sola en casa, cosa que mi padre no quería absolutamente.

Llegado á este punto me dijo que sabía muy bien que entre nosotros, los jóvenes, habían pasado cosas en que no se quería meter, mas que no por eso dejaba de desaprobarme; sin embargo, esperaba que la próxima partida de Hania pondría fin á todo incidente. A tales palabras, todos me miraron, y se sorprendieron de que yo, en vez de oponerme á dejar partir á Hania, aceptaba muy gustoso esta proposición. Yo había calculado desde luego que Hania, alejándose, rompería todas sus relaciones con Selim. Y luego ardía en mi corazón un resto de esperanza, de poder acompañar yo mismo á Hania á casa de mi madre, porque mi padre, como estaba próxima la recolección, no se podía marchar, y porque el padre Luís no iría al extranjero. Mas esta esperanza se desvaneció en seguida como un fuego fatuo, porque mi padre añadió que la señora Ustrycka, que á la sazón tenía que ir á los baños, se había manifestado dispuesta á llevar consigo á Hania, y conducirla al lado de mi madre.

Dentro de dos días Hania debía estar ya de viaje. Esto, á decir verdad, me puso muy apesadumado, pero de todos modos, preferí que partiera sin mí, á

que se quedara entre nosotros. Preciso es, empero, confesar que al pensar en lo que haría Selim, y en la manera como acogería la noticia que yo me proponía comunicarle, rebosaba mi corazón de una alegría terrible.

X

A las seis en punto de la mañana siguiente, llegué á las colinas limítrofes donde Selim me estaba aguardando ya. Tenía el propósito de permanecer grave y tranquilo durante nuestra entrevista.

—¿Qué me tienes que decir?—preguntó Selim.

—Tengo que decirte que sé que amas á Hania y que ella te ama á tí. Tú has obrado como un infame al atraer á tus redes el corazón de aquella niña. Esto es lo que, ante todo, te quería decir.

Selim palideció. En su interior hervía la cólera.

—¿Cómo un infame? Pesa mejor tus palabras. ¿Por qué?

—Aún cuando no fuera por otra razón; porque tú eres musulmán y no te puedes casar con una cristiana.

—Cambiaré de religión.

—Tu padre no lo consentirá jamás.

—O lo consentirá, ó sino...

—Además tendrías que superar otros obstáculos

mayores. Aún cuando abjuraras, ni mi padre ni yo te cederemos jamás á Hania. ¿Lo has entendido? ¡Jamás!

Selim se inclinó hacia mí desde su silla, y contestó acentuando sus palabras:

—Y yo ni siquiera os la pediré. Ahora también yo mando algo: ¿lo has entendido?

Me reprimí, porque quería guardar para el fin la noticia de la partida de Hania.

—No solamente no será tuya,—contesté yo, acentuando igualmente mis palabras,—sino que ni la volverás á ver jamás. Sé que la quieres escribir, pero ten entendido que ejerceré una escrupulosa vigilancia y haré apalea al primer mensajero que caiga en mis manos. Y tú, tú no volverás jamás á nuestra casa; te lo prohibo.

—¡Lo veremos!—gritó Selim lívido de coraje.—Y ahora permíteme hablar á mí. No soy yo, sino tú quien ha obrado como un villano: y estoy aquí para demostrártelo. Te pregunté si la amabas; me respondiste que no. Quise retirarme cuando todavía era tiempo, mas tú no aceptaste mi sacrificio. ¿Quién es pues, el culpable? Mentiste al decirme que no la amabas. Por amor propio, por egoísmo, por orgullo, te avergonzaste de confesar tu amor. Tú has amado en secreto, yo á las claras, ¿no es así? Tú has amargado su existencia, yo he procurado endulzársela. ¿Quién es el culpable? Pongo á Dios por testigo de que me habría retirado. Hoy es demasiado tarde, porque ella me ama. Fíjate bien en lo que te digo: vosotros podéis arrojarme de vuestra casa y secuestrar mis cartas, pero te juro que á Hania no la abandonaré jamás, que no renun-

ciaré jamás á ella. La amaré eternamente, y sabré encontrarla en todas partes. Yo obraré como hombre honrado y leal, porque la amo más que todo lo que existe en el mundo, y porque este amor es mi vida; sin él dejaría de existir. No quiero llevar la desventura á vuestra casa, no; mas no te olvides de que alienta en mí algo que á mí mismo me da miedo, y que soy capaz de todo. ¡Oh! si hicieras la ofensa más insignificante á Hania...

Todas estas frases brotaban breves é incisivas de sus labios, á la vez que apretadas y convulsas. El amor se había apoderado de él, de su ardiente alma oriental, y ardía como la llama de un volcán. Mas yo no hice caso de ello y respondí con tono seco y frío:

—No he venido aquí para oír tus confesiones. Me río de tus amenazas, y te repito una vez más que Hania no será tuya jamás.

—Escúchame,—dijo Selim,—no quiero intentar explicarte lo mucho que la quiero: ni yo te lo podría describir, ni tú lo podrías comprender. Pero te puedo jurar que yo, á pesar de lo inmenso de mi amor, tendría la magnanimidad suficiente para renunciar para siempre á Hania si ella te amase; ante todo, Enrique, tenemos que pensar en ella. Tú siempre has sido generoso: imítame, renuncia á ella y después exige de mí todo lo que quieras, hasta mi vida. Dame la mano, Enrique, piensa en Hania.

Inclinóse hacia mí con los brazos abiertos; mas yo hice retroceder mi caballo.

—Este cuidado déjanoslo á mi padre y á mí,—dije.—También nosotros pensamos en su bien, y yo tengo el honor de participarte que pasado mañana

Hania sale para el extranjero y no la volverás á ver jamás... Y ahora, adiós.

—¡Oh! siendo así, ya lo veremos.

—Sí, lo veremos,—repetí, haciendo dar una vuelta al caballo y haciéndolo partir á galope tendido hasta llegar á casa.

En casa, durante los dos días que permaneció allí Hania, antes de partir, reinó una profunda tristeza.

La señora de Ives partió, con mis dos hermanitas, al día siguiente de nuestra conversación con mi padre, para llevarlas á casa de mi tío. Habíamos quedado solos yo, mi padre, el padre Luis y Hania.

La pobre Hania sabía que tenía que partir, y esto llenaba de desesperación su alma. Comprendíase que esperaba que acudiría yo en su auxilio, y se aferraba á mí como á su única esperanza de salvación. Pero, habiéndolo notado yo, procuré evitar encontrarme á solas con ella. Me conocía lo suficiente para saber que con sus lágrimas lo habría obtenido todo, porque yo nada le habría podido negar. Por eso evitaba hasta mirarla, porque no podía soportar la súplica muda que expresaban sus ojos cuando invocaban nuestra compasión, cada vez que se fijaban en mi padre ó en mí.

Por otra parte yo sabía perfectamente que poco, ó mejor, nada habría logrado de mi padre, aún cuando hubiese hablado con él; porque, una vez tomada una resolución, nunca volvía atrás. Y á más de eso, me retenía lejos de Hania un sentimiento penoso. Me avergonzaba de mi conversación con Selim, de mi dureza para con él, y de todo el papel

que estaba representando en este asunto. Por todas partes la seguía con los ojos, pero sin acercarme á ella.

Sabía que Selim andaba dando vueltas por las cercanías de casa, día y noche, como un ave de rapaña, y el día mismo de nuestra entrevista, observé en seguida que Hania había ocultado rápidamente un papel escrito, indudablemente una carta de él ó para él. Sospeché que debían encontrarse en secreto, pero, por más que estuve en acecho desde el crepúsculo, no les pude sorprender.

Los dos primeros días transcurrieron rápidos como una flecha. La víspera del día en que Hania debía partir para Ustrya, mi padre fué á la ciudad para comprar algunos caballos, y llevó consigo á Casimiro. Por la tarde, el padre Luis y yo teníamos que acompañar á Hania á Ustrya, donde tenía que pasar la noche precedente á la partida.

Observé que Hania, cuanto más se aproximaba la hora de la partida, iba poniéndose más intranquila. Su rostro estaba completamente alterado, y ella temblaba de pies á cabeza. De vez en cuando se estremecía como dominada por el miedo.

Por fin ocultóse el sol tras oscuras nubes, que anunciaban un fuerte temporal. Por la parte de poniente se oía el sordo rumor de frecuentes y prolongados truenos, que indicaban la proximidad de la tormenta. La atmósfera, saturada de electricidad, era afanosa y pesada. Los pájaros se ocultaban bajo los techos, ó iban á refugiarse bajo las hojas de los árboles; únicamente las golondrinas seguían volando animosamente de uno á otro lado; las hojas de las plantas habían cesado de murmurar, y

colgaban como caídas de las ramas. De los establos partían el lastimero mugido y los balidos de los ganados que regresaban de sus pastos. Sobre la naturaleza entera pesaba una angustiosa espresión.

El padre Luis mandó que se cerraran las ventanas; yo quería, de todos modos, partir antes que estallara la tormenta; y á este fin me levanté rápidamente para dar orden de enganchar. Cuando iba á abandonar la estancia, Hania se puso en pie, pero se volvió á sentar en seguida. La miré, y se puso sucesivamente pálida y encarnada.

—Aquí una se ahoga,—exclamó.

Y asomándose á la ventana, empezó á darse aire con el pañuelo. La estraña inquietud de que estaba poseía iba creciendo visiblemente.

—Tal vez haríamos mejor en esperar,—dijo el padre Luis.—Antes de media hora nos caerá encima un chubasco...

—Antes de media hora,—repliqué yo,—estaremos ya en Ustrya. ¿Y quién nos asegura que eso no sea más que una tronada?

Esto diciendo, corrí á la caballeriza. Mi caballo estaba ensillado ya, pero, como de costumbre, no habían llevado prisa en enganchar, y pasó media hora más antes que el cochero se adelantara con el carruaje.

Yo iba á caballo detrás del coche. Parecía como si el temporal se hubiese condensado encima de nuestras cabezas; mas yo de ningún modo quería diferir la partida.

Bajóse inmediatamente el equipaje de Hania, y se aseguró á la parte trasera del vehículo. El reverendo estaba aguardando abajo. Se había puesto

un casacón de paño, y llevaba un paraguas en la mano.

—¿Dónde está Hania? ¿está lista?—le pregunté.

—¡Oh, sí—me contestó.—Hace ya casi media hora que está rezando en la capilla.

Corrí á la capilla, mas no la encontré allí; de la capilla corrí al corredor, y de allá al salón, sin encontrarla.

—¡Hania! ¡Hania!—llamé.

Nadie contestó.

Una viva inquietud se apoderó de mí. Pasé á su habitación, temiendo que la hubiese sobrevenido un desmayo; más allí únicamente se hallaba la anciana Wenzrouska que lloraba copiosamente.

—¿Ya es hora?—preguntó.—¿Tenemos que despedirnos de la señorita?

—¿Dónde está?—la pregunte por toda contestación.

—Ha ido al jardín.

Yo me lancé fuera de la habitación y corrí al jardín.

—¡Hania! ¡Hania! El coche está dispuesto; hay que partir.

Silencio sepulcral.

—¡Hania! ¡Hania!

Las hojas murmuraban melancólicamente, agitadas por los primeros anuncios del temporal. Cayeron algunas gruesas gotas de lluvia, y todo volvió á quedar en silencio.

—¿Pero qué es esto?—me preguntaba á mí mismo, lleno de terror.—¡Hania! ¡Hania! ¡Hania!...

Por un momento me pareció oír que me contesta-

Hania

ban desde el extremo opuesto del jardín, y respiré.

—¡Qué loco soy!—pensé.

Y corri en dirección al sitio donde me pareciera haber oído la voz. Mas tampoco allí encontré á nadie. Por aquella parte el jardín estaba cerrado por una empalizada, y al otro lado de ella habla un sendero que conducía al corral del ganado. Me encaramé á ella, y dirigí una mirada á lo largo del camino. No ví más que á Ignacio, el muchacho que tenía las ocas á su cuidado, y las hacía pacer en el foso, á lo largo de las malezas.

—¡Ignacio!—le dije.—¿No habrias visto por casualidad á la señorita?

—Sí, ha pasado en coche por aquí.

—¿Qué?... ¡Cómo!... ¿En coche?

—Sí, por el bosque, acompañada del señorito de Corzeli. ¡Y no iban poco de prisa! Los caballos bebían los vientos.

¡Jesús María! ¡Hania había huído con Selim!

Ofuscáronseme los ojos; empecé á verlo todo de color de fuego. Recordé la inquietud de Hania, y aquella carta que había visto en su mano. ¡De modo que todo estaba concertado! Selim le había escrito, se habían encontrado en algún sitio, habían escogido para su fuga el momento señalado para la partida, porque sabían que en aquel momento todos de casa habríamos estado atareados.

Un sudor frío invadió todo mi cuerpo.

Todavía no sé cómo lo hice, para encontrarme, sin apercibirme de ello, en la terraza.

—¡Un caballo!—grité con voz terrible.—¡Traedme un caballo!

—¿Qué ha pasado?—preguntó el reverendo.

El estallido de un trueno contestó á su pregunta. El viento silbaba á mi alrededor: el caballo corría á galope tendido. Desde el sendero de los Tilos me dirigí por el camino donde habían sido vistos los fugitivos. Salté dos matorrales y avancé siempre siguiendo las huellas de su coche.

Entretanto estalló el temporal; los rayos rompían las negras masas de nubes, habíase transformado repentinamente el cielo en un mar de fuego, y las tinieblas que seguían á los relámpagos eran cada vez más densas. La lluvia caía á torrentes, el viento agitaba con fuerza los árboles, doblegándolos en todas direcciones. Mi caballo, azuzado por mis incessantes latigazos y por los espolazos que le hacían brotar sangre de sus ijares, empezó á gemir; yo mismo gemía también de rabia. Inclinado sobre el cuello del caballo, seguía las huellas del camino y no oía ni veía otra cosa.

Así llegué al bosque, donde redobló de tal suerte la fuerza de la tempestad, que todos los elementos parecían desencadenados en furiosa lucha entre sí. Los árboles del bosque doblegábanse de uno á otro lado como un inmenso campo de espigas; el trueno retumbaba en medio de las tinieblas, propagándolo indefinidamente el eco. El estallido de la lluvia que caía á torrentes, el crugido de los árboles que rompía la violencia del viento, el fragor de los truenos que se sucedían sin cesar, todo esto resonaba en conjunto como una música infernal.

Ya no podía distinguir las huellas; mas á pesar de esto, yo seguía corriendo como la tempestad.

Al otro lado del bosque, y á la luz de los relámpagos, volví á distinguir las huellas; pero al mismo

tiempo noté con espanto que iba disminuyendo la rapidez de la carrera de mi caballo, y que en cambio iba resollando cada vez con más dificultad, y redoblé los latigazos y los espolazos. Allí, siempre al otro lado del bosque, empezaba un verdadero mar de arena que yo, yendo á caballo, podía evitar con facilidad; pero Selim, yendo en coche, lo tenía que atravesar forzosamente.

Alcé los ojos al cielo.

—¡Dios mío!—exclamé con desesperación,—haz que los alcance, y envíame la muerte después, si esta es tu voluntad.

Mi súplica fué atendida. Una viva claridad, producida por un rayo, iluminó el coche que corría aceleradamente delante de mí. No pude ver el rostro de los fugitivos, pero sabía de cierto que eran ellos. La distancia entre ellos y yo era corta, una media versta tal vez. Pero, como Selim se veía precisado á andar despacio por las tinieblas, por el terreno pantanoso y por la lluvia, podía tener la seguridad de que los alcanzaría, y prorrumpí en un grito, mezcla de furor y de alegría; ya no se me podían escapar.

Selim se volvió, lanzó también un grito y se puso á azotar impetuosamente los caballos. Hania me reconoció también á la luz de los relámpagos: ví que se aferraba desesperadamente á Selim, y que éste la hablaba con viveza. Dos segundos más tarde, estaba tan cerca de ellos, que pude oír perfectamente su voz.

—¡Atrás!—me gritó en medio de las tinieblas.—Estoy armado; ¡atrás ó te abraso!

Más yo, sin hacer caso de sus palabras me fui acercando cada vez más.

—¡Detente!—me gritó Selim,—¡detente!

Estaba apenas á quince pasos: el camino iba haciéndose más viable, y Selim puso sus caballos al trote largo. Por un instante, aumentó la distancia entre nosotros; más no tardé en volver á alcanzarles.

Entonces Selim se volvió y me apuntó una pistola. Tenía un aspecto terrible, su mano no temblaba, y su mirada era firme y tranquila.

Un momento más y habría podido cogerme al coche, mas de pronto resonó un disparo. Mi caballo cayó de costado, hizo un esfuerzo ó dos para levantarse, pero sin conseguirlo: respiraba cada vez con más dificultad, y se revolcaba conmigo por el suelo.

Me puse de pie y eche á correr con toda la fuerza y ligereza de mis piernas, pero mi trabajo fué inútil.

Muy pronto se halló ya muy lejos aquel ligero leño, alejándose cada vez más, hasta que al fin ya únicamente lo veía cuando lo iluminaba algún relámpago. Por fin, parte debido á las tinieblas y parte á la distancia, desapareció por completo, y con él desapareció el último rayo de mi esperanza.

Quise gritar, pero no pude, porque me faltaba el aliento. El ruido de las ruedas iba haciéndose cada vez más imperceptible. Por desgracia tropecé con una piedra y caí en tierra.

Volví á levantarme.

—¡Han desaparecido, están lejos!—iba repitiendo

en voz alta, sin acertar á darme cuenta de lo que en mí pasaba.

Mis fuerzas estaban agotadas, y me hallaba solo en medio de la noche y en medio de la tempestad.

El diabólico Selim Mirsa había triunfado de mí.

—¡Ah! si Casimiro no se hubiese ido con mi padre, les habríamos seguido juntos. Pero ahora... ¿qué pasará?... ¿qué pasará?

Así iba gritando en medio de las tinieblas, para oír mi propia voz, para no perder el juicio. Y me parecía que la tempestad murmuraba en son de burla: «Tú estás aquí tendido, y él está allá abajo con ella.»

Y el viento seguía rugiendo y me parecía que estaba riendo á carcajadas.

Paso á paso volví á donde había quedado mi caballo: un río de sangre brotaba de sus narices; vivía aún, mas su respiración era afanosa, y el pobre animal me miraba con atemorizados ojos. Me senté á su lado, apoyé la cabeza sobre su espalda, pareciéndome que también para mí había llegado mi última hora. Entre tanto el viento seguía soplando sobre mí y riéndose á carcajadas, y repitiéndome: «¡Allá está ella!»

Creía oír en lontananza el ruido del coche, y sabía que se llevaba mi felicidad. Y el viento seguía silbando y diciéndome: «¡Allá está con ella!»

Una extraña rigidez se apoderó de mí; no puedo decir cuánto me duró. Cuando recobré el sentido, el temporal había pasado ya; discurrían por el cielo ligeras nubecillas luminosas, la luna brillaba clara en el firmamento, y una húmeda niebla se desprendía de la tierra. Únicamente la vista de mi caballo

muerto me trajo á la memoria lo acaecido. Miré en torno mío para ver dónde me hallaba: á la derecha, pero muy lejos, brillaba una luz. Corrí en aquella dirección y conocí que me hallaba muy cerca de Ustrya. Resolví dirigirme á aquella casa y busqué al señor Ustrycki, lo cual era cosa fácil, porque él no vivía en el castillo, sino en una casita separada. Sus ventanas estaban iluminadas todavía: llamé á la puerta, me abrió él mismo, y al verme retrocedió aterrado.

—¡Chanzonetas!— exclamó.— ¡Qué cara tienes, amigo mío!

—Ahí cerca de Ustrya, un rayo me ha matado el caballo,—le contesté,—y me ha parecido que lo mejor era venir á pedir os hospitalidad.

—Has hecho bien. Pero, ¡válgame Dios! estás caído hasta los huesos y medio aterido de frío. Es bastante tarde ya. ¡Chanzonetas! Voy á darte en seguida algo de que comer y ropas secas.

—¡Oh, no!—necesito volver en seguida á casa.

—Pero, ¿por qué no ha venido Hania? Mi mujer parte mañana á las dos; creíamos que la enviaríais aquí esta tarde.

Entonces me decidí á contárselo todo, porque necesitaba su auxilio.

—Escuchadme,—empecé,—en nuestra casa ha acaecido una gran desgracia. Confío que vos no hablaréis de eso con persona viviente, ni siquiera á vuestra señora esposa, porque se trata de la honra de nuestra familia.

Sabía que podía contar con su reserva, pero tenía muy pocas esperanzas de poder conservar oculta la aventura, y por consiguiente preferí ponerle al

corriente de todo, y se lo conté todo detalladamente, callándole únicamente el amor que yo sentía por Hania.

—No hay remedio,—dijo el señor Ustrycki cuando hube terminado mi relato,—es menester que te batas con Selim. ¡Chanzonetas! ¿No te parece?

—Naturalmente, mañana mismo. Mas hoy quiero continuar siguiendo la pista á los fugitivos, y por eso quisiera pedirlos que me entregárais dos de vuestros mejores caballos.

—No tienes necesidad de seguirles, porque no pueden estar muy lejos. Presumo que á estas horas estarán ya en Corzeli. ¿A dónde quieres que hayan huido? ¡Chanzonetas! De seguro que han ido á parar á Corzeli, donde se habrán arrojado á los pies del viejo Mirsa. ¿Qué más podían hacer? El viejo Mirsa habrá encerrado en el granero á Selim, y habrá conducido de nuevo á su casa á la señorita. ¡Hum!

—¡Por Dios, señor Ustrycki!

—Vaya, joven, vaya, no te impacientes. Por lo demás, respecto á ella, yo no atribuyo á coquetería su escapatoria, á pesar de que mis señoras lo interpretarán de un modo muy distinto. Mas ahora, no tenemos tiempo que perder.

—¡Partamos en seguida!

Ustrycki vaciló todavía un momento.

—La verdad es,—dijo después de una pausa,—que yo ya sé lo que debemos hacer. Tomaré el coche y correré á Corzeli, y tú, con otro coche, vas á tu casa, ó mejor, aguardame aquí. Si Hania está allá, la tomo y te la traigo. Puede darse también el caso de que no me la quieran entregar. ¡Chanzone-

tas! En todo caso yo no abandonaré al viejo Mirsa, si es que él acompaña á Hania, porque tu padre es demasiado impetuoso y podría habérselas con él, que ninguna culpa tiene. ¿No te parece?

—Mi padre no está en casa.

—Tanto mejor, tanto mejor,—dijo palmoteando de alegría.

—Juan, ven acá; caballos y coches para dentro diez minutos, ¿estás?

—¿Y para mí ningún caballo?—le pregunté.

—Caballos también para el señor. ¡Chanzonetas, querido!

Los dos guardamos silencio, hasta que al fin dije:

—¿No os parece que podría escribir á Selim? Preferiría desafiarle por escrito.

—¿Y por qué?

—Temo que el viejo Mirsa no consentirá que se bata. Lo tendrá encerrado por algún tiempo y se contentará con imponerle este castigo. Mas esto, para mí, no sería una satisfacción suficiente ni satisfacción sería. Si á Selim le han encerrado, vos no le podéis hablar, mientras que una carta se la puede entregar cualquiera. Ni á mi padre le diré que me quiero batir. Podría desafiar al viejo, que es inocente. Cuando me haya batido yo con Selim, mi padre ya no tendrá motivo para hacerlo con el suyo. Vos mismo habéis dicho que me bata.

—Yo soy de esta opinión. Hay que batirse, es indispensable. Para un caballero no hay otro recurso; joven ó viejo lo mismo da. ¡Chanzonetas! Los demás pueden prescindir de hacerlo; pero para un caballero es absolutamente indispensable, ¿no te parece? Escribe pues, tienes razón.

Me senté junto á una mesita y escribí lo siguiente:
«¡Eres un bandido! Con este papel te mando una bofetada; si mañana por la mañana no te hallas con pistola ó espada en la choza del guarda, te tomaré por el más villano de los villanos, como según todas las apariencias, has sido siempre.»

Sellé la carta y la entregué al señor Ustrycki, y luego salimos. El coche estaba ya junto á la puerta. Al subir, me asaltó un horrible pensamiento.

—¿Y si Selim y Hania no están en Corzeli?—le pregunté al señor Ustrycki.

—Si no están en Corzeli, quiere decir que han ganado tiempo. Es de noche y hay cincuenta caminos distintos que van en todas direcciones... Querer seguirles la pista, será lo mismo que pedir un imposible. Y luego que ¿á dónde podrá haberla llevado?

—Tal vez á N***.

—¿Treinta millas sin mudar de tiro? Puedes estar tranquilo. ¡Chanzonetas! Pero en fin... en tal caso, mañana iría á N***, mas antes que todo hay que ir á Corzeli. Te digo que puedes estar tranquilo.

Una hora más tarde estaba yo de vuelta en casa. Estaba ya muy adelantada la noche; todas las ventanas estaban iluminadas; veíanse correr las luces de un lado á otro. Cuando llegó mi coche, abrióse la puerta de casa y apareció el padre Luís con una luz en la mano.

—¡Silencio!—dijo apoyándose un dedo en los labios.

—¿Hania?...—pregunté con febril agitación.

—Hania está aquí. La ha traído el viejo Mirsa. Ven conmigo; te lo contaré todo.

Entramos en la habitación del sacerdote, y éste me preguntó:

—¿Qué ha pasado?... Cuenta.

—Les he seguido. Selim me ha matado el caballo de un pistoletazo. ¿Está aquí mi padre?

—Ha llegado poco después de haberse marchado el viejo Mirsa. ¡Ah! desgracia sobre desgracia. El médico está con él. Poco ha faltado para que no le sobreviniera un accidente. Quería desafiar al viejo Mirsa. Pero ahora no vayas á ver á tu padre: esto podrá hacerle daño. Mañana le podrás que no desafie al viejo, porque estará muy mal hecho, porque él no tiene la culpa. Ha dado una paliza á Selim y lo ha encerrado; ha conducido aquí á Hania, y ha dado orden á su servidumbre de que no dijeran ni una palabra. Ha sido una suerte que no haya encontrado en casa á tu padre.

De modo que el viejo Ustrycki lo había adivinado todo.

—Y Hania, ¿cómo está?

—Estaba mojada como un pez y ahora tiene calentura. Tu padre la ha regañado horrorosamente. ¡Pobre muchacha!

—¿La ha visto el médico?

—La ha visto y la ha hecho meter en seguida en la cama. Ahora está con ella la anciana Wenzrouska. Espérame aquí. Voy á ver á tu padre y le diré que has vuelto. Te ha mandado buscar por todas partes. Casimiro ha salido con un coche y no ha vuelto aún... ¡Dios todopoderoso! ¡qué cosas!...

El reverendo subió á ver á mi padre. Yo no pude dominarme y corrí al cuarto de Hania. No quería verla, eso no; habría necesitado hacer un esfuerzo

demasiado grande. Únicamente quería convencerme de que efectivamente no había muerto, de que estaba fuera de todo peligro; en suma, que no estaba ya á la intemperie, sino bajo nuestro techo. Al aproximarme á su habitación, agitábanme unos sentimientos inexplicables; no sentía ni cólera ni odio, sentía únicamente dolor, un dolor extraordinario, y una compasión inmensa por aquella desgraciada que había sido víctima de un loco capricho de Selim. Producíame ella el efecto de una paloma acosada por el gavilán. ¡Ah, cuán humillada debía estar la pobre niña, y cuánto debe haberse avergonzado en Corzeli, en presencia del viejo Mirsa.

Hícame á mí misma el juramento de no dirigirla jamás reproche alguno, ni ahora ni en lo sucesivo, y de portarme con ella como si nada hubiese acaecido.

Cuando llegué á la puerta de su cuarto, abrióse ésta y salió la anciana Wenzrouska. La detuve y la pregunté:

—¿Duerme la señorita?

—¡Ay, señorito! No quisiera que hubiese cogido una enfermedad grave. Ha sido una gran fortuna que el médico haya estado aquí.

Ordené á la vieja que volviera en seguida al lado de Hania, pero que no cerrase la puerta, porque quería verla, á lo menos de lejos. Por la puerta medio entornada, vi á Hania sentada en la cama; tenía encendidas las mejillas, los ojos le brillaban con una luz que no era natural, respiraba aceleradamente: no era difícil reconocer que era presa de una violenta fiebre.

Estaba contemplándola sin acertar á apartar de

ella los ojos, cuando vino el padre Luis, y tomándome por un brazo, me dijo:

—Tu padre desea que vayas á verle.

—Está enferma, reverendo...

—No tardará en venir el médico; entre tanto tú puedes hablar con tu padre. Anda, anda, que ya es tarde.

—¿Qué hora es?

Me llevé la mano á la frente: eran las doce y cuarto y á las cinco tenía que batirme con Selim.

Mi conversación con mi padre debió durar cosa de media hora: después me retiré á mi cuarto, pero no me acosté. Calculé que, para ser puntual á las cinco, era preciso salir á las cuatro. Sólo me quedaban tres horas cortas de tiempo. Poco después vino á mi cuarto el padre Luis, para enterarse de si aquella horrible carrera no me había causado daño alguno, y de sí, después de haber aguantado aquel espantoso chubasco, me había, cuando menos, cambiado de ropa. A mí lo mismo me daba tener las ropas secas que mojadas. El padre Luis se empeñó en hacerme acostar inmediatamente, pero él fué el primero en ponerse á hablar de tal manera, que transcurrió otra media hora larga.

El buen sacerdote me refirió todo lo que el viejo Mirsa había dicho.

De su relato se desprendía que Selim había concebido una verdadera extravagancia, por no haber sabido escogitar otro medio. Se figuraba que, una

vez efectuado el rapto, á su padre no le quedaría más recurso que dar su bendición á los esposos, y que nosotros no le habríamos negado á Hania nuestro consentimiento.

Además, supe que Selim, después de la conversación que había tenido conmigo, no sólo había escrito á Hania, sino que hasta la había hablado y la había persuadido á huir. De momento, la muchacha se había negado instintivamente á dar un paso semejante, por más que no podía formarse una idea clara de su gravedad y consecuencias; más al fin y al cabo, convencida por las seguridades y las súplicas de Selim, había consentido. Su amante le había representado la fuga como un mero paseo en carruaje á Corzeli, después del cual debían ser felices y vivir juntos para siempre jamás. Le había asegurado que después volvería á nuestra casa como á mujer suya legítima, y que entonces mi padre habría tenido que resignarse con los hechos consumados, y que á mí no me quedaría otro recurso que consolarme con Lola Ustrycki. La había asediado con súplicas, y la había declarado que estaría dispuesto á sacrificar por ella todo el mundo, y hasta su propia vida; por lo cual, al fin la niña había acabado por decir que sí. Más apenas hubieron emprendido la fuga, Hania le había suplicado, con lágrimas en los ojos que se volvieran atrás; pero que él, al decir del viejo Mirsa, no había querido hacerlo, por que desde aquel instante se había olvidado de todo cuanto le rodeaba. Así aproximadamente era como al padre Luis le habían contado el hecho, tal vez para demostrar que Selim se había dejado llevar locamente á cometer aquella bri-

bonada pasional, en la creencia de que obraba legítimamente.

Todo esto persuadió al padre Luis, y por eso no participaba poco ni mucho, del modo de ver de mi padre respecto á la ingratitud de Hania, admitiendo, por el contrario, que ésta únicamente se había dejado arrastrar por un culpable amor mundano. Y aprovechando esta ocasión, el buen sacerdote me espetó algunas consideraciones sobre el amor mundano, que yo no llevé á mal, si bien habría deseado que sus reflexiones hubiesen tomado otra dirección.

Hania me inspiraba la más profunda compasión, y apesar de lo acaecido, mi corazón se hallaba tan identificado y tan intimamente unido con el suyo, que habría sido menester hacerlo pedazos para separarlo. Llegué hasta á rogar al padre Luis que intercediera por ella cerca de mi padre, y que le explicase, en los mismos términos con que me lo había explicado á mí, el error de la niña, y después le despedí, por que tenía necesidad de estar solo.

A penas se hubo retirado, descolgué de la pared aquel antiguo sable que mi padre me había regalado, y puse en regla las pistolas á fin de tenerlo todo dispuesto para el encuentro que debía tener lugar poco más tarde.

No tuve tiempo, ni ganas de meditar este duelo con Selim. Estaba completamente resuelto á batirme á muerte con él, y estaba seguro de que Selim no me haría esperar en vano. Limpié la hoja del sable, y á pesar de que hacía doscientos años que no se la había hecho servir, á pesar de los innume-

rables yelmos y escudos que había hendido, á pesar de la sangre de suecos, turcos y tártaros que había derramado, en toda la extensión de aquella hoja no se veía ni una sola mancha. El dorado adorno con el mote: JESÚS MARÍA que estaba grabado en ella, resplandecía claro y hermoso. Probé su filo y lo hallé que cortaba como una navaja, y las azules turquesas de la empuñadura, parecía como si me sonrieran, cual, si quisieran decirme que no tenía que hacer más que empuñarla y manejarla con destreza.

Después del sable, limpié también las pistolas, por que no sabía que arma escogería Selim. Eché algunas gotas de aceite en el gatillo, froté con estopa los cañones, y luego las cargué cuidadosamente.

Empezaba á aparecer el crepúsculo, el reloj daba las tres. Cuando estuvieron terminados mis preparativos, me arrellané en un sillón y me puse á reflexionar.

El curso de los sucesos y el relato del padre Luis, habían acabado al fin por darme á conocer que no era poca la culpa que me cabía á mí en lo acaecido. Me pregunté si había cumplido debidamente con mi cargo de protector que el viejo Nicolás me había encomendado. Y tuve que contestarme:

—Nó.

—¿Había pensado únicamente en Hania y no en mí?

—Nó,—me contestó de nuevo la conciencia.

Y en todo lo que había pasado, ¿de quién había sido principalmente la culpa? Sencillamente mía.

Y Hania, aquella humilde é inexperta criatura,

había caído, por decirlo así, bajo las garras del gavilán. No había modo de quitarme de la imaginación ese molesto pensamiento.

Selim y yo habíamos querido participar de una presa oculta, y ella, ella que era quien menos culpa había tenido del combate entablado entre nosotros para poseerla, había tenido que sufrir más que los demás.

Dentro de una hora teníamos que combatir por última vez por ella.

Todos estos pensamientos eran muy graves y no muy apropósito para inspirar alientos. Evidentemente, nuestra noble condición no había sido favorable para la pobre Hania. Por desgracia, mi madre había permanecido ausente durante un espacio de tiempo demasiado largo, y nuestras rudas manos de hombre, habían destrozado la tierna florecilla que el destino había trasplantado entre nosotros. Esta culpa, pesaba sobre toda nuestra casa, y sólo podía ser borrada con mi sangre ó con la de Selim.

Yo me hacía todas estas observaciones con entera calma.

Entretanto, iba penetrando cada vez más clara en mi cuarto la luz del día, y, fuera de mi ventana, las golondrinas saludaban la aparición de la aurora. Apagué la luz, encendida aún sobre mi velador: era casi de día claro. Oí que el reloj de casa daba las tres y media.

—Ya es hora,—me dije:

Me eché sobre los hombros el gabán, para ocultar las armas, caso que hubiese encontrado á alguien, y salí.

Al pasar por delante de la casa, observé que la

puerta principal, que de noche solía estar cerrada, había sido abierta ya. Alguien, pues, había salido antes que yo; de consiguiente, tenía que redoblar mis precauciones, para no encontrarme con la persona que había salido. Crucé sigilosamente el patio y penetré en el sendero de los tilos, miré cautelosamente por todas partes en torno mío, y creí que todos estaban durmiendo. Cuando estuve en el sendero, alcé más desahogadamente la cabeza, por que estaba seguro de que desde casa nadie me podía ver. Después del temporal del día antes, la mañana estaba despejada y hermosa. Las húmedas flores de los tilos, despedían una aroma que llenaba todo el sendero. Tomé por el camino que se deslizaba á lo largo de la herrería, y, pasando por el molino y atravesando los matorrales, conducía á la choza del guardabosque. Bajo la influencia del aire fresco de aquella magnífica mañana, desaparecieron por completo el sueño y la fatiga que me dominaban. Sentí que la calma y el consuelo penetraban en mi espíritu, y una voz interior me decía que saldría triunfante de aquel inminente duelo. Me constaba que Selim era un excelente tirador de pistola, más tampoco yo le iba en zaga; él tenía más destreza que yo en la esgrima, pero yo era mucho más fuerte, hasta el punto de que llegaba á producir el cansancio á quien tenía que parar mis golpes.

—Salga lo que saliere,—decíame á mi mismo,—estamos ya al fin: ya que no podemos desatar este nudo gordiano, lo cortaremos. Que Selim haya cometido con Hania esa mala acción con intención

buena ó mala, de todos modos se le tiene que castigar.

Abismado en estos pensamientos, llegué á la orilla del estanque. Encima de mi cabeza se acumulaba la niebla que se convertía en vapor húmedo, mientras la luz de la mañana daba al espejo de las aguas un color rosado. Despuntaba á penas el día, la atmósfera iba clareándose por momentos, reinaba en torno un profundo silencio; únicamente llegaba á mis oídos la gritería de los patos silvestres ocultos entre los juncos; la naturaleza vertía sobre todas las cosas un hálito fresco, rosado, aromático.

Había llegado al otro extremo de la cloaca inmediata al puente, cuando de repente me detuve, como dominado por el encanto de un hechizo. Mi padre estaba apoyado en el pretil del puente, con las manos á la espalda, sosteniendo en una de ellas la pipa encendida todavía, y mirando con aire meditado el agua y la roja claridad de la aurora,

Probablemente á él le había pasado lo que á mí; no debía haber podido conciliar el sueño, y había salido, sin recatarse, para aspirar el fresco ambiente de la mañana, y echar una ojeada sobre sus tierras. No le había visto en seguida, por que había tornado por un atajo, y al principio los sauces me impedían ver el pretil; cuando le ví, apenas me separaban de él diez pasos. Me oculté detrás de los sauces.

Mi padre no se movió de su sitio. Le miré con atención: sus facciones tenían una expresión recelosa y dejaban adivinar las huellas de una noche de insomnio. Sus miradas vagaban por el estanque, mientras que sus labios articulaban en voz baja la

oración de la mañana, cuyas palabras llegaban distintamente á mis oídos.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

El resto lo dijo en voz tan baja, que nada más pude oír.

Me desagradaba tener que estar escondido detrás de los árboles, y me aproximé al puente. Pude hacerlo fácilmente, por que mi padre tenía vuelta la cara hacia el agua; además era, como ya he dicho, algo sordo, por que, mientras fué militar, los estampidos de la artillería perjudicaron su órgano auditivo. Me acerqué cautelosamente y pasé agazapado el puente. Por desgracia mía, crugieron las traviesas mal aseguradas, y mi padre se volvió.

—¿Qué haces aquí?—me preguntó.

—He venido á dar un paseo, padre, un simple paseo,—le contesté ruborizándome.

Se me acercó, abrióme el abrigo en que iba envuelto, señaló con el dedo el sable y las pistolas, y dijo:

—Y estas armas, ¿qué significan?

No había remedio, tenía que confesar.

—Te lo diré todo,—contesté;—voy á batirme con Mirsa.

Me figuraba que mi padre se encolerizaría; pero, contra de lo que yo presumía, permaneció sosegado, y se limitó á decir:

—¿Quién de vosotros ha sido el que ha desafiado al otro.

—He sido yo.

—¿Sin pedir consejo á tu padre, sin decirle una palabra?

—Le desafié ayer mismo, inmediatamente después del raptó, desde Ustrya. Padre, no te lo podía pedir; temía que me lo prohibieras.

—He adivinado perfectamente tu intención. Vuélvete á casa, y déjame á mí el cuidado de arreglar esta cuestión.

Ante esta intimación, sentí que el corazón se me oprimía, y me consideré más desdichado que antes.

—Padre,—dije,—por todo lo que más amas, por la memoria de mi abuelo, te conjuro á que no me prohibas medir mis armas con el tártaro. Recuerdo que un día tú me reprendiste por mis opiniones democráticas. Hoy me atrevo á recordarte que en mis venas circula también tu sangre y la de mi abuelo. ¡Padre! él ha inferido una ofensa grave á la honra de Hania. ¿He de dejarla pasar sin castigo? El mundo no ha de poder decir que nuestra raza ha dejado sin venganza, la injuria inferida á una huérfana de su familia. Yo mismo tengo una gran parte de culpa en lo acaecido. Amaba á Hania y no lo quise confesar: pero, puedo asegurarte, padre, que, aún cuando no la hubiese amado, habría obrado del modo que lo he hecho, por ella y por el cariño que debo tenerle á la dignidad de nuestra casa y de nuestro nombre. Mi conciencia me dice que obro bien; tú mismo lo reconocerás y no querrás privarme de obrar como creo que es debido y justo. ¡No lo puedo dudar, padre! Piensa en la ofensa hecha á Hania, piensa que soy yo el que he desafiado, que he dado mi palabra. Ya sé que todavía soy menor de edad, pero ¿tengo acaso menos sentimiento, y

no tengo la misma palabra de honor que un mayor de edad? He desafiado á Selim, he empeñado mi palabra, y tú mismo me has enseñado que la palabra de honor es el principal privilegio de un caballero. He dado mi palabra, padre: se le ha inferido á Hania una grave ofensa, ha caído una mancha sobre nuestra casa, y yo he dado mi palabra. ¡Padre, querido padre!...

Mientras esto decía, apretaba con fuerza mis labios sobre mis manos, y empecé á sollozar como un niño.

Y llorando le suplicaba á mi padre como se suplica á Dios. A medida que iba yo hablando, su severo rostro se iba dulcificando: Alcé la cabeza y una gruesa lágrima cayó de los ojos de mi padre sobre mi frente. Estaba sosteniendo un rudo combate contra sí mismo: me amaba sobre todas las cosas, y era la niña de sus ojos, temblaba por mi vida.

Después de reflexionar largamente, inclinó su cabeza ya gris, y dijo en voz baja y á penas perceptible.

—El Dios de nuestros padres esté contigo. Anda, hijo mío, y bátete con el tártaro.

Nos abrazamos los dos. Mi padre me estrechó contra su pecho, y yo permanecí largo rato con la cabeza apoyada en su seno. Después dijo con calma y serenidad:

—Pero si pegas, pega bien; que se oígan tus golpes desde el cielo.

Le besé la mano, y, mientras lo hacía, me preguntó:

—¿Sable ó pistola?

—Le toca á él, la elección.

—¿Y los testigos?

—Sin testigos. Yo tengo confianza en él, y él la tiene en mí. No hacen falta testigos, padre.

Y le volví á abrazar: era hora de que nos separáramos. Después de haber andado un trecho, me volví á mirar.

Mi padre seguía de pié en el puente, y me bendijo desde lejos, haciendo la señal de la cruz.

Los primeros rayos del sol naciente iluminaban su figura alta, esbelta, y le rodeaban como de una aureola.

Irradiado de aquella manera, con las manos levantadas, mi padre me produjo el efecto de un patriarca, de un esforzado guerrero, en actitud de bendecir á su hijo, antes de dejarle emprender un camino, que él mismo en su día, habíase complacido en emprender.

Ardía mi corazón de cólera, de impávida confianza; y, aún cuando, no uno, sino diez Selim me hubieran aguardado en la choza del guardabosques, les habría desafiado á todos diez.

Llegué á la choza. Selim me aguardaba á la entrada del bosque. Confieso que al verle experimenté la impresión del lobo á la vista de su víctima. Cruzamos furiosas y amenazadoras miradas.

En aquellos dos días Selim había cambiado: parecióme más flaco, pero también me podía equivocar, por que sus ojos brillaban febrilmente y le temblaban los labios.

Penetramos en el bosque sin dirigirnos una palabra. Llegamos al fin á un claro rodeado de pinos, donde me detuve y dije:

—Aquí, si te parece.

Hizo con la cabeza una seña afirmativa, y empezó á desabrocharse el abrigo, que debíamos quitarnos durante el duelo.

—Escoje, —dije señalando el sable y las pistolas.

El señaló un sable que traía consigo, un sable turco con hoja damasquina muy encorvada.

Me quité la levita y la tiré al suelo: él hizo lo mismo, mas antes sacó del bolsillo una carta.

—Si muero te ruego que entregues esta carta á Hania.

—No la acepto.

—No contiene declaraciones de amor; encierra únicamente una explicación de lo que ha pasado.

—Sea.

Entre tanto nos habíamos arremangado las mangas. A mí empezó á palpitar me con violencia el corazón.

Selim empuñó el sable y se puso en guardia. Colocó el arma formando ángulo recto sobre la cabeza, y dijo:

—Estoy dispuesto.

—Me coloqué frente á él en la misma posición, y apoyé mi hoja sobre la suya.

—¿Estás dispuesto?

—Sí,

—¡En guardia!

Yo me lancé sobre él con tal impetu, que él retrocedió un paso, costándole gran trabajo parar mis golpes. Después empezó á responder golpe por golpe. Encendiósele el rostro, dilatáronsele las narices, sus ojos dilatados y mirando arriba al estilo de los tártaros, despedían rayos. Sólo se oía el cho-

car de las hojas de acero y nuestra respiración jadeante.

Pronto comprendió Selim que tenía que sucumbir si se prolongaba el combate. Gruesas gotas de sudor salpicaban su frente, y cada vez ibase haciendo más penosa su respiración.

Entonces se apoderó de él una rabia rayana en furor ciego.

En la impetuosidad de sus acometidas, los cabellos le habían caído sobre la frente, y por entre sus entreabiertos labios, veíanse chocar unos con otros sus blancos dientes. Era como si le hubiera despertado en el pecho su naturaleza de tártaro, en cuanto hubo empuñado el sable y olfateado la sangre. Sin embargo, la ventaja estaba de mi parte, porque estaba animado de un ardor no menos vehemente que el suyo y tenía más fuerza que él.

Le había tocado ya una vez, y brotó de su brazo izquierdo un chorro de sangre. Dos segundos mas tarde, le había tocado de nuevo la frente con la punta de mi sable. Estaba horrible. Un reguero de sangre roja descendió, mezclado con el sudor hasta su boca y su barba. Entonces él se lanzó contra mí y dió un salto hacia atrás como un tigre herido; la punta de su sable centelleaba sobre mi cabeza con una rapidez abrumadora. Gran trabajo me costaba defenderme de sus innumerables golpes, no sin que por eso dejara de intentar dárselos yo á él. A veces nos embestíamos de tal suerte uno al otro, que llegábamos á dar pecho contra pecho.

De repente Selim dió un salto atrás, la hoja de su sable silbó rozando mis sienes; mas yo paré el golpe con tal fuerza, que por un instante le quedó

descubierta la cabeza. Entonces le amagué un golpe que había sido suficiente para dividirlo en dos... cuando, á mi vez, sentí como si un rayo me atravesara el cráneo.

—¡Jesús María!—grité.

Cayóme el sable de la mano, y como herido por una exhalación, caí aplomado y de cara al suelo.

XII

Durante largo espacio de tiempo permanecí sin sentido. Cuando lo recobré, hallábame tendido en el lecho de mi padre, el cual estaba junto á mí, sentado en un sillón. Tenía apoyada su cabeza en el respaldo de su asiento, pálido el semblante y entornados los ojos. Los postigos de las ventanas estaban cerrados. Encima del velador había una luz encendida, y el silencio que reinaba en la habitación era únicamente interrumpido por el tic tac del reloj. Durante algún rato permanecí con los ojos fijos en el techo, tratando de reunir mis recuerdos; quería moverme, pero un dolor insoportable en la cabeza me fué trayendo poco á poco á la memoria lo acaecido, y con voz débil y baja, exclamé:

—¡Padre.

Mi padre se puso vivamente en pie y se inclinó hacia mí.

En su rostro se reflejaron á un tiempo mismo la emoción y la alegría, mientras decía:

—¡Gracias, Dios omnipotente!... ¡Ha vuelto en sí!... ¿Cómo te encuentras, hijo mío?... ¿Qué quieres?

—Padre, ¿me he batido con Selim?

—Sí, mas ahora no hay que pensar en eso.

Guardamos silencio ambos por unos instantes, y luego volví á preguntar:

—Dime, padre, ¿quién me ha traído desde el bosque hasta aquí?

—Te he llevado en brazos yo mismo: pero no sigas hablando, no te atormentes.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando volví á preguntar, hablando algo más despacio:

—¡Padre!

—¿Qué tienes, hijo?

—¿Qué ha sido de Selim?

—A consecuencia de la abundante pérdida de sangre, cayó también él desmayado, y lo hice trasladar á Corzeli.

Quería preguntar también por Hania y por mi madre; pero noté que mis sentidos volvían á empezar á faltarme, y guardé silencio. Parecíame ver bailar al rededor de mi lecho unos perros amarillos y negros, y hacía esfuerzos para mirarlos más de cerca. Después me parecía oír las notas de una música campestre, y en el sitio donde estaba el reloj, que me venía enfrente, parecíame ver un rostro que me miraba, desde la pared, escondiéndose de vez en cuando.

No estaba inconsciente del todo, pero sí debilitado por la fiebre, y aquel estado debió durar largo tiempo. A veces me sentía algo mejor, y entonces reconocía á las personas que rodeaban mi lecho: mi

padre, el sacerdote, Casimiro, el doctor Estanislao, á quienes veía como envueltos en la niebla.

Recuerdo que entre todos aquellos rostros encontraba á faltar uno, pero no acertaba á darme cuenta de qué rostro era. Y recuerdo que sabía que lo deseaba y que no estaba entre los otros.

Una vez dormí toda la noche y no desperté hasta por la mañana. Encima de la mesa estaba la luz, y yo me sentía muy débil. De pronto ví una figura humana que se inclinaba sobre mi lecho, una figura que de momento no reconocí, pero cuya vista me produjo tal impresión de felicidad, como si me hubiera muerto y hubiese despertado en el paraíso. Era un rostro de ángel, puro, bueno, dulce; y cuando ví que por sus mejillas se deslizaba una lágrima, también yo me sentí enternecido casi hasta á punto de llorar.

Entonces pareció como que un rayo de luz iluminara mi mente, mis ojos vieron claro y murmuré en voz baja:

—¡Madre!

Aquel rostro de ángel se inclinó sobre mi desnuda mano, que yacía inmóvil sobre el cobertor, y aplicó en ella con fuerza los labios.

Probé de incorporarme, pero sentí de nuevo aquel dolor que me oprimía las sienes, y únicamente exclamé:

—¡Madre!... me duele, me duele mucho.

Mi madre, porque era ella, me renovó los pedacitos de hielo de las sienes, y la vejiga de la frente, cosa que antes me había causado tanto dolor; pero esta vez aquellas carinosas manos lo hacían con tanta delicadeza, que mi pobre cabeza cortada no

experimenta ni el más pequeño dolor, y yo me limité á murmurar:

—¡Ay, qué bien me siento!

Desde aquel instante ya no me volvió á abandonar el conocimiento, y la fiebre sólo por la noche aumentaba algo. Entonces me parecía estar viendo á Hania, á pesar de que ésta jamás había venido á la cabecera de mi cama. Me parecía verla siempre en peligro de muerte. Ora se lanzaba sobre ella un lobo de centelleantes ojos; ora era arrebatada por alguien que se parecía á Selim, pero que no lo era, porque tenía la cara cubierta de negras excrescencias, y llevaba cuernos en la cabeza. A su vista, yo gritaba y suplicaba al lobo ó al cornudo con palabras discretas y afables, para que no se la llevaran. Entonces mi madre me ponía la mano en la frente, y se desvanecían aquellas imágenes desagradables.

Al fin me abandonó por completo la fiebre y recobré por entero la fuerza de mi espíritu; mas esta mejoría no me devolvía aún la salud; antes por el contrario, se me agregó el fenómeno de una nueva enfermedad, á saber, una debilidad inmensa que me dejó sin fuerzas.

Durante días y noches enteras, yacía inmóvil con los ojos siempre fijos en un mismo sitio. Indudablemente tenía conciencia de mí, mas permanecía indiferente á todo. La vida ya no tenía para mí atractivo alguno, y no me preocupaba ni por la muerte, ni por los seres que me eran queridos y que velaban junto á mi lecho.

Recibía todas las impresiones, lo veía todo, me acordaba de todo; mas no poseía la fuerza necesaria

para concentrar mis pensamientos ni para manifestar un deseo cualquiera.

Una noche pareció como que la lámpara de mi existencia se quisiera apagar. Junto á mi lecho se encendió un gran cirio de cera amarilla; el padre Luis se presentó con sobrepelliz y estola, llevando la Sagrada Hostia y el frasco de los óleos, sollozando y sin saber lo que se hacía. A mi pobre madre la sacaron desmayada de mi habitación; Casimiro lloraba desesperadamente, dándose de cabezadas contra la pared y mesándose los cabellos, mientras mi padre, sentado en su sillón, parecía petrificado y se retorció las manos, presa de mudo dolor.

Todo esto yo lo veía perfectamente, pero permanecía indiferente por completo y con mis vidriosos ojos fijos en el techo, ó en los pies de la cama, ó en la ventana, por donde entraban los suaves rayos de la luna.

Entonces entró la servidumbre, lanzando gritos de dolor, agrupándose alrededor de la cama lanzando quejidos como los de Casimiro: sólo mi padre continuaba allí sentado, silencioso, como petrificado por el dolor. Mas cuando al fin todos se hubieron puesto de rodillas, y el padre Luis, con voz ahogada por el dolor y por las lágrimas, empezó á recitar las preces de los moribundos, mi padre se puso vivamente en pie y gritó con voz terrible:

—¡Dios mío! ¡hágase tu voluntad!

Y se dejó caer cuan largo era sobre el pavimento.

En aquel instante, sentí que me enfriaban los dedos de los pies, y se apoderó de mí una soñolencia

que no era natural, y acompañada de prolongados bostezos.

—¡Ah! es la muerte...—pensé.

Y me dormí.

Me dormí de verdad; mas en vez de morirme, dormí un sueño tan agradable y tan profundo, que no desperté hasta veinticuatro horas después, tan considerablemente vigorizado, que yo mismo no acertaba á comprender como podía haber sido esto.

La indiferencia que hasta entonces había sentido por todo, había desaparecido: el vigor juvenil había vencido á la muerte, y yo había despertado á una vida nueva. Entonces, al rededor de mi lecho se desarrollaron tales escenas de alegría, que no me veo capaz de describirlas. A Casimiro le faltó poco para que se volviera loco de alegría.

Refiriéronme en seguida que, apenas mi padre me hubo traído á casa, y el médico había manifestado sus dudas de que yo pudiera salvarme, habían tido que encerrar á Casimiro, porque se había propuesto dar caza á Selim como á una fiera, y había jurado que si yo llegaba á morir, en cuanto le encontrara le mataría de un escopetazo. Afortunadamente para Selim, también éste había resultado herido, y había tenido que guardar cama.

Entre tanto yo iba mejorando de día en día, y recobraba las ganas de vivir. Mi padre, mi madre, el padre Luis y Casimiro pasaban los días y las noches junto á mi lecho. ¡Cuánto les amaba yo á todos, y cuánto les echaba de menos, cuando alguno de ellos abandonaba por un instante mi cuarto!

Pero, al mismo tiempo que se despertaban en mí

las ganas de vivir, reaparecía en mi corazón el amor por Hania. Cuando, después del letárgico sueño, que al principio habían creído todos debía ser el último, desperté, pregunté en seguida por Hania.

Mi padre me dijo que estaba bien, pero que había partido por temor de la viruela que se iba propagando por el pueblo, y que había ido á casa de mi tío, junto con la señora de Ives y con mis hermanitas.

Añadió que él ya lo había olvidado y perdonado todo, y me encomendó que estuviese tranquilo.

Después hablé á menudo de Hania con mi madre, habiendo sido ella misma quien empezó á hablarme de la huérfana, porque había observado que esta conversación tenía gran atractivo para mí y ponía siempre término á nuestros coloquios con frases angelicales y candorosas: decía que, en cuanto mi curación hubiere hecho ulteriores progresos, hablaría con mi padre de cosas que á mí me gustarían; y que, de consiguiente, me pusiera tranquilo y procurara restablecerme por completo y lo más pronto posible.

Al decir esto, sonreía melancólicamente, y yo de buena gana habría llorado de alegría. Entre tanto, acaecían á veces en casa ya una cosa, ya otra, que turbaban mi tranquilidad, y me llenaban de angustia.

Así por ejemplo, cierta noche, mientras mi madre estaba sentada junto á mí, vino el criado Francisco y la rogó que fuese al cuarto de la señorita Hania.

Me incorporé en mi lecho, y pregunté:

—¿Ha llegado Hania?

—No,—contestó mi madre;—Hania no ha vuelto aún; lo que hay es que me ruega que vaya á su cuarto, cuyas paredes tienen que ser enyesadas y tapizadas de nuevo.

Alguna otra vez me pareció ver en el semblante de las personas que me rodeaban cierta ansiedad difícil de ocultar.

No comprendía lo que podía haber acaecido, porque se trataba de esquivar mis preguntas. Traté de sonsacar á Casimiro, pero éste me contestaba, también como los demás, que en casa todos estaban buenos, que la señora de Ives, Hania y nuestras hermanas volverían pronto, y acababa por rogarme que estuviese tranquilo y quieto.

—Pues entonces, ¿por qué estáis todos tan tristes?—pregunté.

—Bueno, te lo voy á decir. Selim y el viejo Mirsa, vienen aquí casi todos los días. Selim está desesperado, llora y quiere verte, y nuestros padres temen que su visita te haga daño.

Yo me sonreí.

Realmente Selim es demasiado bueno: primero me abrió el cráneo y luego me llora. Decididamente piensa siempre en Hania.

—¡Quiá! Yo nada sé, porque no le he hecho pregunta alguna sobre este particular; pero creo que ha renunciado para siempre á ella.

—¡Podrá ser!

—En todo caso, puedes tener la seguridad de que no la obtendrá. Sobre esto puedes estar tranquilo.

Esto decidido, Casimiro hizo una mueca y procuró tomar un aire de gravedad, añadiendo:

—Ya sé quién... Lo que hay que procurar...

—¿Qué?

—...que vuelva ella lo más pronto posible,—dijo mi hermano completando la frase.

Sus palabras me tranquilizaron por completo.

Dos días después mi padre y mi madre estaban sentados junto á mí. Yo juzgaba una partida de ajedrez con mi padre. Mientras jugábamos, mi madre salió y dejó abierta la puerta del cuarto. Desde el sitio donde yo me hallaba, podía verse una larga hilera de habitaciones, al extremo de las cuales se hallaba el cuarto de Hania. Lancé una mirada hasta allí, pero nada pude descubrir, por que todas las piezas, á excepción de la mía, estaban á oscuras. A lo que pude notar la puerta del cuarto de Hania estaba cerrada. De pronto alguien abrió, entró y dejó la puerta abierta: parecióme que era el doctor Estanislao. Palpitóme de ansiedad el corazón, en el cuarto de Hania había luz. Una franja luminosa penetró en la pieza inmediata, y en aquel fondo de luz me pareció distinguir ligeras ondulaciones de humo que ondulaban como ondulan las moléculas polvorientas á lo largo de un rayo de sol.

Percibí un aroma confuso, que iba haciéndose cada vez más acre. Al fin adquirí la seguridad de que aquel olor era el que produce el humo del enebro, y se me erizaron los cabellos.

—Padre ¿qué es eso?—exclamé estremeciéndome y dejando caer al suelo el tablero y las piezas.

Mi padre se puso vivamente de pie, sumamente perplejo, porque también él notó aquel olor, y cerró vivamente la puerta.

—Nada, absolutamente nada,—se apresuró á contestar.

Más yo estaba ya en pie y me dirigí tambaleando á la puerta.

—¿Por qué se hacen perfumes de enebro?—rugí.
—¡Quiero ir allá!

Mi padre me cogió por la cintura.

—¡No vayas! ¡no puedes ir! Te lo prohibo.

Lleno de desesperación, llevé las manos á los vendajes de la cabeza y me puse á gritar desesperadamente.

—Está bien, pero te juro que voy á arrancarme estos vendajes y me meto los dedos en la herida. ¡Hania ha muerto! ¡quiero verla!

—Hania no ha muerto, te doy mi palabra de que no ha muerto,—exclamó mi padre, apoderándose de mis manos y atrayéndome hacia él.—Estaba enferma, pero ahora está mejor. ¿No había bastante con su desgracia? ¡Sosiégate! ¡Sosiégate! Te lo contaré todo, pero vuélvete á la cama. La podrías matar... ¡Sosiégate!... ¡Vete á la cama! Te juro que está mejor.

Faltáronme las fuerzas, volví á la cama y exclamé.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Enrique, vuelve en tí! ¿Eres una mujercita? ¡Ten valor! Está fuera de peligro. He prometido que te lo contaré todo y lo haré; pero con la condición de que tengas valor. Apoya la cabeza sobre la almohada, cúbrete y procura estar quieto.

Yo obedecí.

—Ya estoy quieto, padre. Pero date prisa, quie-

ro saberlo todo de una vez. ¿Es cierto que está mejor? ¿Qué ha tenido?

—Pues bien, escucha. Aquella noche en que Selim la robó, el agua caía á cántaros. Hania no llevaba más que un vestido ligero, y se caló hasta los huesos. Además, el paso que había dado le había salido demasiado caro; había sostenido una lucha terrible en su interior. En Corceli, á donde Selim la había conducido, no se pudo cambiar las ropas, y de consiguiente volvió á casa empapada en agua. Aquella misma noche asaltáronle estremecimientos de frío, y le sobrevino una fiebre violenta. Al día siguiente, la anciana Wenzsowska no supo callar, y le contó lo que te había sucedido á tí y hasta llegó á decirle que habías muerto. Parece que este debió ser el golpe de gracia, pues aquella misma noche empezó á delirar. Durante muchos días, ni el médico mismo supo lo que aquello era, hasta que... ¡nada!... Ya sabes que en nuestro pueblo menudea la viruela... y Hania la cogió.

Entorné los ojos y creí que iba á perder la razón.

—Continua, padre,—dije al cabo de un instante, —estoy tranquilo.

—Hubo momentos,—prosiguió mi padre,—en que estuvo gravísima. El día mismo en que te habíamos creído muerto, también ella estaba moribunda. A entrambos, y á un mismo tiempo, os sobrevino una crisis bienhechora. Ahora ella está convalesciente como tú. Dentro de una semana estará completamente curada. ¡Ah! ¡cuántas cosas han pasado en casa!

En este punto se detuvo y se puso á mirarme,

como si temiera que sus palabras hubiesen agitado demasiado mi cerebro, demasiado débil todavía. Yo permanecí inmóvil, y durante largo rato reinó entre nosotros un profundo silencio.

Concentré mis pensamientos, é hice mudas consideraciones sobre esa nueva desventura. Mi padre se levantó y se puso á recorrer á grandes pasos la habitación. De vez en cuando me dirigía una mirada.

—Padre,—dije,—después de un prolongado silencio.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—¿Está... muy desfigurada?

Esta pregunta la hice con voz sosegada y baja, pero mi corazón palpitaba presa del ansia de una respuesta.

—Naturalmente,—contestó mi padre,—es lo que suele suceder después de haber tenido la viruela. Tal vez puedan desaparecer aún las señales; mas por ahora se ven, y se ven perfectamente. Pero de seguro que desaparecerán... positivamente.

Me volví hacia la pared, porque no me sentía tan bien como de costumbre.

Una semana después me levanté, y al cabo de dos semanas volví á ver á Hania. ¡Ah! imposible explicar la transformación que había sufrido aquel rostro amable é ideal. Cuando aquella infeliz criatura salió de su cuarto, y por vez primera, como digo, volví á ver á mi idolatrada Hania, sentí que me ponía malo. Yo que había jurado que no demos-

traríá ni sorpresa ni debilidad, quedé como estupefacto. ¡Oh! ¡cuán horriblemente fea estaba!

Cuando me hube rehecho de mi aturdimiento, Hania lloraba desoladamente, no tanto por ella como por mí, por que también yo era, á la sazón mi propia sombra.

—¡Y yo tengo la culpa de todo!—repetía sollozando,—¡yo tengo la culpa!

—¡Hania, querida hermana mía, no llores! ¡siempre te amaré!—exclamé, tomando una de sus manos y queriendo llevármela, como antes, á los labios.

De pronto, retrocedí y me puse á temblar; aquellas manos, un tiempo tan finas, mórbidas y delicadas, eran ahora verdaderamente horribles, groseras, casi repugnantes, y estaban cubiertas de manchas negras.

—¡Te amaré siempre!—repetí dominándome.

No decía la verdad. Por más que aquella infeliz me inspiraba compasión, una compasión profunda, un cariño fraternal, lo que es aquel amor inmenso y apasionado de antes, había desaparecido sin dejar en pos de sí huella alguna de su existencia.

Salí al jardín, me encaminé hacia aquella gloria de lúpulos, donde Selim y Hania se habían jurado amor recíproco, y allí lloré amargamente, como si llorase por la muerte de un sér amado. En efecto, la Hania de un tiempo había muerto para mí, ó por mejor decir, mi amor había muerto en mi corazón, dejando en él un gran vacío, un profundo dolor, un recuerdo querido pero desgarrador, y ardientes lágrimas se desprendieron de mis ojos.

Durante largo rato permanecí sentado en aquel

sitio, la luz del sol que se extinguía, coloreaba los árboles.

En casa me anduvieron buscando. Al fin mi padre vino al jardín y me halló en la glorieta. Miróme y respetó mi dolor.

—¡Pobre muchacho!—dijo.—Dios te ha probado dolorosamente, pero ten confianza en Él. El sabe lo que hace.

Apoyó la cabeza en mi pecho, y permanecimos así en silencio por algunos instantes.

—¡La debes haber amado mucho!—dijo al fin mi padre.—Dime; ¿qué me contestarías, si te dijera: «Es tuya, entrégale tu mano para toda la vida» ¿qué me contestarías?

—Padre, el amor puede olvidarse, más no el cumplimiento del deber: estoy dispuesto.

Mi padre me besó con ternura.

—¡Dios te bendiga! En tu respuesta he reconocido á mi hijo, más este deber no eres tu quien lo tiene, es Selim.

—¿Vendrá acaso aquí?

—Vá á llegar de un momento á otro con su padre. El padre de Selim lo sabe todo.

Aquella misma noche llegó Selim.

Cuando vió á Hania encendiósele de momento el rostro, cual si tuviera ascuas en él, y luego palideció horriblemente. Durante unos segundos pudo leerse en sus facciones la terrible lucha que sostenían en su pecho el corazón y la conciencia.

Perfectamente se adivinaba que aquel niño ciego y alado, el Amor, también á él le había abandonado. Más el generoso joven se dominó á sí propio,

abrió los brazos, cayó de rodillas á los pies de Hania y prorrumpió:

—¡Hania, adorada Hania! Soy siempre el mismo: no te abandonaré jamás, ¡jamás!

Raudales de lágrimas brotaban de los ojos de la desdichada niña, quien alejó algo á Selim.

—No,—dijo,—no creo que se me pueda amar ya.

Y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

—¡Ah! ¡cuán buenos sois todos! Unicamente yo no soy generosa. Unicamente yo tengo la culpa de todo: mi culpa es inmensa. Pero se acabó. Ya no soy yo misma, soy otra.

Apesar de las instancias del viejo Mirsa y de las súplicas de Selim, ella no quiso darle la mano. La primera borrasca de la vida había abatido y tronchado aquella delicada flor, cuando empezaba á abrrirse. ¡Pobre niña!

Después de una tempestad tan horrible, necesitaba un poco de reposo, para que su corazón y su conciencia pudieran recobrar la paz perdida. Y halló el lugar del reposo: se hizo Hermana de la Caridad.

Después, en un momento terrible la perdí de vista por largo tiempo. Más al cabo de algunos años, la volví á ver inesperadamente. En sus angelicales facciones, transparentábase la paz y el reposo. Las

manchas de aquella terrible enfermedad habían desaparecido por completo. En su hábito azul obscuro, con su ancha cofia de anchas alas, estaba más hermosa que antes, y tenía esa hermosura que no es de este suelo.

FIN

El Juicio de Júpiter

Una tarde Apolo y Mercurio estaban la roca de Pnice, y silenciosos, derechos sobre el tablado de piedra, contemplaban Atenas que se extendía bajo sus pies.

La tarde era magnífica; el sol, del Archipiélago se había ya vuelto hacia el mar Jónico y lentamente escondía la radiante cabeza en las tersas olas de un oscuro azul. Sin embargo, las cumbres del Imeta y del Pentélico, brillaban aún como si salieran de un baño de oro líquido, mientras el cielo volvía encendido, iluminado por los últimos rayos del ocaso, á cuyo reflejo la Acrópolis entera se iluminaba. El mármol blanco del Propileo, del Partenón y del Ereectam, parecía tan rosado y transparente, como si la piedra hubiese perdido su maciza pesadez; como si fuese una visión. La punta de la gigantesca lanza del Promaco de Palas Atenea brillaba entre aquel baño de luz difusa, como un flameante candelabro colocado sobre el Atica.

Recorrían el espacio con las alas desplegadas al-

gunosalcones, dirigiéndose á pernoctar en sus nidos escondidos en los peñascos.

En grupos volvían los hombres de los trabajos del campo, dirigiéndose hacia la ciudad. Por el camino del Pireo, transitaban mulas y asnos de cuyos lados pendían las cestas cargadas de olivas y uvas, y detrás de ellos, envueltos en una rosada nube de polvo, seguían los rebaños de cabras de retorcidos cuernos. A la cabeza de cada rebaño iba el macho cabrío, y á su lado el vigilante perro, y detrás seguía el pastor sonando la flauta, ó el sutil tallo de avena.

Entre los rebaños, caminaban lentamente los carros cargados de cebada escogida, arrastrados por pesados bueyes, y aquí y allá algunas compañías de oplitas cubiertos de bronce, se apresuraban en llegar al punto de guardia en el Pireo, ó Atenas.

Allá bajo, la ciudad todavía se hallaba llena de movimiento. Grupos de jóvenes vestidas de blanco, estaban en la gran fuente cerca del *Poikile* y entre las risas y los cantos, recogían el agua cristalina, tratando de defenderse al mismo tiempo de los jovenzuelos, que petulantes trataban de enlazarlas con zarcillos de hiedra y de vid.

Las que habían ya recogido el agua, volvían hacia su casa con el ánfora apoyada en el hombro, y cogida fuertemente con la mano alzada, y con sus graciosos movimientos parecían ninfas inmortales.

Una tibia brisa que venía del ática llanura, traía á los oídos de los dos dioses el eco de la risa, de los cantos y de los besos.

El infalible arquero, Apolo, para cuyos ojos en la

tierra no podía haber mayor goce que la vista de una mujer, dirigióse al alado dios, diciéndole:

—¡Hijo de Maya! ¡cuán bellas son las atenienses!

—Y cuán virtuosas ¡oh, radiante!—respondió Mercurio.—No en balde están bajo la protección de Minerva.

El dios del arco de plata calló, miró ante sí, y continuó escuchando.

Pero poco á poco el rumor y el ir y venir de la ciudad cesaron; los esclavos escitas cerraron las puertas, y finalmente reinó un profundo silencio. Una noche de ambrosía extendió su velo sembrado de estrellas sobre la Acrópolis, sobre la ciudad y sus alrededores.

Pero la obscuridad no duró mucho tiempo. De improviso, del Archipiélago surgió la pálida Seline, y, parecida á una navecilla de plata, navegó por el ancho cielo azul. De nuevo se iluminaron los mármoles de la Acrópolis, pero con una luz verde pálido, que aún más los hacía semejarse á una visión.

—En verdad debo confesar,—dijo el divino arquero,—que Minerva ha escogido una espléndida morada.

—¡Oh, la sagaz! nadie la hubiera podido escoger mejor,—repuso Mercurio.—Además de esto, Júpiter tiene una debilidad particular para con ella. Cuando quiere obtener cualquier cosa, basta que coquete un poco y le acaricie la barba, y en seguida la llama su Tritogeneia; su hija predilecta. Le concede cuanto pide, y asiente á todo con un simple movimiento de cabeza.

Hania

—Algunas veces, Tritogeneia me fastidia,—murmuró el hijo de Latona.

—Hasta á mí me parece que se ha vuelto fastidiosa,—repuso Mercurio.

—¡Como un viejo peripatético! Y además de esto, es terriblemente virtuosa, como mi hermana Artemisa.

—O como sus protegidas las atenienses.

—No sin intención has recordado por dos veces la virtud de las atenienses. ¿Será verdad, quizás, que son intangibles?

—¡Incorruptibles, hijo de Latona!

—¡Bah!—repuso Apolo.—¿Es decir que tú crees que en Atenas puede existir una criatura femenina que sepa verdaderamente resistirseme?

—¡Vaya si lo creo!

—¿A mí? ¿á Apolo?

—A tí, dios radiante.

—¿A mí, que sé encadenarlas por medio de la poesía, encantarlas, asombrarlas con el canto y la música?

—Sí, te repito.

—Si fueses un dios honrado, en verdad que quisiera hacer una apuesta contigo. Pero de tí, alado dios, hay que esperar que una vez hubieras perdido la apuesta, huirías, y estoy seguro que desaparecerías con tus sandalias y tu caduceo.

—¡No! Quiero extender una mano en tierra y otra en el mar, y jurar por Ade. Parecido juramento, no solo lo mantengo yo, sino que lo mantienen hasta los miembros de la magistratura ateniense.

—Y bien: sigues exagerando. Pero sea. Si pier-

des, estarás obligado á entregarme en Trinacria un rebaño de bueyes de largas astas, que robarás donde mejor te parezca, pero que sean perfectamente iguales á los que tú, cuando eras aún niño, me robaste en Pieria.

—Aceptado. ¿Y qué me darás si venzo?

—Escoje. Dime ¿qué quieres?

—Oyeme. Quiero ser sicero contigo, y ya sabes que no lo soy con mucha frecuencia. Cierta vez, no recuerdo para qué encargo de Júpiter, volé á tu Trinacria. Allí ví á Lampecía que guardaba tus baños junto con Faetusa. Desde aquel día, huyó de mí la paz; todos mis pensamientos; todo mi ser están llenos de ella, su imágen, está constantemente ante mis ojos; la amo, y la deseo día y noche. Si existe en Atenas una mujer tan virtuosa que se te resista; si venzo, en fin, tú has de concederme á Lampecía: no pretendo más.

El dios del arco de plata, empezó á mover la cabeza.

—¿Así pues el amor también puede echar raíces en el corazón del dios de los comerciantes? Por otra parte, gustoso te entregaré á Lampecía, tanto más cuando ésta ha reñido con Faetusa. En confidencia, te digo que las dos están enamoradas de mí, y ésta es precisamente la causa de su discordia.

Una alegría maligna brilló en la mirada del dios alado.

—La apuesta, pues, es aceptada,—dijo.—Una observación, todavía. La mujer con la cual se hará la prueba de tu divina potencia, quiero escogerla yo.

—Mientras sea bella...

—Será digna del dios del arco de plata.

—Confiesa, sin embargo, que ya la tienes escogida.

—Confesó.

—¿Virgen, casada ó viuda?

—Casada, y se comprende. ¡Una virgencilla, ó una viuda, podrías hacerla tuya fácilmente bajo promesa de matrimonio!

—¿Cómo se llama?

—Erifila. Es la mujer de un panadero.

—¿De un panadero?—repitió, arrugando la nariz el dios radiante.—Ya no me gusta.

—¿Qué quieres? Con gente parecida, más que con otra, es con quién yo trato... El marido de Erifila ahora no está en casa; ha salido para Megara. La mujer es la más bella mujer que haya existido en la tierra.

—¡Lo veremos!

—Otra condición; la última. Has de prometerme que no adoptarás medios indignos de tí, y que en ningún caso te comportarás como por ejemplo se ha comportado el rudo Arete, ó con los modales que usa, dicho sea entre nosotros, nuestro padre común el dios tonante.

—¿Por quién me tomas?—protestó Apolo.

—Ahora estamos en un todo de acuerdo, y puedo enseñarte á Erifila.

Un débil céfiro llevó ambos dioses en un momento al pie del peñasco, y tras breves instantes llegaban sobre una casa no lejana del Estoa.

El dios alado, con potente mano descubrió la parte superior de la casa, y con la misma facilidad con que una buena cocinera, mientras condimenta la comida, levanta la tapadera de la olla. Después, se

fioló una mujer, sentada en una tienda, que estaba separada de la calle por un sencillo cancel de cobre, y por una cortina.

—¡Mira!—dijo volviéndose al compañero.

Apolo dirigió los ojos hacia la mujer, y quedó como una estatua al ver tanta maravilla.

¡Jamás el Atica, jamás la Grecia entera había dado á luz una flor tan bella como aquella mujer! Hallábase sentada, inclinada sobre una mesa, y á la luz de una lámpara de tres pies, parecía absorta por completo en escribir sobre pequeñas tablillas de mármol. Las largas pestañas, un poco bajadas, sombreaban sus mejillas; pero á ratos alzaba la cabeza y la mirada, como si tratase de recordar lo que debía aún anotar sobre el mármol. Entonces podíanse admirar los ojos maravillosos, de un color azul obscuro, que parangonado al de las turquinas olas del Archipiélago, éstas hubieran parecido pálidas y enyesadas. Era el rostro de Venus; blanco como la espuma, coronado por ondas de cabellos de oro, y con dos labios que recordaban las púrpuras de Siria. La bella de las bellas; graciosa como una flor; espléndida como una luz; una oda sáfica!...

Con los ojos cerrados parecía tierna y amable; cuando los abría, parecía pensativa; hasta inspirada.

Al radiante dios, empezaron á vacilarle las divinas rodillas. Apoyó de improviso la cabeza en el hombro de Mercurio, y susurró:

—¡Hermés! ¡la amo! ¡ó ella, ó ninguna otra!

Mercurio sonrió malignamente, y se hubiera restregado las manos de gusto bajo la clámide, si la

vara de las serpientes enroscadas que tenía en la mano derecha, no se lo hubiera impedido.

Entretanto la rubia beldad había tomado otra tablilla, y empezó á esculpir, mientras que de sus divinos labios que en aquel instante se abrían, salía una voz melodiosa y suave como el són del harpa:

—A Melanocles, miembro del Areopago, el pan para dos meses, cuarenta y cinco dracmas y cuatro óbolos... redondeemos y hagamos cuarenta y seis. ¡Por la diosa Minerva! Ahora quiero poner cincuenta; así mi esposo estará contento. ¡Ah, ese Melanocles! Si no nos conviniera como testigo á consecuencia de las pesas cortas, ya podría aguardar á que yo le fiase... pero es necesario que este sapo me quiera bien...

Apolo no atendía al significado de las palabras, absorto en la suave música de aquella voz, y extasiado á la vista de la divina criatura.

—¡O ella, ó ninguna otra!—murmuraba el dios radiante.

La beldad de los cabellos de oro, continuó escribiendo:

—Alcibíades, por hogazas rellenas de miel del Imeto, destinada á la hetera Crisálida, tres minas. Este no repasa nunca sus cuentas; además de ésto, una vez en Estoa, me dió un golpe en el hombro, así es que anoto cuatro minas. Ya que es tan familiar, que lo pague á lo menos. Y esta Crisálida... ella también... Una de dos: ó á las carpas de su lago les da para comer las hogazas con la miel, ó Alcibíades la engorda con la intención de darla des-

pués á los comerciantes fenicios, á cambio de ornamentos de marfil para sus caballos.

Apolo no prestaba atención al significado de aquellas palabras, y, cuidándose solo del sonido de la voz, decía:

—¡O ella, ó ninguna otra!

Pero de impromiso, el hijo de Maya recubrió la casa, y la maravillosa aparición desapareció. Al dios radiante le pareció que con ésta habían desaparecido las estrellas del cielo, que la luna se había apagado, y que el universo entero hablase cambiado en una llanura muerta.

—¿Cuándo se decidirá la apuesta?—preguntó Mercurio.

—¡Hoy, en seguida!

—Ahora duerme, porque el marido se halla ausente, en la tienda. Puedes colocarte en la calle. Así que se abra el cancel y la cortina sea corrida, declaro que la apuesta será perdida por mí.

—¡Has perdido!—exclamó el divino arquero.

Y rápido como un rayo que en una noche de estío recorra el espacio de Norte á Este, voló hacia las saladas ondas del Archipiélago. Llegado allá, pidió á Anfitrite una cáscara de tortuga; tejió sobre ella rayos de sol, y volvió á Atenas con aquel laúd acabado de construir.

En la ciudad reinaba el más profundo silencio; las luces habían sido apagadas ya por todas partes; solamente las casas y los templos blanqueaban en medio de la noche, iluminados por la pálida luna, ahora ya alta en el espacio. La puerta de la tienda formaba una especie de sinuosidad de la pared, y

allí, detrás de aquella cortina y aquel cancel, dormía la maravillosa criatura.

El dios radiante se detuvo en medio de la calle, y empezó á pulsar las cuerdas del laúd. Para despertar dulcemente á la amada, al principio tocó *sotto voce*, tan *piano*, que aquello parecía un murmullo de insectos que volteasen hacia el crepúsculo en el Iliso. Pero poco á poco, gradualmente, vibraron las cuerdas con más fuerza, y siempre más potentes, como un torrente en crecida, el embriagador canto llenó el silencio de la noche, de manera que hasta el aire tembló voluptuosamente. El misterioso pájaro de Minerva fué á la Acrópolis, volando silenciosamente, y se detuvo inmóvil en la columna próxima.

La cortina fué separada un poco, y salió un brazo desnudo, digno del cincel de Fidias ó de Praxiteles, blanco como un mármol pentélico.

Oyóse la voz de la bella de los cabellos de oro:

—¿Quién será el villano que se pare precisamente delante de la tienda á tocar tan destempladamente? ¡Bastante y hasta demasiado me fastidió todo el día con mi trabajo, para que me vengan á importunar durante la noche!

—¡Erifila!... ¡Erifila!...—exclamó el dios del arco de plata.

Después empezó á cantar:

De la soberbia altura del Parnaso;
desde el éter de luz fulguradora;
allá donde sus himnos crean las Musas,
he descendido.

¡Por tí bajé! Los brazos, Erifila,
ábreme, y sobre tu querido seno
la eternidad por mí habrá transcurrido
en un instante.

—¡Por la harina sagrada de los sacrificios!—exclamó la panadera.—En verdad que canta para mí este pícaro, ¡y quiere seducirme! ¿Quieres irte de una vez, vagabundo?

Animado por el deseo de demostrar á la amada que no era un simple mortal, Apolo iluminóse de improviso con una luz tan deslumbradora, que el mundo entero y el aire todo, fueron iluminados por ella. Pero Eufila, medio cegada, exclamó con rabia:

—¡Mira este truhán! Tiene escondido bajo la clámide un fanal, y quiere hacer el tonto haciéndose pasar por un dios. ¡Oh, hijo de Júpiter tonante! ¡Nos cargan de impuestos, como es sabido, y ni menos nos quieren conceder un guardia escita que desaloje la ciudad de parecidos andrajosos.

Apolo no se dió por vencido, y prosiguió cantando:

¡Oh, Dios! Si me abres tus marmóreos brazos,
eterna gloria puedo concederte,
mayor que la divina; que te adore

el mundo entero
En un rayo de luz quiero envolverte,
que solamente en el Olimpo brilla
y que jamás de Grecia reina alguna
á alcanzar llegue.

me transformara en Apolo y tú en Mercurio. Pero reconozco que tu potencia es superior á la mía, y que fácilmente podrías hacerme daño. Mas afortunadamente hay uno que es muy superior á ti, y decidirá entre nosotros dos. Por lo tanto, yo te invito, ¡oh dios radiante! á que conmigo acudas al juicio de Júpiter. ¡Ven!

Al nombre del dios tonante, Apolo tembló; pero no obstante siguió á Mercurio sin responder una palabra.

El día empezaba á clarear. El Atica lentamente surgía de las tinieblas, que huían de la fulgurante aurora que subía al cielo por la parte del Archipiélago.

Júpiter había pasado la noche en la cumbre del monte Ida; pero nadie podía decir si había dormido ó no, ó lo que había hecho, porque el dios de las nubes había reunido á su alrededor un velo de niebla tan espeso, que á la misma Hera le fué imposible espiar á través de ella.

Mercurio, al acercarse al padre de los dioses y de los hombres, temblaba un poco.

—La razón está de mi parte,—pensaba;—pero esto de nada sirve si Júpiter se ha despertado de mal humor. No me asombraría si, sin ni menos dejarme abrir la boca, nos cogía á ambos por un pie, y después de habernos hecho hacer un molinete sobre su cabeza, nos echaba al espacio, haciéndonos recorrer en mucho menos tiempo del que hemos empleado en venir, el camino del retorno. Con Apolo, á lo menos, tiene cierto miramiento; pero conmigo no gasta muchas ceremonias.

Pero los temores del hijo de Maya eran verdaderamente infundados.

El Señor del Olimpo se hallaba cómodamente sentado y estaba de excelente humor, porque había pasado una noche tranquila. Rodeado de serena gloria, contemplaba el mundo con los ojos benévolos y lucientes, mientras la Tierra, feliz bajo el peso del padre de los dioses y de todos los hombres, dejaba que germinaran la tierna hierbecilla y el oloroso jazmín, gozosa de que aquél, posando las manos sobre ella, acariciase los tallos que florecían entre sus dedos, mientras se alegraba su corazón augusto.

Al verle, el hijo de Maya cobró ánimo, y después de haberse inclinado ante el creador, empezó atrevidamente á acusar al dios radiante, y sus convincentes palabras caían de su boca más seguidas que los copos de nieve durante una tempestad invernal.

Cuando concluyó, Júpiter calló un instante; después dirigióse hacia Apolo, diciendo:

—¿Es cierto esto, dios radiante?

—Así es, pabre Júpiter,—respondió Apolo;—pero si yo, además de la vergüenza sufrida, fuera también por tí condenado á pagar el precio de la apuesta, bajaría á esconderme en el reino de Pluton, y me quedaría en las eternas tinieblas.

Júpiter abismóse en profundas reflexiones.

—¿Aquella mujer,—dijo finalmente,—ha sido, pues, sorda á tu canto y á tus encantos, y te ha rechazado con desprecio?

—¡Me ha arrojado un dornajo de levadura agria, dios tonante!

Júpiter frunció las cejas, y á aquel simple acto de cólera, el Ida entero tembló hasta su base; enormes grietas se abrieron en las rocas, produciendo enormes desmoronamientos que cayeron al mar con un ruido espantoso, y los árboles del bosque se plegaron hacia el suelo como débiles esfinges al soplo del huracán.

Los dos dioses palidecieron de espanto y aguardaron, con el corazón palpitando fuertemente, el juicio del omnipotente.

—Hermés,—dijo dirigiéndose al dios alado.—Engaña á los hombres cuanto quieras, que á ellos les gusta ser engañados; pero deja en paz á los dioses, porque de otra manera una vez ú otra me encolerizaré, y te echaré en el aire para que al caer te hundas tanto en el Océano, que ni aun mi propio hermano Neptuno pueda pescarte con su tridente.

Las desnudas rodillas del dios alado temblaron de miedo, y Júpiter, siempre con voz altisonante, continuó:

—Una mujer virtuosa, especialmente si está enamorada de otro, podrá muy bien resistirse á Apolo; pero siempre y seguramente á él se le resistirá una tonta... Erifila no es virtuosa, es una tonta, y por eso has sufrido el vergonzoso insulto. Mercurio: tú que perfectamente conoces á tus comerciantes, ya lo sabías. Aquí precisamente está el engaño, y por esto no tendrás á Lampecia... y ahora, ¡dejadme en paz!

Los dos dioses se alejaron.

Júpiter quedó solo en su gloria. Por un momento

siguió con la mirada á Apolo, mientras bajaba del Ida, y después murmuró:

—¡Sí! ¡Sólo una tonta puede despreciar la música y la poesía!

Y como quiera que durante la noche había dormido poco, hizo seña al Sueño de que se acercara, el cual bajo la forma de un gavilán estaba acurrucado en la copa de un árbol, pronto á acudir al menor aviso del padre de los dioses y de todos los hombres.

Traducción de J. Bué Ventura

* FIN *

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 226 y 228.—Apartado de Correos, 189

BARCELONA

ULTIMAS PUBLICACIONES

DMITRI DE MEREJKOWSKY

La Muerte de los Dioses. 2 tomos

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Quo vadis? (60 millar) 2 >
Más allá del misterio. (Sin Dogma) 1 >
Luchar en vano. 1 >
A Sangre y Fuego. 2 >
Sigámosle. 1 >

CONDE LEÓN TOLSTOY

Imitaciones.—Los Cosacos. 1 >
La Esclavitud Moderna. 1 >

GUSTAVO FLAUBERT

La Señora de Bovary. 2 >
Salambó. 1 >

JOSÉ NOGALES Y NOGALES

Mariquita León (ilustrada). 1 >
El Ultimo Patriota (en prensa). 1 >

